

### III

## EL HÁBITAT

### 1. CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL POBLAMIENTO

El castro se configura como el elemento esencial de poblamiento en el territorio celtibérico a lo largo de la Edad del Hierro. Sin embargo, su papel se ha exagerado, al ser el tipo de unidad poblacional más fácil de reconocer en el paisaje y al presentar, a menudo, estructuras defensivas que pueden alcanzar gran espectacularidad. Esta sobrevaloración del fenómeno castreño ha venido en detrimento de otros tipos de hábitats más difíciles de identificar, como los asentamientos en llano, de los que en el área celtibérica sólo se posee información basada casi por completo en datos de superficie.

En la Celtiberia, los castros no llegan a alcanzar, salvo en contadas ocasiones, la categoría de *oppidum* o de ciudad, a diferencia de lo que ocurre en otras zonas castreñas de la Península Ibérica, como la Meseta Occidental o el Noroeste, donde puede definirse una última fase evolutiva en el desarrollo de los mismos por sus mayores dimensiones, su urbanismo y su carácter protourbano. Su parangón en la Celtiberia habría que buscarlo en la existencia de asentamientos urbanos como *Numantia*, *Uxama*, *Termes*, *Bilbilis* o *Segobriga*, aunque la superficie reconocible en la actualidad y hasta su urbanismo responden ya a época romana.

Por castro se entiende, de acuerdo con Almagro-Gorbea (1994: 15), todo «poblado situado en lugar de fácil defensa reforzado por murallas, muros externos cerrados y/o accidentes naturales, que defiende en su interior una pluralidad de viviendas de tipo familiar y que controla una unidad elemental de territorio, con una organización social escasamente compleja y jerarquizada», acepción válida para la zona de estudio, mas no para otros territorios castreños dada la mayor complejidad que esta clase de hábitat puede alcanzar, llegando a constituirse en auténticos *oppida*.

Así pues, el castro se conforma como un elemento de control del territorio, pudiéndose interpretar tanto su ubicación como los sistemas defensivos que presenta, a veces ciertamente sofisticados, como una 'respuesta defensiva' por parte de la población (Esparza 1987: 237). No obstante, dado que los castros no ocupan en general los lugares de mayor control visual ni los de más fácil defensa, habría que pensar más que en la defensa del territorio (Ralston 1981: 80) en una de carácter económico-político, que afecta, como ha señalado Esparza (1987: 237), a «las viviendas y sus ajueres, los alimentos recogidos, el ganado, la vida de las personas y su independencia política». Por el contrario, el conjunto de los castros de una región sí proporciona el control territorial de la misma, tanto de los recursos como de las comunicaciones.

La gran mayoría de los poblados conocidos en el territorio celtibérico no han sido excavados o lo fueron en las primeras décadas de este siglo, lo que condiciona las conclusiones que de ellos pudieran obtenerse al basarse en análisis de superficie o en las noticias, excesivamente parciales, dejadas por sus excavadores. A partir de la década de los 80 se ha producido un mayor desarrollo de los trabajos de prospección y excavación en el ámbito celtibérico (*vid.* capítulo I,4), a lo que hay que añadir la revisión de que han sido objeto algunas de las culturas castreñas de mayor personalidad, como los castros sorianos (*vid.* Romero 1991a y, entre otros trabajos del mismo autor, Bachiller 1987a) o los castros del Noroeste de Zamora (Esparza 1987), permitiendo analizar las características de este tipo de hábitat con ciertas garantías.

A lo largo de los siglos VII-VI a.C. van a hacer su aparición los primeros asentamientos estables en la Meseta Oriental, cuyas características generales, tales como la elección del emplazamiento, habitualmente en lugares en altura, o el tamaño, por lo común inferior a una hectárea, se mantienen en el transcurso de un amplio período de tiempo que llega hasta la romanización. Pero este

proceso no puede considerarse uniforme para todo el territorio celtibérico, donde se dan importantes diferencias regionales en lo que al poblamiento se refiere, condicionadas en buena medida por el marco geográfico y refrendadas por aspectos derivados del ritual funerario (*vid.* capítulos VII y X,6) o la distinta explotación del medio. A las diferencias geográficas y culturales existentes entre las áreas que engloban el territorio celtibérico, hay que sumar aquellas derivadas de la propia cronología de los asentamientos, que se pondrán de manifiesto principalmente en el caso de la aparición de las ciudades desde finales del siglo III o inicios del II a.C. (*vid.* capítulo VII,4.2). De cualquier modo, las características generales del poblamiento se analizarán conjuntamente, dejando constancia de las peculiaridades regionales, e incluso de las funcionales y cronológicas, en aquellos casos en que sea pertinente.

### 1.1. Emplazamiento

En la elección del emplazamiento de un hábitat pueden intervenir diversos factores, primando las posibilidades defensivas y el valor estratégico del lugar (fig. 13). Se buscan generalmente lugares elevados, con buenas condiciones defensivas naturales, a ser posible inaccesibles por alguno de sus flancos aprovechando escarpes rocosos, o enmarcados por ríos y arroyos (Burillo 1980: 260 ss.; Aranda 1986: 347 ss.; García Huerta 1989-90: 155 s.; Romero 1991a: 196; Arenas 1993: 287; Cerdeño *et alii* 1995a: 163 y 165). Se fortifican por medio de murallas y, en algunos casos, fosos y campos de piedras hincadas, que se concentran en las zonas más desprotegidas del poblado, cuando no circundan completamente su perímetro (*vid.* una visión diacrónica de la arquitectura defensiva celtibérica en el Alto Duero, en Jimeno y Arlegui 1995).

Aspectos como el de la altura relativa, que depende de la morfología y topografía locales, vienen a incidir en la sensación de inexpugnabilidad que ofrecen los emplazamientos (García Huerta 1989-90: 152; Arenas 1993: 286; Cerdeño *et alii* 1995a: 164). Aunque la altura desde la base suele superar los 30 m. y fácilmente puede alcanzar los 100, en ocasiones se localizan en promontorios poco elevados, con alturas entre 10 y 20 m. Con todo, no ocupan las mayores alturas del entorno, y, así, las elevaciones inmediatas suelen dominar sobre ellos (García Huerta 1989-90: 151 s.; Romero 1991a: 197; Cerdeño *et alii* 1995a: 164) (1). Diferente es el caso de los asentamientos en llano o en cuestas suaves apenas des-

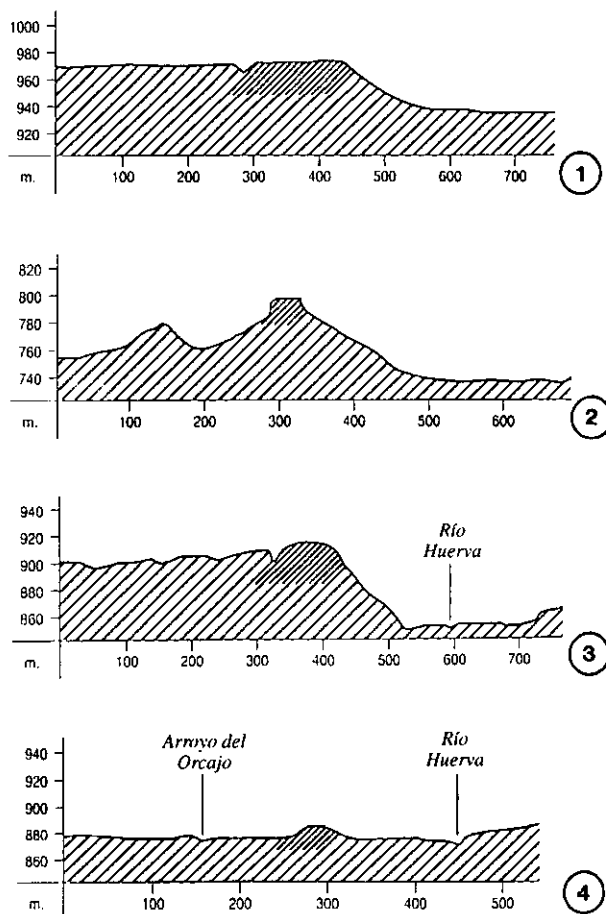


Fig. 13.—Perfiles topográficos de algunos asentamientos de la comarca de Daroca (Jiloca Medio-Alto Huerva): 1, El Castillo (Villarroya del Campo); 2, Cerro Almada (Villarreal de Huerva); 3, La Tejería (Villadoz); 4, Valmesón (Daroca). (Según Burillo, *dir.* 1993).

tacadas del terreno, carentes por completo de cualquier preocupación defensiva (Burillo 1980: 260 ss.; Aranda 1986: 349; Arenas 1988; *Idem* 1993; García Huerta 1989-90: 153; Cerdeño *et alii* 1995a: 163).

Además del factor defensivo, también cuentan en la elección del emplazamiento las posibilidades estratégicas del lugar (Burillo 1980: 263 ss., 274 ss. y 278 ss.; Aranda 1986: 349 s.; García Huerta 1989-90: 154 ss.; Collado 1990: 86 ss. y 90 ss.; Romero 1991a: 197; Arenas 1993: 287 y 289 ss.; Cerdeño *et alii* 1995a: 165 s.), con especial incidencia en el abastecimiento de agua, buscando la proximidad de cursos fluviales o de fuentes, el dominio visual o el control de los ejes naturales de comunicación, de los recursos agropecuarios o mineralógicos, así como otros aspectos, como las condiciones que presenta el lugar para su habitabilidad, su tamaño o la orientación (Burillo 1980; Arenas 1993: 288).

(1) Esto es especialmente evidente entre los castros sorianos, cuyo tipo de asentamiento más habitual es el localizado en las laderas (Romero 1991a: 191 y 195 s.).

En el territorio estudiado pueden individualizarse diversos tipos de emplazamientos en función de las características topográficas del terreno, por otro lado comunes con otras áreas peninsulares (Llanos 1974: 109 ss., lám. III; *Idem* 1981: 50 ss., lám. II; Esparza 1987: 238; Almagro-Gorbea 1994a: 16), que muestran una preocupación preferentemente defensiva. Estos emplazamientos pueden ser: en espolón, o su variante en espigón fluvial, en meandro, en escarpe, en colina o acrópolis, en ladera y en llano, aun cuando algunos puedan participar de las características de varios de ellos (Burillo 1980: 260 ss.; Aranda 1986: 347 ss.; García Huerta 1989-90: 148 s.; Romero 1991a: 191 ss. y 445; Arenas 1993: 287; Cerdeño *et alii* 1995a: 163). La representatividad de los distintos tipos de emplazamiento varía de unas regiones a otras. Así, el tipo más frecuente de asentamiento en las parameras de Sigüenza y Molina es el que se localiza en una colina o acrópolis (García Huerta 1989-90: 148 s.; Cerdeño *et alii* 1995a: 163), mientras que entre los castros de la serranía soriana el más habitual es el tipo en ladera, aunque esta categoría abarque algunos casos que bien pueden ser clasificados en los tipos en espolón o en escarpe (Romero 1991a: 191).

Con respecto a los *oppida*, en la elección de su emplazamiento priman diversos aspectos, tales como la vinculación con vías comerciales o con recursos de diverso tipo, no olvidando las cualidades defensivas del lugar (2).

## 1.2. Tamaño

La superficie de los poblados constituye un criterio esencial de clasificación de los núcleos de habitación, poniendo de relieve la existencia de una jerarquización de los mismos. El tamaño de los hábitats puede relacionarse con aspectos demográficos, económicos, sociales o políticos (Esparza 1987: 239), constituyendo a la vez la propia cronología de los mismos un elemento determinante.

Para la Celtiberia se posee información sobre la superficie de un buen número de asentamientos. Sin embargo, una parte importante de los hábitats celtibéricos son conocidos solamente por trabajos de prospección, en los que la dispersión de la cerámica o la morfología del terreno son los únicos criterios para su delimitación, aunque la existencia de murallas permite hacer a veces estimaciones aproximadas de su superficie.

Los diversos estudios que sobre el poblamiento en diferentes áreas del territorio celtibérico se han realizado desde los años 80 resultan sumamente esclarecedores.

Un territorio de especial interés corresponde a la Serranía del Norte de la provincia de Soria, donde se desarrolló durante la Primera Edad del Hierro la llamada «cultura castreña soriana». Los poblados identificados presentan un tamaño pequeño, con superficies inferiores a una hectárea, aunque en Castilfrío de la Sierra se alcanzan 1,3, siendo el menor el de Langosto, con 0,21 ha. (Taracena 1929: 24; Romero 1991a: 198 s.). Por el contrario, aquellos poblados que hacen su aparición en la Segunda Edad del Hierro presentan superficies superiores a la hectárea, llegando a alcanzar 1,8 ha. El Castellar de Arévalo de la Sierra y 6 Los Villares de Ventosa de la Sierra (Romero 1991a: 446 s.), siendo éste, de acuerdo con Taracena (1926a: 10) «uno de los más grandes núcleos de población celtibérica de la sierra *Idubeda*».

Si se analizan otras áreas de la Celtiberia, se observa cómo, al igual que ocurriera en la serranía soriana, los poblados de menores dimensiones son los más numerosos, con superficies normalmente inferiores a una hectárea y que raramente superan las 2, disminuyendo su número al aumentar el tamaño (3) (fig. 14). Así se documenta en los estudios realizados sobre el poblamiento en las parameras de Sigüenza y Molina (García Huerta 1989-90: 149 s.; Arenas 1993: 284; Cerdeño *et alii* 1995a: 164 s.), el Suroeste de la comarca de Daroca (Aranda 1986: 350), el valle de la Huerva (Burillo 1980: 297 ss.) —trabajos éstos que engloban el Jiloca Medio— y el Noroeste de la Sierra de Albarracín (Collado 1990: 103, 105 s. y 114). Los asentamientos más pequeños, que como se ha dicho son los más abundantes, no alcanzan las 0,2 ha., mientras que los de mayores dimensiones, con superficies que superan las 5, clasificables como «grandes poblados» o incluso como *oppida*, pueden interpretarse como posibles centros territoriales complejos, cabeza de un territorio jerarquizado.

Aun cuando la función urbana de un núcleo de población no dependa únicamente de su mayor tamaño (4), sí parece ser éste un índice fiable para el territorio celtibérico, pudiéndose identificar, en ocasiones, con las ciudades mencionadas por las fuentes literarias, algunas de ellas centros emisores de moneda. Este carácter urbano hay que suponerlo en el caso de El Castejón (Luzaga), cuya identificación con la ciudad de *Lutia* ha sido sugerida

(3) Aunque esto pueda aceptarse de forma general, existen poblados, adscribibles a la Primera Edad del Hierro, cuya superficie supera la hectárea, como La Buitrera (Rebollo de Duero), con 2 ha., y La Corona (Almazán), entre 5 y 6 (Jimeno y Arlegui 1995: 104), lo que contrasta con la información disponible para hábitats contemporáneos, como es el caso de los localizados en las parameras de Sigüenza y Molina de Aragón (García Huerta 1990: 149 s.; Cerdeño *et alii* 1995a: 164) que en ningún caso superan la hectárea.

(4) Así ocurre con el castillo de Ocenilla (Taracena 1932: 40) que, a pesar de sus 7 ha. de superficie intramuros, no parece que pueda ser considerada como un núcleo urbano.

(2) Por lo que respecta a la ubicación de los asentamientos urbanos en el Ebro Medio, *vid.* Asensio (1995: 329 ss.).

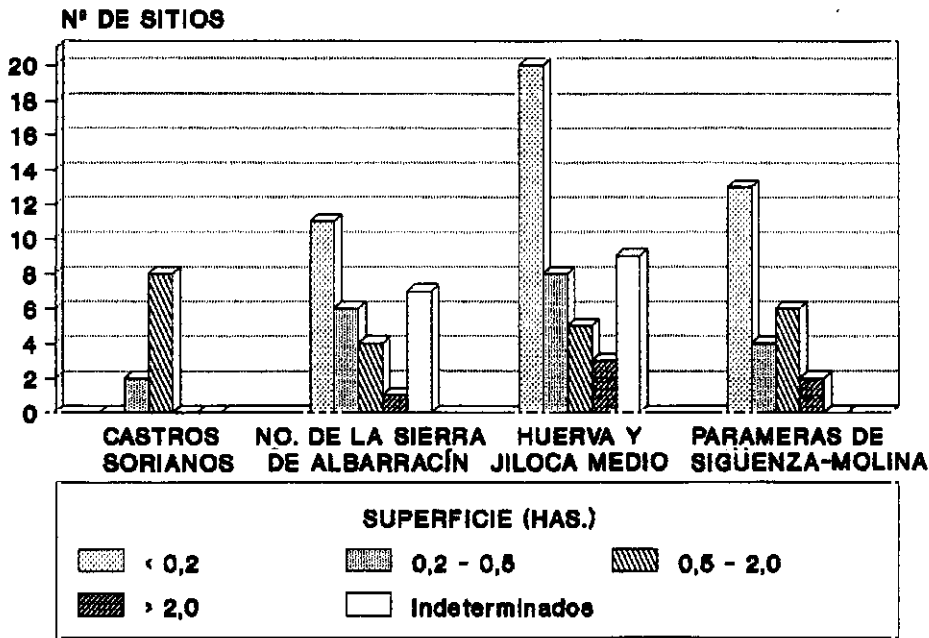


Fig. 14.—Comparación entre las superficies de los hábitats de diferentes áreas de la Celtiberia.

(Tovar 1949: 53), que con sus 5,5 ha. se convierte en el centro territorial del Alto Tajuña (Sánchez-Lafuente 1995: 193), donde igualmente los asentamientos no suelen superar la hectárea (García Huerta 1989-90: 150; Cerdeño *et alii* 1995a: 164), habiendo de esperar a época romana para encontrar un hábitat de 12 ha., el campamento de La Cerca (5). Algo similar puede señalarse para El Castellar (Frías), que con sus 7,4 ha. constituye el núcleo más importante del Noroeste de la Sierra de Albarracín, donde los poblados, todos inferiores a una hectárea, presentan una superficie media de 0,6 (Collado 1990: 17 s. y 113 s.; *vid.*, en contra, Asensio 1995: 47).

De igual forma que en otras zonas de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea 1987b; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212 s.), los núcleos urbanos de la Celtiberia pueden alcanzar gran extensión (figs. 15 y 16), superior a las 20 ha., si bien, a diferencia de lo que sucede en otras regiones, la superficie conocida corresponde a la ciudad romana: *Ocilis* presenta una superficie de 20 ha. (Mélida 1926); *Termes* (Taracena 1954: 238), 21; la *Numantia* de época imperial, ca. 22 (Taracena 1954: 234; Jimeno *et alii* 1990: 19; Almagro-Gorbea 1994a: 61, nota 9; Jimeno y Tabernero 1996: 427), frente a las poco más de 8 ha. de la ciudad del siglo I a.C. (Jimeno y Tabernero 1996: 424), y *Uxama Argaeta*, 30 (Almagro-Gorbea 1994a: 61). Lo mismo cabe señalar respecto a las ciudades que pre-

sentan con seguridad una diferente ubicación entre el asentamiento celtibérico y el romano, siendo este último el que mejor se conoce, como ocurre con *Bilbilis Italica*, 21 ha. (Beltrán Lloris, dir. 1987: 19, nota 23) o *Clunia Sulpicia*, 130 (Sacristán 1994: 139).

No obstante, la mayoría de las ciudades de la Celtiberia tienen superficies más reducidas, incluidas aquéllas cuyos restos y extensión son de época romana: la *Numantia* destruida el 133 a.C. ofrecía un espacio habitado, reducido a la zona alta de la Muela de Garray, de 7,6 ha., al que habría que añadir un máximo de otras 4 si se incluyen las líneas defensivas (fig. 16,4 y lám. I,2) (Jimeno y Tabernero 1996: 422 s.), *Arcobriga* presenta 7,75 ha. (Beltrán Lloris, dir. 1987: lám. 59); *Valeria*, ca. 8 (Osuna *et alii* 1978: plano general 1; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212, nota 13); *Bilbilis* celtibérica, localizada en Valdeherrera, «no menos de 9» (Asensio 1995: 337); el Poyo del Cid, 10 (Burillo 1980: 156); Villar del Río, en torno a 10 (Jimeno y Arlegui 1995: 123); *Segobriga*, 10,5 (Almagro-Gorbea y Llorio 1989: 177); Canales de la Sierra, 11 (Taracena 1929: 31); Solarana, entre 11 y 13 (Sacristán 1994: 144); La Caridad de Caminreal, 12,5 (Vicente 1988: 50); el Piquete de la Atalaya, identificada con *Belikio(m)*, rondaría estas cifras (Asensio 1995: 337); *Contrebia Leukade*, 13,5 (Hernández Vera 1982: 119); *Segeda*, 15, que corresponden al núcleo más moderno de esta ciudad, localizado en Durón de Belmonte (Schulten 1933a: 374); Pinilla Trasmonte, casi 18 (Sacristán 1994: 144), y *Contrebia Belaisca* (Díaz y Medrano 1993: 244; *vid.* Asensio 1995: 337, quien señala una superficie de

(5) *Vid.* Sánchez-Lafuente 1979: 81 s., quien plantea la posibilidad de que el campamento romano estuviera asentado sobre un poblado indígena.

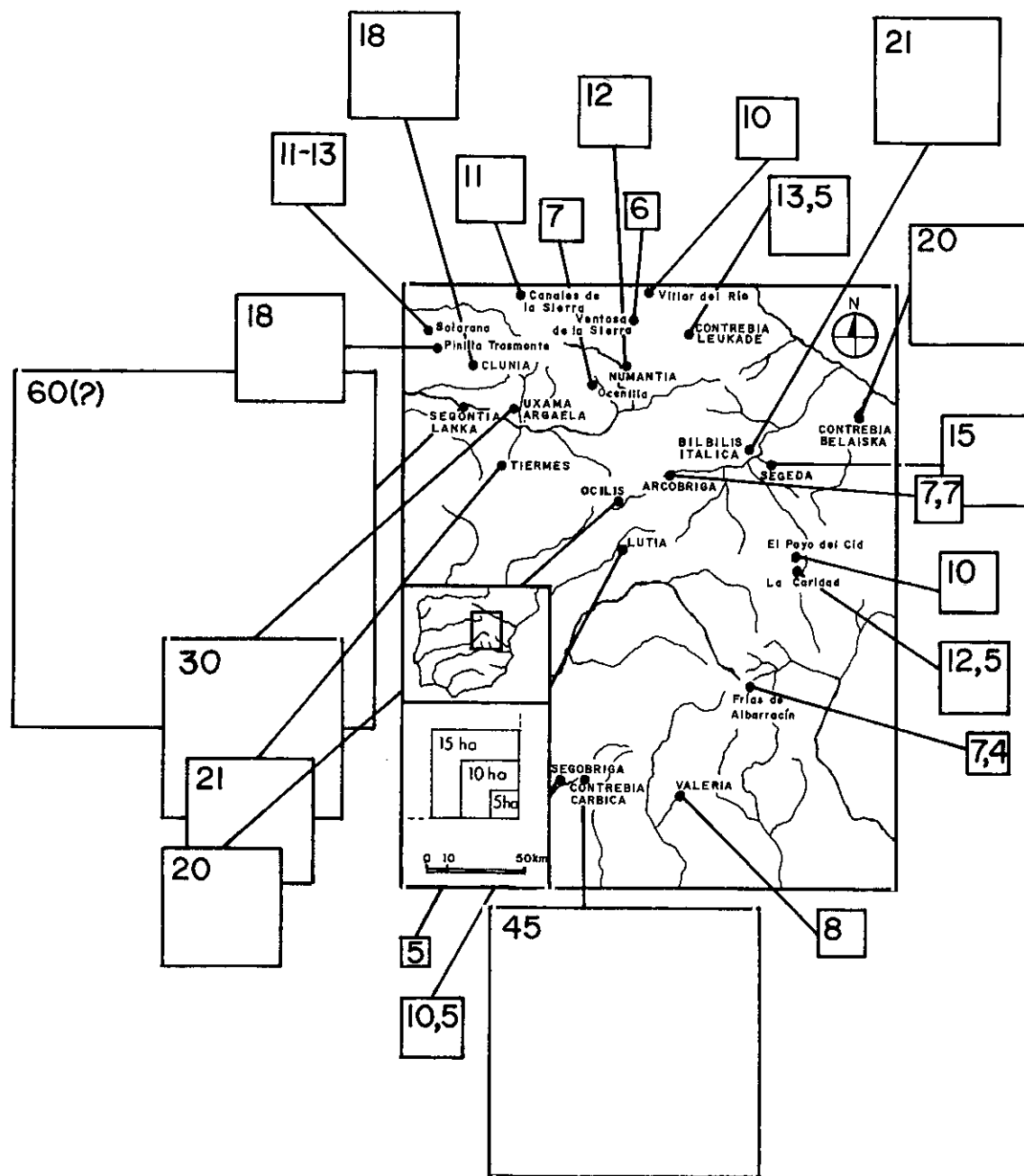


Fig. 15.—Ciudades celtibéricas de superficie conocida.

12 ha.) y Segovia (Almagro-Gorbea 1994a: 63, nota 11; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212, nota 11), alrededor de 20 hectáreas (6).

(6) Estas dimensiones contrastan con la información ofrecida por los oppida de los pueblos vecinos de los Celtíberos (Almagro-Gorbea 1994a: 61 ss.; Almagro-Gorbea y Dávila 1995): entre los Carpetanos, Complutum ofrece 68 ha., Contrebia Carbica 45 y Toletum 40; entre los Vacceos, Pallantia 110 ha., La Peña, en Tordesillas, 55, Las Quintanas, en Padilla de Duero, 40, e Intercatia 49 ha.; entre los Vettones destaca Ulaca, con 60 hectáreas.

Un caso excepcional sería el de Langa de Duero (Taracena 1929: 33), ciudad indígena fechada en el siglo I a.C., cuyas ruinas corresponderían, según Taracena, a la Segontia Lanka citada por Ptolomeo. A pesar de presentar unos límites imprecisos, al tratarse de una ciudad sin fortificaciones, Taracena señala que en el espacio delimitado por un eje Norte-Sur de algo más de 1.000 m. y otro Este-Oeste de 600 se localizaba el hábitat por él excavado, de superficie muy superior a la de las restantes ciudades celtibéricas conocidas, lo cual se ex-

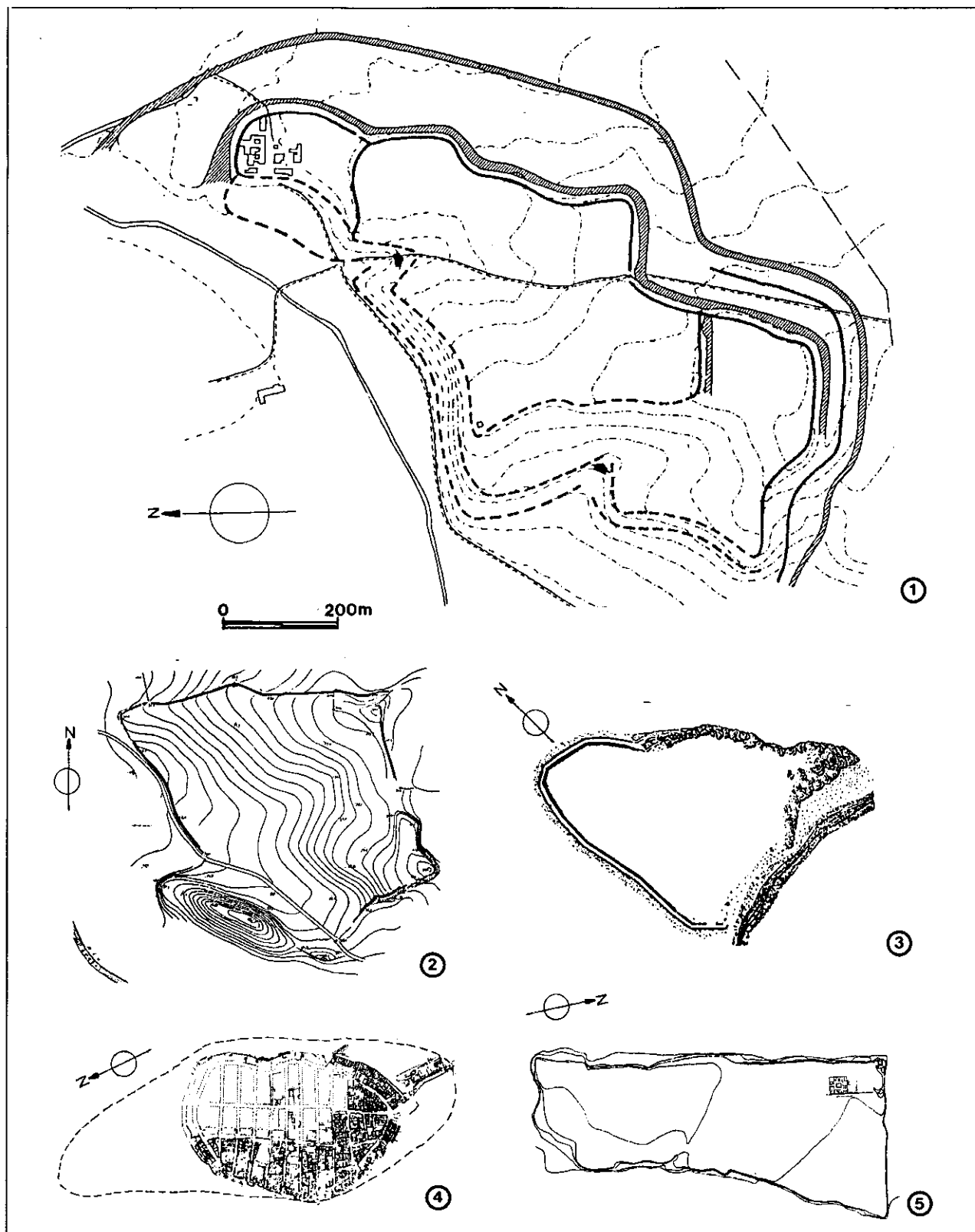


Fig. 16.—Plantas del oppidum de Contrebia Carbica (1) y de algunas de las más importantes ciudades celtibéricas: 2, Segeda; 3, Contrebia Leukade; 4, Numancia (incluyendo la línea de muralla pero no los posibles cercos defensivos); 5, La Caridad de Caminreal. (Según Mena et alii 1988 (1), Schulten 1933a (2), Taracena 1926b (3), Taracena 1941 (4) y Vicente et alii 1991 (5)).

plica por el tipo de asentamiento, organizado en caseríos yuxtapuestos, con amplios espacios sin edificación alguna.

Las fuentes literarias se hicieron eco de esta jerarquización, distinguiendo diversas categorías (Rodríguez Blanco 1977: 170 ss.; Salinas 1986: 85 ss.), que abarcan: ciudades, que en las fuentes aparecen como *urbs*, *polis*, *civitas* u *oppida*, aldeas grandes (*megalas komas*), aldeas y castillos (*vicos castellaque*) y torres (*turres* o *pyrgoi*), no siendo siempre posible su correlación con los asentamientos conocidos, en especial en lo que concierne a las categorías más próximas (Burillo 1980: 299). La existencia, asimismo, de una jerarquización entre las propias ciudades ha sido señalada para el Valle Medio del Ebro por Burillo (1982) a partir de las acuñaciones de plata por parte de algunas de ellas (*vid.* Asensio 1995: 404 ss.).

## 2. SISTEMAS DEFENSIVOS

Como se ha podido comprobar, el carácter defensivo de una parte importante de los asentamientos celtibéricos se manifiesta desde la propia elección del emplazamiento, buscando aquellos lugares que ofrezcan mayores posibilidades naturales en este aspecto, completándose con la realización de obras defensivas, que, en la mayoría de los casos, se reducen a sencillas murallas adaptadas al terreno o a un simple muro cerrado al exterior, formado por las partes traseras de las casas. En los casos más complejos, se protegen con potentes murallas, a veces dobles, que contornean todo el perímetro del castro, adaptándose a la topografía del cerro, o, complementando ésta, especialmente cuando existen cortados naturales, se circunscriben al sector más desgarnecido del poblado, reforzándose con fosos, simples o dobles, y campos de piedras hincadas.

### 2.1. Murallas

Frente a lo que ocurre en otras áreas castreñas, donde algunos castros medianos y la mayor parte de los de mayores dimensiones suelen ofrecer dos o más recintos, adosados o concéntricos, en la Celtiberia, los castros presentan por lo común un solo recinto, en cuya forma y superficie así como en el trazado de la muralla incidirá de forma determinante el emplazamiento elegido (Romero 1991a: 201). Tan sólo se ha señalado la presencia de un segundo recinto en el interior de El Castellar, en San Felices (Taracena 1941: 147) y de Trascastillo, en Cirujales del Río (Morales 1995). Por su parte, Romero (1991a: nota 43), quien mantiene ciertas reservas para el primer caso, señala cómo los castros de El Castillejo de El Royo y del Zarranzano tienen su superficie escalonada en dos

terrazas, siendo posible que en el último de ellos se levantara un muro sobre el cantil rocoso separando ambas (fig. 17,3). Más de un recinto se ha documentado asimismo en el Cerro Ontalvilla, en Carbonera de Frentes (fig. 20,2).

La muralla constituye la defensa principal y, en ocasiones, la única identificada. Todas las conocidas en territorio celtibérico están realizadas en piedra (fig. 18), a diferencia de otras zonas donde se documentan murallas de adobe y recintos mixtos de piedra y madera (Moret 1991: 13 ss.). En Castilmontán se recuperaron restos de madera utilizados para reforzar la cimentación en un tramo de la muralla, debido a la propia inclinación de la plataforma sobre la que se levanta la construcción y por no haberse asentado ésta sobre la roca natural, tal como ocurre en otros tramos del mismo yacimiento (Arlegui 1992b: 499 s.). En algún caso pudieron haber existido igualmente adarves de adobe (*vid. infra*).

Muchas veces no pueden determinarse con claridad las características de las murallas al hallarse arruinadas, pudiendo hasta llegar a faltar por haber sido utilizadas como canteras o por hallarse ocultas. En ciertos casos, como en los asentamientos en llano, posiblemente nunca fueron edificadas (Burillo 1980: 182).

Para su construcción se ha empleado como materia prima la piedra local, cuyas características condicionan las diferencias observadas en su talla (Burillo 1980: 182). Las murallas son de mampostería en seco, pudiendo haberse utilizado el barro para su asiento, levantándose por lo común hiladas discontinuas. Están constituidas por dos paramentos paralelos cuyo espacio interior se rellena con piedra y tierra, habiéndose documentado, en determinadas ocasiones, elementos internos de cohesión e incluso la presencia de un doble paramento —de 0,70 m. de anchura— y un relleno interno en el Piquete de la Atalaya de Azuara (Asensio 1995: 349, fig. 35). En el sector oriental del Castillo de Ocenilla (Taracena 1932: 42, fig. 6), uno de los cortes realizados en la muralla permitió identificar al exterior un muro careado a los dos lados (fig. 19,5, corte M-N). Los paramentos pueden ser verticales o ataludados, lo que proporciona secciones trapezoidales. La muralla se adapta a la topografía del terreno, normalmente con lienzos curvos de trazado irregular, documentándose también, a veces conjuntamente, lienzos rectos acodados en los poblados de cronología más avanzada.

En torno a los siglos VI-V a.C. surgen en las altas tierras del Norte de la provincia de Soria una serie de asentamientos castreños caracterizados por sus espectaculares defensas (figs. 17 y 21). Las murallas de estos castros del Primer Hierro están construidas de mampostería en seco, con piedras de tamaño mediano y pequeño, de careo natural, alguna vez incluso trabajadas (Ruiz

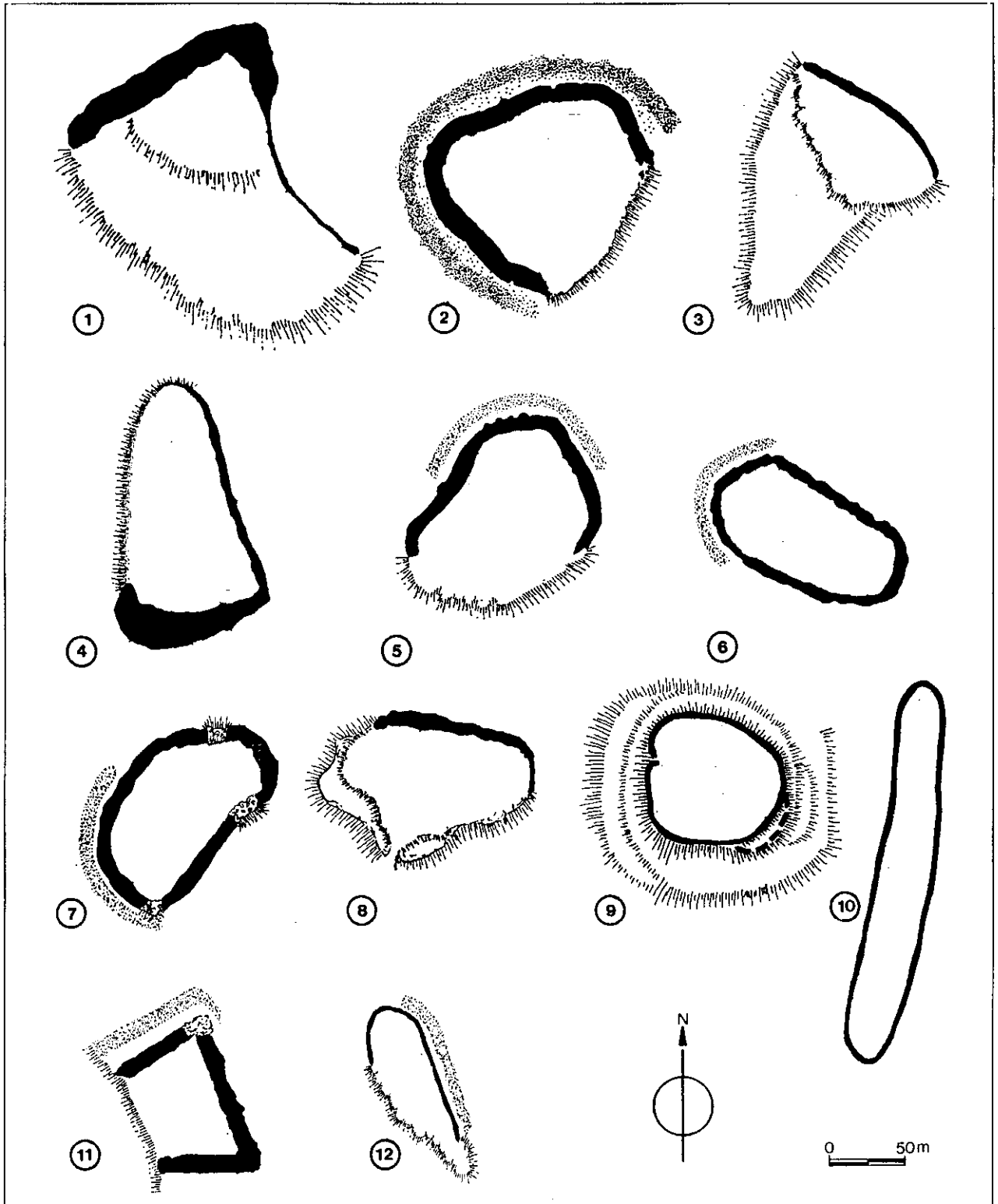


Fig. 17.—Plantas de algunos castros de la serranía soriana: 1, El Castillo de El Royo; 2, El Castillejo de Castilfrío de la Sierra; 3, el Zarranzano, Cubo de la Sierra; 4, La Torrecilla de Valdegeña; 5, El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera; 6, Los Castillejos de Gallinero; 7, El Castillejo de Hinojosa de la Sierra; 8, Los Castillejos de Cubo de la Solana; 9, El Castillejo de Ventosa de la Sierra; 10, Alto de la Cruz de Gallinero; 11, El Castillejo de Taniñe; 12, El Castillejo de Langosto. (Según Taracena 1926a y 1929 (1-3, 5-7 y 10-12), Ruiz et alii 1985 (4), Bachiller 1987a (8) y González, en Morales 1995 (9)).



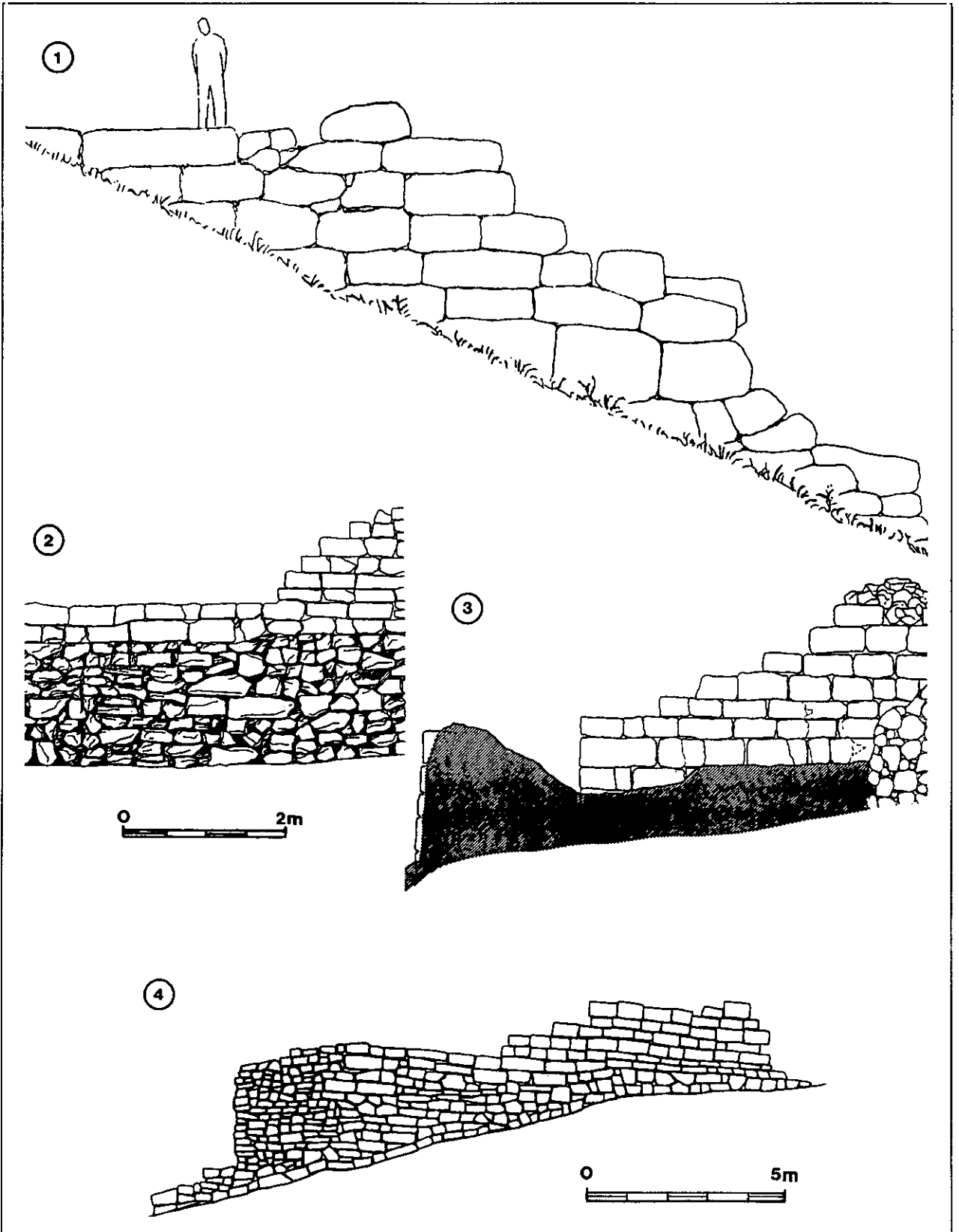


Fig. 18.—Alzado de algunas murallas celtibéricas: 1, Pardos (Zaragoza); 2, Castilmontán (Soria); 3, La Cava (Guadalajara); 4, Contrebia Leukade (La Rioja). (Según Sanmiguel et alii 1992 (1), Arlegui 1992b (2), Iglesias et alii 1989 (3) y Hernández Vera 1982 (4)).

Zapatero 1977: 84; Eiroa 1979a: 83; Romero 1991a: 203), habiéndose evidenciado también el uso de barro, lo que proporciona un mejor asiento (Romero 1991a: 203). La muralla, formada por dos paramentos paralelos rellenos de piedras sin ningún orden, puede ser ataludada, ofreciendo por tanto una sección trapezoidal, como ocurre en los castros de Langosto, Valdeavellano (fig. 19,1) y Valdeprado, o presentar paramentos verticales, como en Castilfrío y El Rojo, así como en el Castro del Zarranzano, por más que en éste la base presente una mayor anchura que el resto (Romero 1991a: 203). El grosor, variable a lo largo de su recorrido, oscila entre 2,5 y 6,5 m., conservándose una altura en torno a los 2,5-3 m., que seguramente debió superar los 3,5 y alcanzando en determinados casos 4,5 ó 5 m. (Romero 1991a: 205) (7). En algunos castros de la serranía soriana, excepcionalmente, no se han encontrado vestigios de murallas. Así ocurre en El Castillo del Avieco, cuyo emplazamiento ofrece defensas naturales sin que se haya identificado en superficie evidencia alguna (Romero 1991a: 200). Más fácil de justificar parece ser el caso de El Castillo de Soria, ya que la construcción de la fortaleza medieval bien pudo llevar consigo el desmantelamiento de las defensas del asentamiento castreño (Romero 1991a: 200). Cabe mencionar aún el caso de Renieblas, sobre cuya existencia se han planteado serias dudas (Romero 1991a: 93 s. y 200).

Durante la Segunda Edad del Hierro, las técnicas constructivas y las características de las murallas que protegen los poblados celtibéricos presentan importantes innovaciones respecto al momento precedente. Estas construcciones ofrecen ahora, en general, un aparejo más cuidado —aunque los paramentos internos sean por lo común de peor factura (Arlegui 1992b: 500)— constituido por la superposición de sillares toscamente trabajados, sin formación de hiladas, asentados en seco, utilizando ripio para rellenar los huecos, dotándolas así de una mayor solidez (8). También pueden estar formadas por muros hechos con sillarejos bien careados, dispuestos en hiladas horizontales perfectamente regulares (fig. 18), no faltando las murallas construidas con cantos rodados sin carear, como es el caso de Numancia (Taracena 1954: 235). Ocasionalmente, se aprecian en los muros de ma-

yor altura los mechinales del andamiaje utilizado para su elevación (Taracena 1932: 41; Arlegui 1992b: 500). Se asientan casi siempre sobre el suelo natural, que en ocasiones se hallaría ligeramente rebajado.

El grosor de las murallas, como ya se ha dicho, es variable y no siempre fácil de determinar, oscilando entre un metro en Monteagudo, Manchones (Aranda 1986: 353) y 18 en Los Castellares de Calatañazor (Taracena 1926a: 19), presentando la gran mayoría espesores entre 2 y 6 metros (9). Más difícil de conocer es la altura de las murallas, defendiéndose una proporción altura-anchura de 2 a 1 (Gracia *et alii* 1991: 75; *vid.* Asensio 1995: 352). En Calatañazor alcanza los 4,50 m. (Taracena 1926a: 19) y en Suellacabras entre 4 y 5 (Taracena 1926a: 25).

Comúnmente presentan paramentos verticales, pudiendo ser ataludados en algún caso, como en Los Castellares de Suellacabras (fig. 19,3). Sección trapezoidal muestra asimismo la muralla de Numancia, que mide 3,40 m. de anchura en la base y 2 de altura, en algún tramo precedida de un pequeño antemuro (Taracena 1954: 235), que también ha sido identificado en el tramo Norte de la de *Segobriga* (fig. 25,2,2) (Almagro-Gorbea y Llorio 1989: 174), a modo de las *proteichismata* helenísticas, bien documentadas en la arquitectura defensiva ibérica (Pallarés *et alii* 1986). Un caso singular es el del Castillo de Arévalo de la Sierra (figs. 19,2), cuyas murallas «situadas en la cumbre de un altozano de poco más de 7 m. de elevación, han tenido que ayudarse dificultando artificialmente la subida a favor de ese pequeño declive, lo que se obtuvo transformando el terraplén en violento plano inclinado revestido de piedras bastante grandes, clavadas a tizón en la tierra unos 80 cm., y tras de esa rudimentaria escarpa, mediando una distancia que llega en algunos casos hasta dos metros, se construyó una muralla de 1,50 m. de espesor, hecha también de mampostería a canto seco, que rodea la planicie del pequeño cerro, dejando, al parecer, su entrada por el lado Sur» (Taracena 1926a: 9, fig. 5, lám. I,1).

Adarves en camino de ronda únicamente se han identificado en Ocenilla (Taracena 1932: 41 s., fig. 6). El frente meridional, el más fácilmente accesible, presenta

(7) Mucha menor entidad tuvo la muralla de El Castellar de San Felices, con una anchura de un metro, aunque pueda corresponder a un momento posterior dada la larga cronología del castro, que incluso llegó a ser romanizado (Romero 1991a: 204 s.). Dimensiones más bien modestas presenta el muro trasero corrido que cierra por el Norte el poblado del Primer Hierro de La Coronilla, en la comarca de Molina de Aragón, cuya anchura es de 1,50 m. (Cerdeño y García Huerta 1992: 84).

(8) En ocasiones, los paramentos están cogidos con barro, como ocurre en el lienzo exterior de la muralla y en el torreón externo de Castilmontán, proporcionando así un aspecto más cuidado y sólido al conjunto (Arlegui 1992b: 499).

(9) A modo de ejemplo, cabe mencionar los casos de La Coronilla, cuya muralla tan sólo presenta un espesor de 1,25 m. (García Huerta 1989-90: 164); el Castillo de Arévalo de la Sierra, 1,50 (Taracena 1926a: 9; Romero 1991a: 373); Castilviejo de Guijosa, con una anchura media de 2 (Belén *et alii* 1978: 65); El Ceremeño, entre 2 y 2,5 (Cerdeño y Martín 1995: 187); Canales de la Sierra, cerca de 3 (Taracena 1929: 31); El Castellar de Berruoco, 3 (Burillo 1980: 184; Aranda 1986: 353); Los Villares de Ventosa de la Sierra, 3,60 (Taracena 1926a: 5); Castilmontán, entre 2,50 y 3, aunque llegue a alcanzar al menos 5,60 en la puerta principal, a pesar de no conservarse la cara exterior (Arlegui 1992b: 500); Ocenilla, entre 2,50 y 6 (Taracena 1932: 41 s.); El Castillo de Omeñaca, 4,80 (Ramírez 1993: 211); Valdeager, 5 (Aranda 1986: 353); Suellacabras, de 3 a 10 m. (Taracena 1926a: 25); etcétera.

una complejidad defensiva no documentada en el resto del recinto. Se trata de un camino de ronda formado por un callejón de 1,30 a 1,40 m. de anchura abierto en la muralla, delimitado por paramentos similares a los exteriores y piso de piedras de pequeño tamaño. La profundidad de los adarves oscila entre 0,85 y 1,20 m., que no debió ser mucho mayor originariamente, lo que iría en

contra de su función defensiva. Los restantes tramos de la muralla, sin evidencias de camino de ronda, están realizados mediante dos paramentos paralelos verticales, cuyo interior presenta un relleno informe de piedras (fig. 19,5, corte A-B y C-D). Adarves de adobe pudieron haber existido en las murallas de Numancia (Taracena 1954: 228) y Los Castillejos de Pelegrina (García-Gelabert y

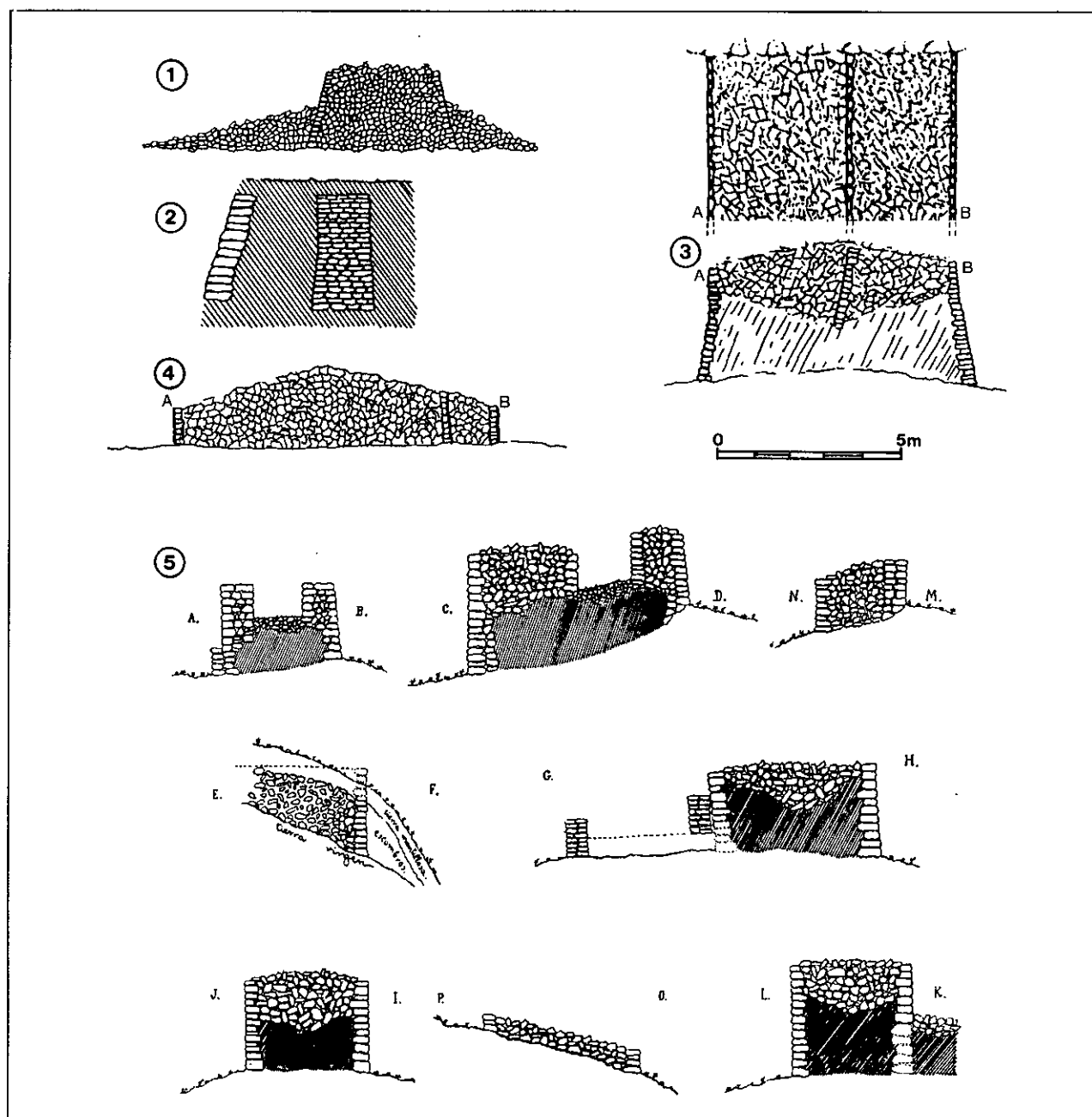


Fig. 19.—1, sección de la muralla de El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera; 2, corte de la muralla de El Castillo de Arévalo de la Sierra; 3, sección y planta de la muralla con paramentos internos de Los Castellares de Suellacabras; 4, muralla con paramentos internos de Los Castejones de Calatañazor (fig. 20,4); 5, secciones de diversos tramos de la muralla de Ocenilla (fig. 23,1). (Según Taracena 1929 (1), 1926a (2-4), y 1932 (5)).

Morère 1986: 127; Moret 1991: 22), mientras que el torreón exterior de Castilmontán estaba coronado por una plataforma de este material (Arlegui 1992b: 502).

La poliorcética celtibérica va a incorporar a lo largo de la Segunda Edad del Hierro una serie de innovaciones, como las murallas acodadas (Moret 1991: 36), las dobles, las de paramentos múltiples o internos (Moret 1991: 28 ss.; Asensio 1995: 349 ss.), y los muros ciclópeos (Moret 1991: 27; Asensio 1995: 345 s.).

### 2.1.1. *Las murallas acodadas*

Tienen su origen en la poliorcética helenística (Lawrence 1979: 350 ss.; Adam 1982: 66 s.), encontrándose sus mejores exponentes peninsulares en las murallas ibéricas del Pico del Águila (Denia, Alicante) (Schubart 1962) y Ullastret (Gerona) (Pallarés *et alii* 1986: 45 ss.), para las que cabe defender una cronología de los siglos IV-III a.C. (Esparza 1987: 360; Moret 1991: 36). En el territorio celtibérico, el castro de Guijosa ha proporcionado una muralla de cremallera, formada por cinco tramos acodados, de dimensiones variables (entre 7 y 25 m. de longitud), el último de los cuales corresponde a un torreón rectangular (fig. 28,1). Se trata de un castro de planta triangular localizado en un espolón, cuyo flanco más desprotegido está defendido por la muralla, erigida «sobre una elevación del terreno que parece artificial» (Belén *et alii* 1978: 66), y el torreón mencionados, a los que se añaden un foso y un campo de piedras hincadas (fig. 28,1). La correcta valoración cultural y cronológica de la muralla (Esparza 1987: 360) —inicialmente adscrita, como el resto de las defensas, a la Primera Edad del Hierro, fechándose entre los siglos VII-VI a.C. (Belén *et alii* 1978)— han llevado a desestimar una cronología para su construcción anterior al siglo III a.C. (Moret 1991: 37). Otro ejemplo de muralla acodada está documentada en la fase más reciente del castro de El Ceremeño, donde también puede verse un torreón de planta rectangular (Cerdeño y Martín 1995: 186 ss.).

La presencia de lienzos rectos intencionalmente quebrados está documentada en el Cabezo de las Minas de Botorrita, en lo que se ha interpretado como los restos más antiguos de la ciudad (Díaz y Medrano 1993: 244), en Herrera de los Navarros (fig. 36,1) (Burillo 1983: 10), Ocenilla (fig. 23,1) (Taracena 1932: 42, lám. XXVIII; Moret 1991: 36), Los Villares de Ventosa de la Sierra (figs. 20,1), Cerro Ontalvilla, en Carbonera de Frentes (fig. 20,2) (Morales 1995: 47 s., fig. 13), el Castillejo de Golmayo (fig. 20,3) (Morales 1995: 192 ss., fig. 76), Los Castejones de Calatañazor (fig. 20,4) (Taracena 1926a: 19, fig. 9; Moret 1991: 36) y Los Castellares de Suellacabras (fig. 20,5) (Taracena 1926a: 26, fig. 11), así

como en las ciudades celtibérico-romanas de *Segobriga* (fig. 25,2) (Almagro-Gorbea y Llorio 1989) y *Bilbilis Italica* (Martín Bueno 1982: fig. 1).

### 2.1.2. *Las murallas dobles*

Se ha señalado la presencia en Numancia de varias líneas de muralla, evidencia de los sucesivos trazados urbanos de la ciudad (Jimeno y Tabernero 1996: 421 ss.). Por lo que respecta a la ciudad destruida el 133 a.C., habría que admitir la existencia de al menos un segundo recinto murado, al exterior del ubicado en la zona alta del cerro de la Muela de Garray, cuya localización resulta inusual en el mundo celtibérico al no aprovechar el cortado natural, pues esta muralla superior se levanta algo alejada del mismo, dejando sin controlar diversas zonas de acceso (Jimeno y Tabernero 1996: 422) (10).

Murallas dobles se han hallado en El Castellar de Berrueco, donde se ha identificado un doble lienzo en su flanco Suroeste con una separación de 4,3 m. entre ambos (Burillo 1980: 138 y 184), y en Calatañazor, en cuyo lado Sur se descubrió una segunda muralla, paralela a la superior, separada de ésta 24 m. (fig. 20,4) (Taracena 1926a: 20, fig. 9). Se ha señalado (Iglesias *et alii* 1989: 79 ss.) asimismo la presencia de un doble lienzo de muralla en el sector Sur del poblado de La Cava (fig. 26,1). Dos líneas exteriores presenta el Castillo de Taniñe (Taracena 1926a: 13 ss. figs. 7-8).

En Los Castellares de Herrera de los Navarros (fig. 36,1) se ha descubierto a lo largo de buena parte de su perímetro un doble lienzo prácticamente paralelo, interpretado como una doble muralla, con una separación que oscila entre 1 y 3,5 m., acomodándose a las irregularidades del terreno (Burillo 1980: 76 ss. y 184; *Idem* 1983: 9 ss.). La anchura de la muralla superior es de un metro en la zona excavada, con paramentos de tamaño mediano y grande al exterior, y de menores dimensiones al interior, rellenándose el espacio intermedio con piedras y tierra. En cuanto al espacio situado entre los dos lienzos, si bien en ciertas zonas se perciben alineamientos de piedras perpendiculares a aquéllos, se hace necesaria su excavación para determinar las características del relleno y la posible funcionalidad de este espacio (*vid. infra*).

(10) La existencia de recintos concéntricos que, como ha señalado Esparza (1987: 242), alejan el frente bélico del poblado, podría ponerse en relación, de acuerdo con este autor, con la presencia de Roma, «que utiliza procedimientos de aproximación y armas (arrojadizas, artillería, fuego) muy superiores a los tradicionalmente empleados».

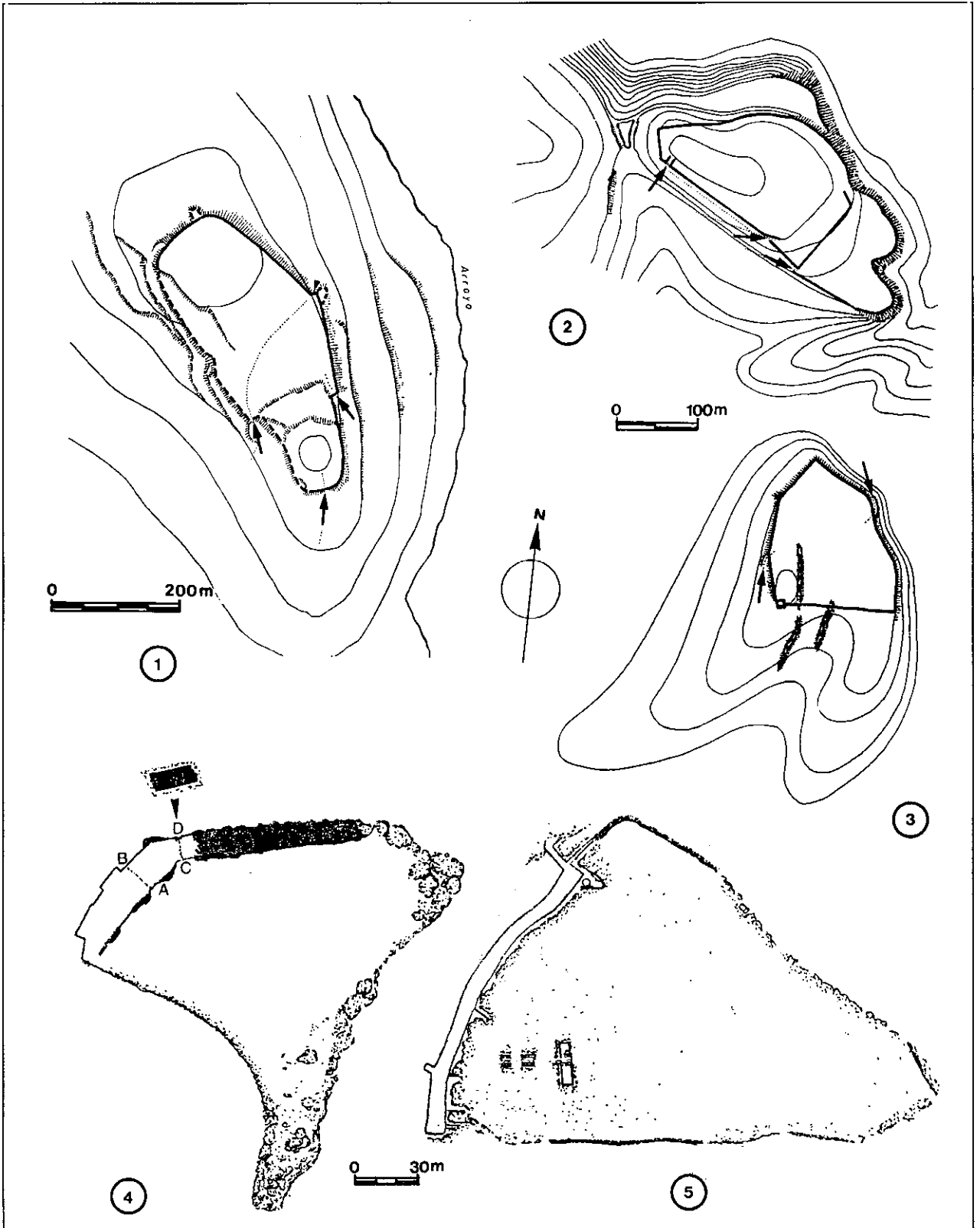


Fig. 20.—Plantas de los poblados de Los Villares de Ventosa de la Sierra (1), Cerro Ontalvilla, en Carbonera de Frentes (2), Castillejo de Golmayo (3), Los Castejones de Calatañazor (4), Los Castellares de Suellacabras (5). (Según González, en Morales 1995 (1-3) y Taracena 1926a (4-5)).

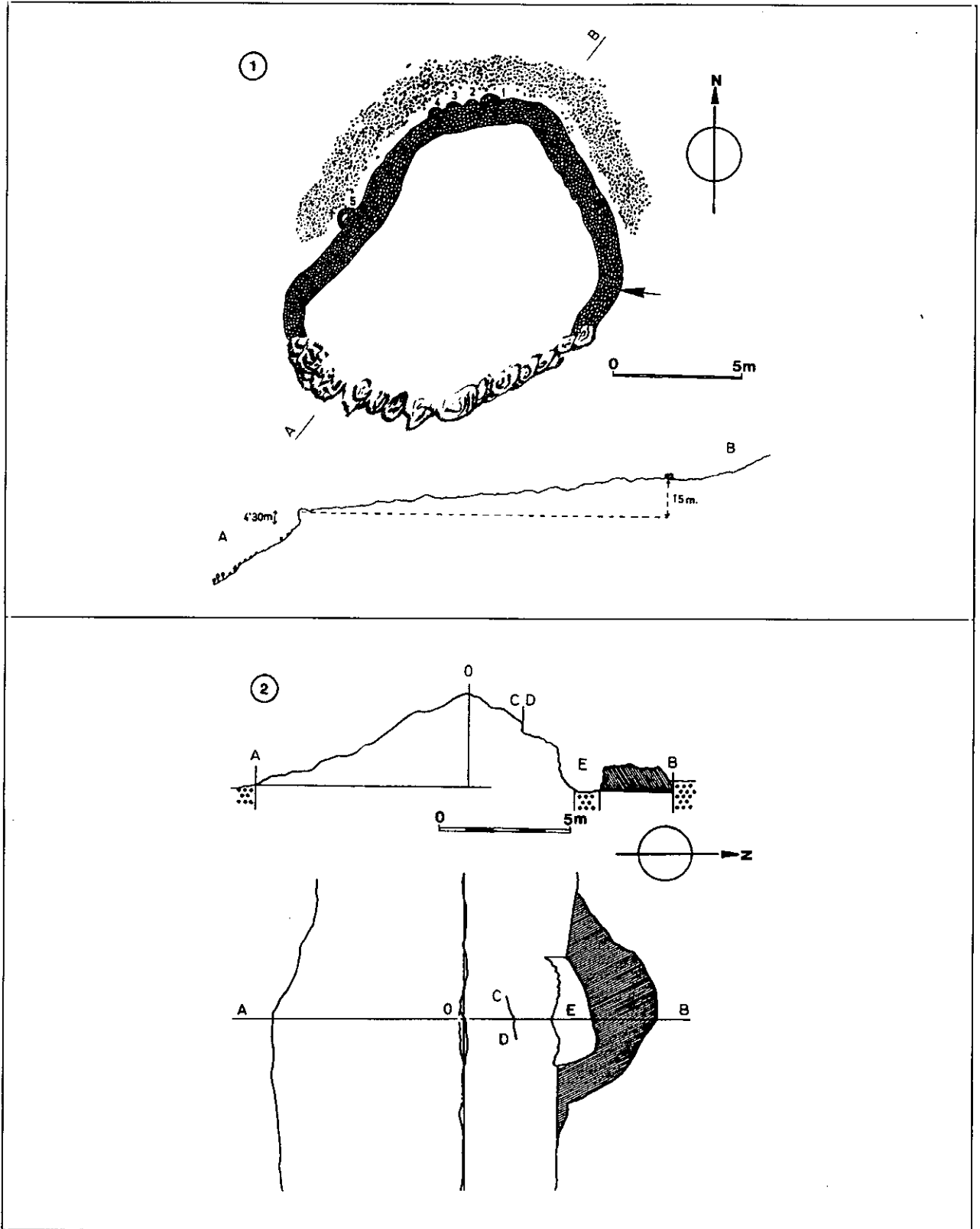


Fig. 21.—1, planta y perfil de El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera (según Taracena 1929), con indicación del posible acceso (según Hogg 1957) y la localización de los torreones (según Ruíz Zapatero 1977); 2, sección y planta de la torre I (según Ruíz Zapatero 1977).

### 2.1.3. Las murallas de paramentos internos

Diversos son los ejemplos y variadas las soluciones planteadas para disminuir, mediante muros que permitan la articulación interna de la obra, el empuje sobre los paramentos externos de la muralla, proporcionando así una mayor estabilidad al conjunto. Paramentos internos se han identificado en las murallas de Los Castejones de Calatañazor (fig. 19,4) (Taracena 1926a: 19, fig. 10, corte A-B) y Los Castellares de Suellacabras (fig. 19,3) (Taracena 1926a: 25, figs. 12-13). En Calatañazor, la muralla se reforzaba en su zona interna, muy próxima al paramento exterior, mediante un muro ataludado de mampostería, hecho a canto seco, mientras el interior se rellenaba de piedras sin orden alguno. Una disposición similar presenta la de Suellacabras, formada por tres paramentos, dos externos ataludados, lo que proporciona una sección trapezoidal, y uno interno, igualmente en talud, paralelo a ambos; los tres muros tan sólo presentan careada una de sus superficies, habiéndose rellenado los espacios interiores con piedra de tamaño pequeño en su mitad inferior —unos 2 m. de altura— y de mayor tamaño en la superior, algunas de ellas restos del hundimiento de la propia muralla.

En *Contrebia Leukade* está documentada en varios tramos de la muralla la presencia de muros a base de cajones (Asensio 1995: 351). Con algo menos de 4 m. de espesor, consta de dos paramentos —cuyo grosor oscila entre 1,3 m. el exterior y 1 m. el interior— y un relleno de piedra y tierra, habiéndose identificado una serie de muros transversales de 1,10 de grosor localizados cada 6 u 8 m. que unen las dos paredes, compartimentando el relleno (Taracena 1936b: 138; Hernández Vera 1982: 124). Un caso similar se ha señalado para las murallas de La Tijera, en Urrea de Jalón, con muros tirantes de 0,80 m. de altura y una anchura en su base que oscila entre 0,60 y 0,70 m., separados entre 4 y 4,5 (Asensio 1995: 351, lám. 27,2).

### 2.1.4. Los muros ciclópeos

Ciertos poblados celtibéricos muestran en algunos tramos de sus murallas muros contruidos a base de grandes sillares, de dimensiones superiores a un metro. Se documentan paramentos de tendencia ciclópea en Los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo 1980: 78 y 182; 1983: 9 ss.), en El Castillo de Aldehuela de Liestos, con sillares que alcanzan 0,90 por 0,50 por 0,40 m. (Aranda 1987: 164), en El Castillo de Orihuela del Tremedal, donde llegan a medir 1,75 por 1,20 por 0,70 m. (Collado 1990: 27 y 55), en Pardos, alcanzando aquí los 2 m. (fig. 18,1) (Sanmiguel *et alii* 1992: 75, figs. 2, 4 y 5), en La Cava (fig. 18,3) (Iglesias *et alii* 1989: 77, fig. 4A, lám. IV), en El Castejón de Luzaga (Iglesias *et*

*alii* 1989: 77 s.; García Huerta 1990: 124), en Los Castillejos de Pelegrina (García-Gelabert y Morère 1986: 126) o en el castro de Riosalido, donde algunos de los bloques que forman la muralla llegan a superar los 3 m. de longitud (Fernández-Galiano 1979: 23; Iglesias *et alii* 1989: 77). Asimismo, se utilizan, ocasionalmente, sillares de grandes dimensiones para la construcción de torres (Burillo 1991c: 45 ss.), como es el caso de la de Santa María de Huerta, con longitudes de casi 3 m. (Aguilera 1909: 66), la del referido poblado de Aldehuela de Liestos (Aranda 1987: 164), la de San Esteban de Anento, con sillares que alcanzan 1,40 por 0,70 por 0,80 m. (Burillo 1980: 104), en la cimentación del torreón exterior de Castilmontán, con bloques de hasta 1,60 m. de largo y 0,80 de alto (Arlegui 1992b: 502), o en el torreón que flanquea la puerta Sur de *Contrebia Leukade*, cuyos sillares, regulares en su cara externa y apenas desbastados en la interior, llegan a medir 1,10 por 0,35 por 0,60 m. (Hernández Vera 1982: 126).

## 2.2. Torres

En la Meseta se observa la existencia de dos tradiciones diferentes por lo que a este tipo de obras defensivas se refiere, cuyas características han sido descritas por Moret (1991: 37): las obras curvilíneas, de las que los ejemplos más antiguos, adscribibles a la Primera Edad del Hierro, presentan forma irregular y aparejo grosero, y las torres cuadrangulares de planta regular, con aparejo más cuidado, de cronología más avanzada. La existencia de torres está perfectamente probada en el área celtibérica, a veces simples engrosamientos de la muralla aunque también se hayan documentado construcciones circulares o cuadrangulares, adosadas o incrustadas en ella, y la utilización en algún caso de aparejos ciclópeos (*vid. supra*). Junto a una funcionalidad puramente defensiva, como protección de los puntos más vulnerables, las torres servirían como atalayas, suponiéndoselas una mayor altura que la de la muralla. Aun cuando, por lo general, el interior de estas construcciones se ha encontrado colmatado, habiendo de suponerse en la mayoría de los casos su carácter macizado, también se han hallado torreones de obra hueca (Burillo 1980: 158; *Idem* 1981; *Idem* 1991a: 576).

Respecto a los castros de la serranía soriana, se ha señalado (Romero 1991a: 205) la dificultad que entraña la identificación de torres, determinada por el engrosamiento de la muralla o por el mayor volumen de los derrumbes, habiéndose indicado su presencia en los castros de Cabrejas del Pinar y El Royo (Romero 1991a: 205 s.; Eiroa 1979a: 83; *vid.*, en contra, Eiroa 1979b: 125).

Más claro resulta el caso de Valdeavellano de Tera (figs. 17,5 y 21), donde se descubrieron cinco torreones

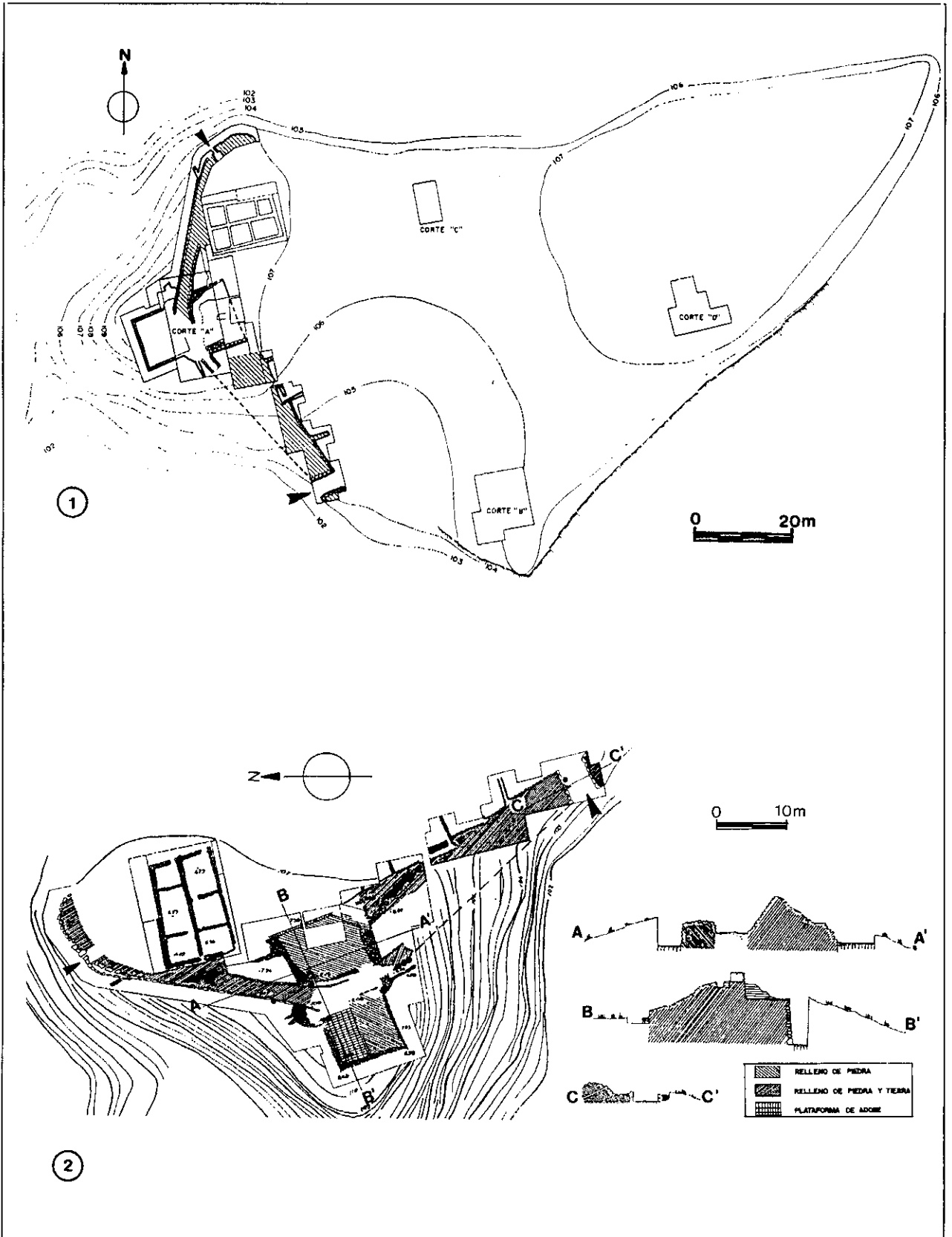


Fig. 22.—Planta del poblado de Castilmontán (1) y detalle de su sector occidental (2). (Según Arlegui 1992b).



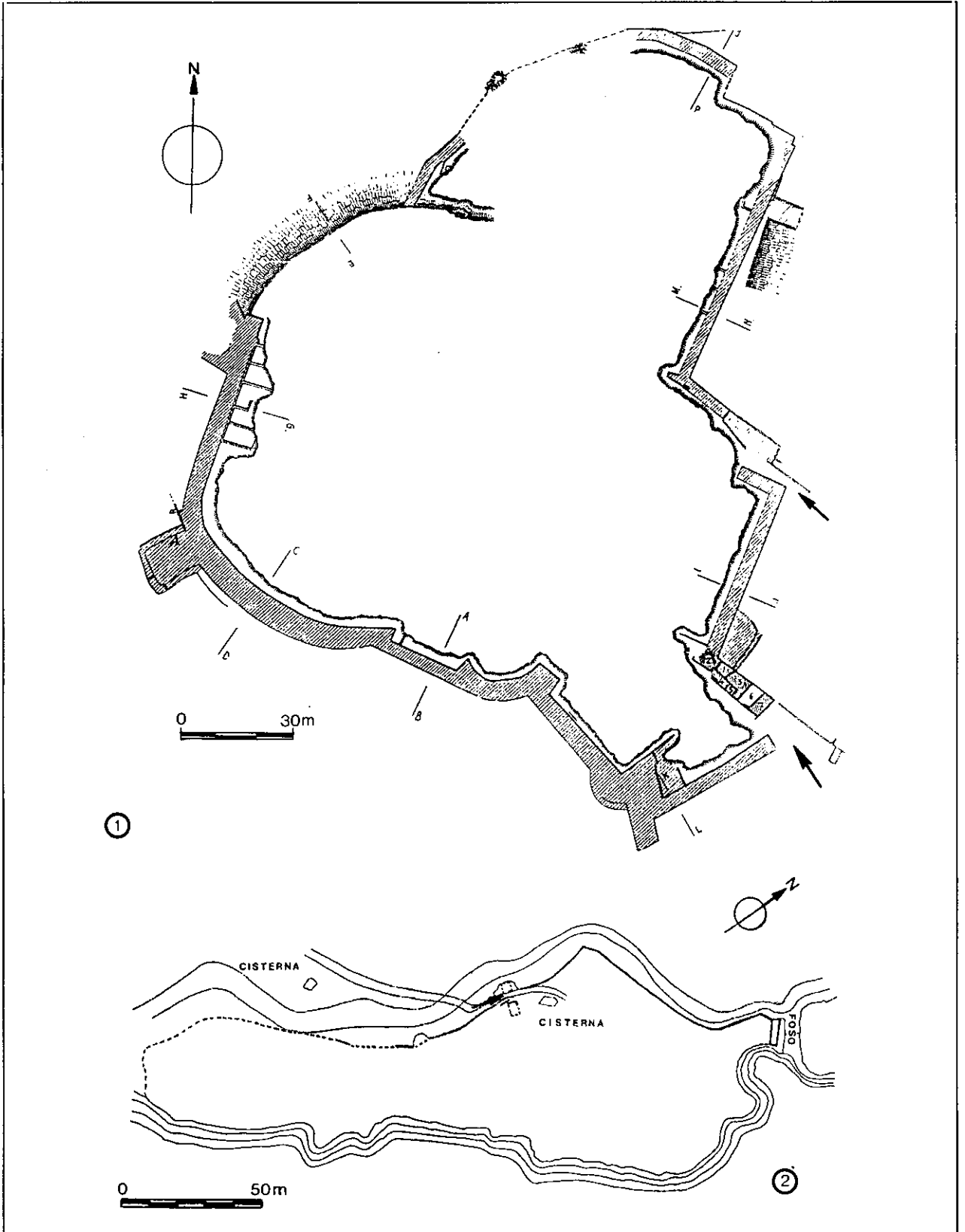


Fig. 23.—Plantas de El Castillo de Ocenilla (1) y de El Molón de Camporrobles (2). (Según Taracena 1932 (1) y Almagro-Gorbea et alii 1996 (2)).

semicirculares adosados al exterior de la muralla (Ruiz Zapatero 1977; Romero 1991a: 206). Se localizan en el flanco más accesible del castro, defendido a su vez por un campo de piedras hincadas, concentrándose cuatro de ellas en el sector más septentrional. Sus dimensiones son semejantes, sobresaliendo de la línea de muralla entre 3,40 y 3,80 m., aun cuando en la torre V alcancen los 7, y presentando una anchura entre 3,10 y 3,80 m., que en el caso de la número I llega a los 9 (fig. 21,2). Una cronología más avanzada se ha sugerido para el caso de Torre Beteta en Villar del Ala, donde Taracena (1941: 176) reconoció una posible torre circular (Romero 1991a: 441).

La presencia de torres circulares resulta habitual en la Celtiberia aragonesa a lo largo de la Segunda Edad del Hierro (Burillo 1980: 184 s.; Aranda 1986: 184; Collado 1990: 56). A veces se ha señalado su presencia en el espacio interior del hábitat (Burillo 1980: 184 s.), aunque sea necesario realizar excavaciones que permitan su segura identificación. Por otra parte, en aquellos casos en los que se han documentado a partir únicamente de amontonamientos de piedras en forma circular, bien pudiera tratarse de torreones de planta cuadrangular (Collado 1990: 56).

En Ocenilla (fig. 23,1) se encuentran conjuntamente bastiones circulares y torres cuadrangulares (Taracena 1932: 44; Moret 1991: 34). La torre del Sureste muestra planta de arco de círculo y está provista, en un trecho, de un muro interior de refuerzo. En la zona Este, al Norte de la puerta principal, se levanta una construcción de planta arqueada adosada a la muralla que, dada su construcción endeble, sería posterior a la realización del recinto (Taracena 1932: 44).

Las torres cuadradas ofrecen en el territorio celtibérico una cronología tardía, en ningún caso anterior al siglo III a.C., siendo frecuente su vinculación con murallas acodadas (Moret 1991: 35 ss.), como ocurre en Guijosa, El Ceremeño, La Cava (fig. 26,1), Ocenilla (fig. 23,1), etc. (*vid. supra*). En el castro de Guijosa (fig. 28,1), el sistema defensivo constituido por muralla, foso y campo de piedras hincadas, se completa con una torre rectangular de 13 por 6 m. que constituye el último tramo acodado de aquella, a la que sirve de cierre hacia el Sur, donde se sitúa el cantil rocoso (Belén *et alii* 1978: 65 y 69). También en el castro de El Ceremeño (Cerdeño y Martín 1995: 187 s.) se ha localizado un torreón rectangular, de 6 por 4 m., que en este caso refuerza un codo de la muralla (*vid. Cerdeño et alii* 1995a: 171, para otros ejemplos de la zona Norte de Guadalajara).

Una posición semejante ocupan los torreones de Castilmontán (Arlegui 1990a: 50, fotos 7-9; *Idem* 1992b: 498 s. y 501 ss.). Se trata de dos torres yuxtapuestas, una exterior, de planta rectangular, que sobresale completa-

mente de la línea de muralla, a la que seguramente se adosaría, y una interior, de planta trapezoidal, planteada como una prolongación del torreón exterior, exenta, pues entre el paramento interior de la muralla y la torre queda un espacio de 50 cm. relleno de piedra y tierra (fig. 22,2). Junto a una función de vigilancia, destaca la defensiva, evidente al localizarse en el único lado de fácil acceso, ocupando un ángulo de la muralla, a pocos metros de la puerta principal del poblado. El sistema constructivo de ambas torres resulta semejante. Son dos construcciones ataludadas, cuyos muros están realizados con bloques de conglomerado con la excepción del paramento Este del torreón interior, vertical y realizado con adobes. Ambos torreones presentan el interior relleno con piedra y tierra. La torre exterior tiene unas dimensiones en su base de 9,20 m. de ancho por una longitud máxima de 12 m. en su lado Sur, que solamente alcanza los 9 en el Norte. La altura original fue de 2,58 m., elevándose sobre ella una plataforma de adobe con una altura conservada de 1,20. La unión de la muralla y la torre exterior aparece protegida por sendas construcciones ataludadas de planta arqueada. El torreón interior, de 9 m. en los lados Norte y Sur y de 11 y 13, en los Oeste y Este, respectivamente, se halla en peores condiciones; la altura conservada es superior a la construcción pétreo del torreón extramuros, alcanzando los 3,30 m. sobre el poblado.

Otro ejemplo interesante es el de Ocenilla (fig. 23,1). Su tramo occidental está protegido por dos torres cuadrangulares: la del Oeste, derruida, y la del Suroeste, mucho mejor conservada, cuyas características constructivas fueron descritas por Taracena (1932: 44). Mide 13 por 14 m., llegando a alcanzar los 3,90 de altura, y constituye una torre maciza yuxtapuesta a la muralla. Está formada «por el paramento exterior vertical, un relleno de 1,50 m. de anchura y otra cara interna de un solo paramento ligeramente inclinado enlazada con la superficie exterior por dos muretes diagonales; hacia el Este la línea externa se prolonga con muy poca altura disminuyendo hasta perderse y el brazo occidental se continúa ahora en un murete (fig. 23,1,a) construido sobre escombros y posterior al conjunto de las fortificaciones» (Taracena 1932: 44).

En Izana (Taracena 1927: 5 s.), el caso es diferente, pues una torre trapezoidal de 7 por 8,50 m. se sitúa en la confluencia de la muralla que cierra el Norte y el Occidente del poblado con el doble recinto con el que se protege el flanco Este (fig. 36,4).

Mención aparte merece el «Castillo ciclópeo» de Santa María de Huerta, excavado a principios de siglo por el Marqués de Cerralbo (Aguilera 1909: 64 ss.; Taracena 1941: 148 s.; Cuadrado 1982; Arlegui 1990: 45 s.; Moret 1991: 37). Es un torreón rectangular de 22,5 por 8,70 m. realizado con aparejo ciclópeo y paramentos verticales,

sin cuidado alguno en la ordenación de las hiladas, de las que se dejaron al descubierto cuatro, constituidas por piedras toscamente talladas que pueden alcanzar casi los 3 m. de longitud por 0,90 de altura y algo menos de espesor, todo ello asentado en seco. Dos lienzos de muralla parten de la torre, que ocupa el punto más elevado del poblado, bajando hasta la vega del Jalón. La parte Norte, que constituye el flanco más desprotegido del poblado, como lo confirma la propia construcción de la torre, aparecía defendida por un foso de 4 m. de anchura. Las diferencias constructivas entre la torre y la muralla llevaron a Cerralbo a considerarlas como de diferente cronología: celtibérica, la muralla, y mucho más antigua, la torre (Aguilera 1909: 69 s.). También Taracena (1941: 149) señaló la diferente cronología entre ambas construcciones, teniendo por ibérica la torre, que considera anterior al siglo III a.C., mientras que la muralla, ya celtibérica, se fecharía ca. siglos III-II a.C. (11). Cerralbo excavó en el interior del torreón encontrando tres posibles suelos, a 2,70, 1,82 y 1,65 m. de profundidad, pero estos trabajos no proporcionaron materiales significativos (Aguilera 1909: 68).

Se ha señalado la semejanza tanto en sus dimensiones como en su ciclopeísmo entre el torreón de Santa María de Huerta y la torre de San Esteban, en Anento, una construcción rectangular exenta de 16 por 8 m. defendida en su flanco más vulnerable por medio de un foso de 7 m. de ancho que, a decir de Burillo (1980: 104 y 185), podría ponerse en relación con el concepto pliniano de *Turres Hannibalis*.

En el límite suroriental de la Celtiberia, en una zona que cabe considerar como de transición al mundo ibérico, cabe destacar el poblado de El Molón, en Camporrobles (Almagro-Gorbea *et alii* 1996). Su parte oriental, la más vulnerable, se fortificó mediante un torreón y un foso (fig. 23,2). Dicho torreón se elevaba sobre el espolón que formaba el istmo que cerraba la muela sobre la que se asienta el hábitat. Es de planta rectangular de 10,15 m. por 4 m. y a su alrededor corría la muralla a modo de barbacana, realizada a base de sillares irregulares asentados directamente sobre la roca como un antemuro adosado al torreón. Esta torre, de unos 40 m<sup>2</sup>, tendría la importante función de defender esta estratégica zona, permitiéndose al mismo tiempo un control visual del poblado y del territorio circundante. Su entrada principal quedaba defendida asimismo por sendas torres de planta cuadrangular situadas a ambos lados de la puerta. De la torre Sur se conservan sus muros Este y Norte, de unos 2,50 m. de largo, que discurre paralelo

al camino de entrada. Esta torre se combinaría con la situada al lado Norte, de la que sólo se conserva una plataforma de 5,40 x 2,90 m. perfectamente alisada.

Las torres cuadrangulares están bien atestiguadas igualmente en algunas ciudades celtibérico-romanas, como es el caso de *Numantia* (Jimeno *et alii* 1990: 23), *Contrebia Leukade* (Hernández Vera 1982: 125 s., fots. XIV-XV), San Esteban del Poyo del Cid (Burillo 1980: 158 y 184 s.; *Idem* 1981) y *Bilbilis Italica* (Martín Bueno 1975a y 1982: fig. 1).

Varias torres rectangulares se han identificado en *Contrebia Leukade*, la mayor de las cuales, de 15,5 por 11,5 m., se localiza en el punto más elevado de la ciudad (fig. 35,2), constituyendo una magnífica atalaya desde la que se dominan los accesos a la misma. La torre se adosa a la muralla —que en este punto sólo mide 2,50 m. de espesor, lo que supone su estrechamiento máximo— por su cara interna, con la que comparte uno de sus lados mayores. Sus muros, de 1,60 m. de grosor, son de mampostería, con paredes de sillares irregulares, rellenándose el espacio interior con tierra y piedras, salvo en los ángulos, donde la obra es toda de piedra. Según Taracena (1942: 23; *Idem* 1954: 244), la construcción constaría de un cuerpo inferior de piedra, sobre el que se levantaría otro que debió ser de materiales entramados con madera —a cuyos restos pertenecerían los abundantes carbones documentados en el derrumbe—, a tenor de la facilidad con la que ardió, pues para Taracena (1954: 244) esta torre no sería otra que la referida por Livio (frag. 91) en relación a los acontecimientos del 77 a.C. en la ciudad de Contrebia. Tras la destrucción de la torre —«rotos los fundamentos, se derrumbó en grandes hendiduras, y empezó a arder por efecto de haces de leña encendida que le echaron,...» (Liv., frag. 91)—, que era su principal defensa, Sertorio tomó la ciudad (12). Flanqueando la puerta Sur, donde confluyen el foso y el acantilado, se levanta otra torre, también rectangular (de 8 por 5,80 m.), situada al exterior de la muralla —que alcanza en este punto, especialmente vulnerable, su máximo grosor (4,10 m.)—, a la que se adosa por uno de sus lados mayores, aunque su construcción sea independiente. En el tramo Sur se han localizado otras torres, cuyas características se asemejan más a la torre principal.

Un mínimo de nueve torres cuadradas incrustadas en la muralla se han reconocido en El Poyo del Cid, distribuyéndose estratégicamente de acuerdo con las condiciones del terreno, sin equidistancia alguna. La única excavada es de obra hueca, de 5 m. de lado. Sus muros,

(11) Recientemente, Moret (1991: 37) ha insistido en la datación tardía de los paramentos ciclopeos meseteños semejantes a los de Santa María de Huerta, que difícilmente puede remontarse más allá del siglo III a.C.

(12) No obstante, para García Mora (1991: 160 s.) la cita de Livio estaría referida a *Contrebia Belaisca*, donde parece documentarse en la parte alta una torre de planta cuadrangular de 4 m. de lado, de la que únicamente se conserva el basamento de sillares de alabastro y caliza (Asensio 1995: 352, lám. 5,1).

cuyo espesor oscila entre 0,45 y 0,5 m., están realizados con un doble paramento, rellenando el espacio interior de piedras de pequeño tamaño. Su interior se halla enlucido con arcilla roja, habiéndose encontrado en su lado Norte, junto a la esquina, un vano de 1,23 m. de anchura, perteneciente a la puerta.

Unas características similares se han señalado para el caso de *Bibilis Italica*, localizada en el Cerro de Bámbola, cuyas fortificaciones se adaptan igualmente a la difícil topografía del terreno, con una distribución desigual por lo que a las torres se refiere (Martín Bueno 1982: fig. 1). La excavación de una torre situada en un ángulo de la parte alta de la fortificación, que constituye un magnífico punto de observación, ha permitido establecer las particularidades de este tipo de construcciones (Martín Bueno 1975b; *Idem* 1982: 98 y 100). Se trata de una torre cuadrangular de 6,60 por 6,40 m., adosada por el exterior a la muralla, con la que no forma cuerpo, evitando así que su destrucción llevara emparejada la de la muralla en la que se apoya, en lo que sigue esquemas derivados de la poliorcética helenística (Adam 1982). La torre se hallaba muy destruida, debido en buena medida a la fuerte pendiente de la zona donde se ubica. Está constituida por un muro de cerca de un metro de espesor, formado por bloques irregulares asentados en seco, cuyos huecos aparecen rellenos de ripio, sirviendo de cierre por uno de sus lados la propia muralla. Su interior se halló relleno de tierra fuertemente compactada, lo que llevó a su excavador a considerarla como una construcción maciza, al menos en lo que respecta a la parte inferior, la única conservada. Formando parte del relleno, se hallaron los restos de al menos dos enterramientos humanos que fueron relacionados con rituales de fundación de filiación céltica (*vid.* capítulo X,3.1). Un planteamiento diferente es defendido por Burillo (1980: 158; *Idem* 1981; *Idem* 1991a: 576), para quien las torres de *Bibilis Italica*, similares a las de El Poyo del Cid, serían, al igual que aquéllas, de obra hueca, con lo que el relleno y los referidos enterramientos serían posteriores a su abandono.

### 2.3. Puertas

No siempre es posible conocer dónde se hallan las entradas de los poblados, a veces enmascaradas entre los derrumbes de la muralla. Su posición está en función de la topografía y de aspectos como las condiciones defensivas y estratégicas del lugar (Romero 1991a: 208). Corrientemente, dada la vulnerabilidad que suponen las entradas en el sistema defensivo de un asentamiento, las puertas se protegen mediante el ensanchamiento de la muralla (Castilmontán) o localizándose junto a un cortado (El Pico de Cabrejas del Pinar, El Royo, El Espino y El Puntal de Sotillo del Rincón, etc.), lo que facilita su

defensa, sin olvidar el ocultamiento de que a veces son objeto, lo que resulta especialmente evidente en el caso de los accesos secundarios o poternas (Zarranzano, Castilmontán, *Segobriga*, etc.).

Generalmente son puertas sencillas, las más de las veces abiertas en la muralla mediante la simple interrupción en su trazado, sin que falten las puertas en esviaje, en las que el acceso se realiza a través de un estrecho pasillo formado por los dos extremos de la línea de muralla que, en lugar de converger, discurren paralelos. De cualquier modo, las características de las entradas resultan mal conocidas, al haber sido detectadas en su mayoría a partir de inspecciones visuales del terreno, aun cuando existan algunas excepciones al respecto, como Castilmontán, Ocenilla o *Segobriga*. Pero, a pesar de no poder establecerse una correlación directa entre los diversos tipos de entradas y su cronología, se advierte una tendencia a una mayor complejidad en los sistemas de acceso de los poblados más modernos. Aunque por lo general no hayan quedado evidencias, los paralelos conocidos señalan que las puertas serían de doble batiente (Alfaro 1991; Molist y Rovira 1991), presentando los vanos adintelados, contruidos por una o varias vigas (Asensio 1995: 354).

Entre los castros sorianos adscribibles al Primer Hierro (Romero 1991a: 206 ss.), las entradas no son sino simples interrupciones de la línea de muralla, habiéndose advertido también accesos secundarios, como en el ya citado Zarranzano, donde un portillo facilita la salida hacia el río Tera (Romero 1991a: 208). Un caso diferente corresponde a la puerta en esviaje documentada en el castro de Valdeprado, en el que los dos lienzos discurren paralelos a lo largo de 18 m., dejando entre ambos un pasillo que llega a alcanzar una anchura de 3,5 (Romero 1991a: 208). Un acceso semejante ofrece el castro de Torre Beteta, en Villar del Ala, de cronología más reciente (Romero 1991a: 441).

Mayor variabilidad evidencian los asentamientos pertenecientes a la Segunda Edad del Hierro. En Guijosa (fig. 28,1) el acceso debe situarse en uno de los extremos de la muralla, entre ésta y el cantil rocoso. En La Cava (fig. 26,1), se han identificado dos puertas en esviaje (Iglesias *et alii* 1989: 77 ss.). En el poblado de Castilmontán, objeto de recientes trabajos de excavación, la puerta localizada en el extremo Oeste del hábitat (fig. 22, sección C-C'), el más vulnerable y donde se concentran las defensas, se abre en la muralla mediante la simple interrupción de ésta, accediéndose desde el exterior a través de una rampa natural (Arlegui 1990a: 51; *Idem* 1992b: 500 s. y 513). Su anchura es de 3,80 m. y su profundidad, a pesar de no conservarse el paramento exterior de la muralla en esa zona, de 5,60, casi el doble que la anchura documentada en el resto del trazado de la

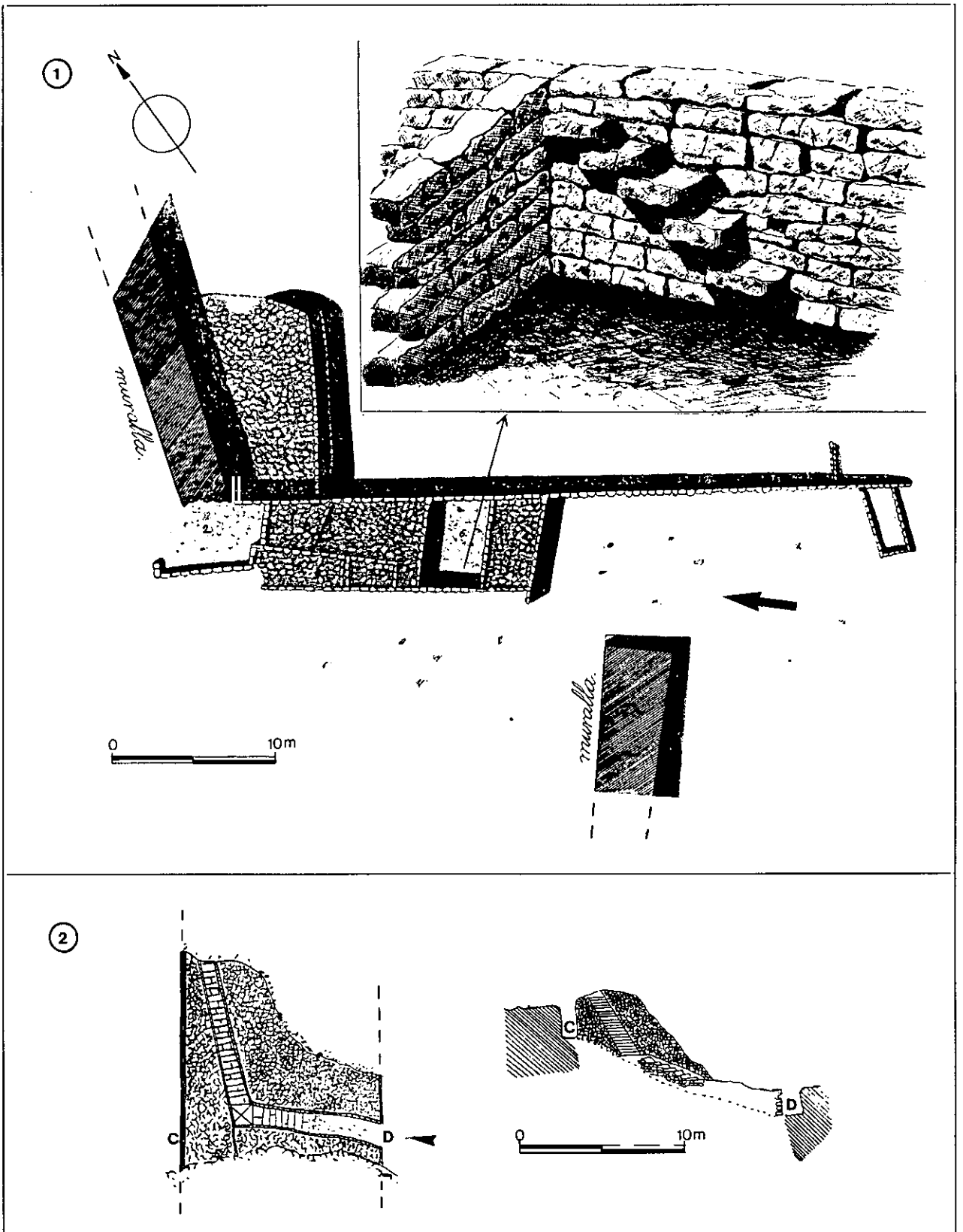


Fig. 24.—1, detalle de la puerta Sureste de El Castillo de Ocenilla y escalera del cuerpo de guardia (departamento 6) de la misma; 2, acceso a través del cuerpo de la muralla de Los Castejones de Calatañazor (fig. 20,4). (Según Taracena 1932 (1) y 1926a (2)).

misma. Junto a la cara Norte, y más próximo al paramento interior, existe un agujero de poste de 13 cm. de diámetro y 18 de profundidad, al lado del cual se hallaron dos lascas, que puede ser interpretado como quicio del portón de madera que cerraría la puerta. También se ha encontrado un acceso secundario, de menores dimensiones que el principal, localizado en la zona Norte del poblado, donde la muralla cambia la dirección de su trazado. Su carácter estratégico parece evidente, dada su mayor proximidad a la fuente de la que se abastecería de agua el poblado incluso, desde un punto de vista puramente defensivo, debido a que al quedar oculta la puerta por el codo que forma la muralla en sus proximidades permitiría, en caso de necesidad, un ataque por sorpresa contra quienes avanzaran hacia la puerta principal.

Más complejo resulta el caso de Ocenilla (fig. 23,1), donde Taracena (1932: 44 ss.) identificó dos puertas en su frente oriental. La entrada principal se sitúa en el ángulo Sureste (fig. 24,1), a resguardo de la zona topográficamente más accesible, la meridional, en la que se concentran las defensas más espectaculares del poblado. El brazo Norte de la muralla, que discurre divergente al meridional, se prolonga hacia éste mediante una línea de habitaciones, cuya función sería la de estrechar y defender la puerta, cuya anchura quedaría reducida a 5 m. y aun menos. La línea de habitaciones, que Taracena interpretó como cuerpo de guardia, se dirige hacia el exterior mediante un muro que serviría de contención de la rampa de acceso, al final del cual se localiza un compartimento, tenido por garita de centinela. Hacia el Norte, se sitúa una segunda puerta de características semejantes a la principal (fig. 23,1). Los dos lienzos de muralla presentan un codo en ángulo casi recto, adosándose al septentrional un tramo trapezoidal, que para Taracena no sería sino el cuerpo de guardia, prolongándose en un murete similar al documentado en el acceso más meridional. Se obtiene así un pasillo de 3,40 m. de anchura a través del que se accedería, por una empinada cuesta, al interior del poblado.

Un caso excepcional es el de los Castejones de Calatañazor (Taracena 1926a: 20, fig. 10, cortes C-D y lám. II,1), donde se halló un acceso al interior del poblado a través de una escalera abierta en la muralla (fig. 24,2). Se descubrió un tramo de 23 peldaños, ligeramente oblicuo a los paramentos externos, que baja desde la parte alta de la muralla, continuando hacia el exterior, por medio de otros peldaños, de los que se descubrieron 9, tras un rellano desde el cual cambia su dirección. La escalera se abre al espacio protegido por una segunda muralla.

De gran interés resulta, por su estado de conservación, la puerta principal de El Molón (fig. 23,2) (Almagro-Gorbea *et alii* 1996: 11), situada en la zona de ruptura de pendiente junto a la meseta superior y delimitada por las murallas que convergen desde el Norte y el Oeste. Se

conservan a ambos lados restos de dos entalladuras paralelepípedas, la meridional con un entalle en la zona más externa para una de las quicialeras de la puerta que sería de doble hoja con una anchura aproximada de 2,10 m. y un grosor de unos 0,25 m. Esta entrada, como ya se ha dicho, estaba defendida por dos torres cuadrangulares (*vid. supra*). El acceso al poblado se realiza por un pendiente camino tallado en la roca de unos 2 m. de anchura con dos carriladas paralelas, de 13 cm. de ancho separadas entre sí 1,24 m., que prosiguen hacia el interior del recinto.

El acceso a los poblados localizados en cerros de pendientes pronunciadas se realizaría a través de rampas en zigzag, como sucede en los castros de La Coronilla, La Torre de Turmiel, La Torre de Mazarete o La Cabezuela de Zaorejas (García Huerta 1989-90: 164; Cerdeño y García Huerta 1992: 9 y 18, fig. 2 y láms. I-II; Cerdeño *et alii* 1995a: 171).

En las ciudades celtibérico-romanas se evidencia en líneas generales una mayor monumentalidad de los accesos, como lo vienen a demostrar las puertas identificadas en *Termes* (Argente *et alii* 1990: 30, 55 y 59) y *Segobriga* (Almagro-Gorbea y Llorio 1989; Almagro-Gorbea 1990) (13). En *Termes* se han identificado tres entradas (fig. 25,1), todas ellas talladas en la roca arenisca. La llamada «Puerta del Sol» (fig. 25,1,3) está formada por un largo pasillo de 40 m. de longitud y 2,50 de anchura, en cuya mitad se localizaba la puerta en sí, que sería doble, de la que se han conservado sus apoyos y goznes. La puerta Oeste (fig. 25,1,2), similar a la anterior, pero más empinada, comprende dos partes, que comunican las tres terrazas sobre las que se asienta la ciudad. No parece que sirviera para el tránsito rodado. El primer tramo tiene una longitud de 60 m. y una anchura que oscila entre 3 y 6,50, habiéndose encontrado aproximadamente en su mitad las huellas pertenecientes a los batientes de una puerta doble. El segundo tramo presenta una longitud de 25 m. y una anchura de 3, que se ensancha hasta 4 en su tramo final. Con esta puerta se han relacionado una serie de estancias, interpretables quizás como cuerpos de guardia (Argente *et alii* 1990: 56). Un tercer acceso (fig. 25,1,1), de similares características aunque más modesto que los anteriores, se localiza hacia el Noreste.

En *Segobriga* han podido identificarse diversas entradas a la ciudad, de variable entidad, siendo la principal la Puerta Norte (fig. 25,2,11), objeto de recientes trabajos de excavación, que han permitido precisar la cronología tardoaugustea de la obra (Almagro-Gorbea y Llorio 1989).

(13) Aunque Schulten creía que *Numantia* tuvo seis puertas, sólo se han localizado dos, ambas en su sector occidental, constituidas por la simple interrupción de la muralla, protegiéndose la más meridional por una torre triangular (*vid. Jimeno et alii* 1990: 23).

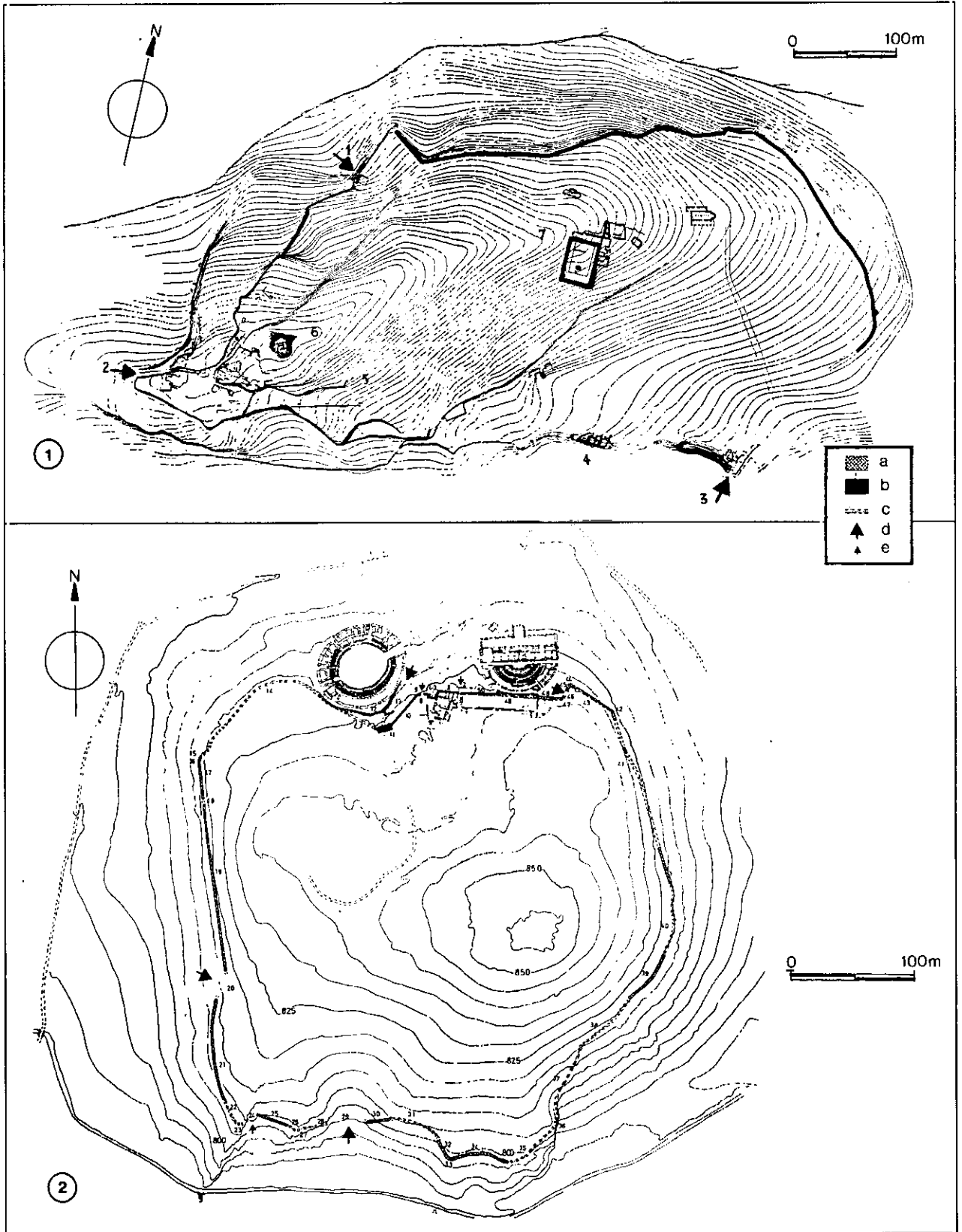


Fig. 25.—Plantas de las ciudades celtibérico-romanas de Termes (1) y Segobriga (2): a-c, trazado de la muralla; d, puertas principales, e, poternas. (Según Taracena 1954 (1) y Almagro-Gorbea y Lorrio 1989 (2)).

Se conserva el basamento de *opus caementicium*, que presenta unas dimensiones de 11,80 por 4,70 m. ajustadas plenamente a la metrología romana. Sobre el basamento se elevaría un paramento de sillares, no conservado, como el de la puerta Noreste de la ciudad, adosándose a los lados menores sendos tramos de la muralla. En las proximidades de la puerta principal, se documenta una poterna de 0,90 m. de anchura, protegida por un ensanchamiento de la muralla, cuya finalidad debe suponerse exclusivamente defensiva (fig. 25,2,8). Hay que destacar, asimismo, dos entradas en codo (Almagro-Gorbea y Lorrío 1989: 176 s.), una situada al Noreste (fig. 25,2,46) y otra abierta hacia el Oeste de la ciudad (fig. 25,2,20).

#### 2.4. Fosos

No es mucha la información que se ha obtenido sobre ellos al hallarse rellenos de piedra y tierra, por lo que su forma, anchura y profundidad no puede señalarse en la mayoría de las ocasiones. La representatividad de este elemento defensivo varía notablemente de unas zonas a otras del territorio celtibérico. Entre los castros de la serranía soriana no es frecuente la presencia de fosos excavados, que muestran unas dimensiones más bien modestas, asociándose en todos los casos conocidos a campos de piedras hincadas (Romero 1991a: 209 s.), aunque en fecha reciente se haya sugerido la existencia de un posible foso en El Castillejo de Ventosa de la Sierra (Morales 1995: fig. 104). En Castilfrío, el foso se localiza entre la muralla y las piedras hincadas (fig. 27,2). Se trata de una depresión que no supera los 0,60 m. de profundidad, con una anchura de 3,50. Un caso semejante es el de Los Castillejos de Gallinero, donde, a diferencia de aquél, el foso no acompaña a la muralla en todo su recorrido (14). En Hinojosa, el foso, poco profundo, constituye el elemento defensivo más externo (fig. 27,5). Taracena (1929: 16) llamó la atención sobre el hallazgo en el interior del foso de Castilfrío de algunas piedras clavadas mucho más espaciadas que las que formaban el friso, lo que le llevó a pensar que el pretendido foso habría sido producido al extraer de él piedra para la construcción de la muralla (fig. 27,2) (15).

La presencia de fosos en algunos poblados sorianos adscribibles a la Segunda Edad del Hierro está bien documentada. Un foso tenían El Castellar de Arévalo de la

(14) Una posición similar ocupa el foso en los castros de Guijosa (Belén *et alii* 1978) y Hocincavero (Barroso y Díez 1991), hasta la fecha los únicos que han proporcionado campos de piedras hincadas en la provincia de Guadalajara, acompañando a éstas y a la muralla, que tan sólo se sitúan en el sector más desprotegido, en todo su recorrido (fig. 28).

(15) *Vid.* Taracena (1941: 51 ss.) y Bachiller (1987b: 82), quien señala la existencia de piedras hincadas también en el interior del foso de Los Castillejos de Gallinero.

Sierra (Morales 1995: fig. 5) y El Castillo de Omeñaca (Ramírez 1993; Morales 1995: 212), éste con una anchura de 8 m. y una profundidad conservada de 1,90. Dos fosos está registrados en el Cerro Ontalvilla, en Carbonera de Frentes (Taracena 1941: 50; Morales 1995: 47 y fig. 13), el exterior de 4 m. de anchura por 3 de profundidad y el más interno de 5 m. de anchura (fig. 20,2), y otros dos en El Alto del Arenal de San Leonardo (Romero 1991a: 109 s.), ambos de 5 m. de ancho, entre los cuales se dispusieron las piedras hincadas (16).

Mucho más habituales y de mayor entidad son los hallados en los poblados de la Celtiberia aragonesa adscribibles igualmente a la Segunda Edad del Hierro, que constituyen el único elemento defensivo complementario de la muralla (Burillo 1980: 180 ss.; Aranda 1986: 354 ss.; Collado 1990: 54 s.; *vid.*, para los asentamientos urbanos, Asensio 1995: 355 s.). En función de la topografía pueden ser rectos o curvos y ocupar uno o más lados, o rodear completamente el poblado. Ofrecen secciones en U, y aun en ocasiones perfiles trapezoidales. Sus dimensiones varían notablemente, con anchuras comprendidas entre los 4 y los 45 m. de Valdeherrera o los excepcionales 60 que llega a medir el foso de El Castillo de Villarroja, oscilando por lo general entre los 7 y los 17 m. Su profundidad, difícil de determinar al hallarse rellenos, no supera en la actualidad los 7 metros.

En la zona suroriental de la Celtiberia, en los confines de las provincias de Cuenca y Valencia, hay fosos en El Molón de Camporrobles (fig. 23,2) (Almagro-Gorbea *et alii* 1996: 11), en el Cerro San Cristóbal de Sinarcas y en La Atalaya y el Punto de Agua, en Benagéber. En El Molón, separado unos 2 m. del antemuro adosado al torreón, se evidencia un foso tallado en la roca de sección rectangular y fondo plano escalonado longitudinalmente con un desnivel de 1,30 m. Mide en total unos 20 m. de largo, por unos 6,50 de ancho y una profundidad que oscila entre los 2 y los 3,50 m., en la zona a partir de la cual enlaza con el buzamiento natural del terreno que cae hacia el barranco que forma el borde Sur del yacimiento. Este foso, paralelo al torreón y a la muralla a él adosada, dificultaría el acceso por el punto más accesible del poblado, pero debió servir, además, como cantera de los bloques de la muralla, como confirman las huellas de extracción aún visibles.

Algunas de las ciudades de la Celtiberia estuvieron defendidas por medio de fosos (Asensio 1995: 355 s.). Este sería el caso de *Numantia*, según refiere Apiano (*Iber.* 76), o de Durón de Belmonte, donde se localiza *Segeda* en su fase más reciente, que presenta un amplio

(16) Aunque inicialmente fue adscrito al Primer Hierro (Romero 1991a: 109 ss.), actualmente no hay duda en considerarlo de época celtibérica avanzada (Ramírez 1993: 212; Jimeno y Arlegui 1995: 115).



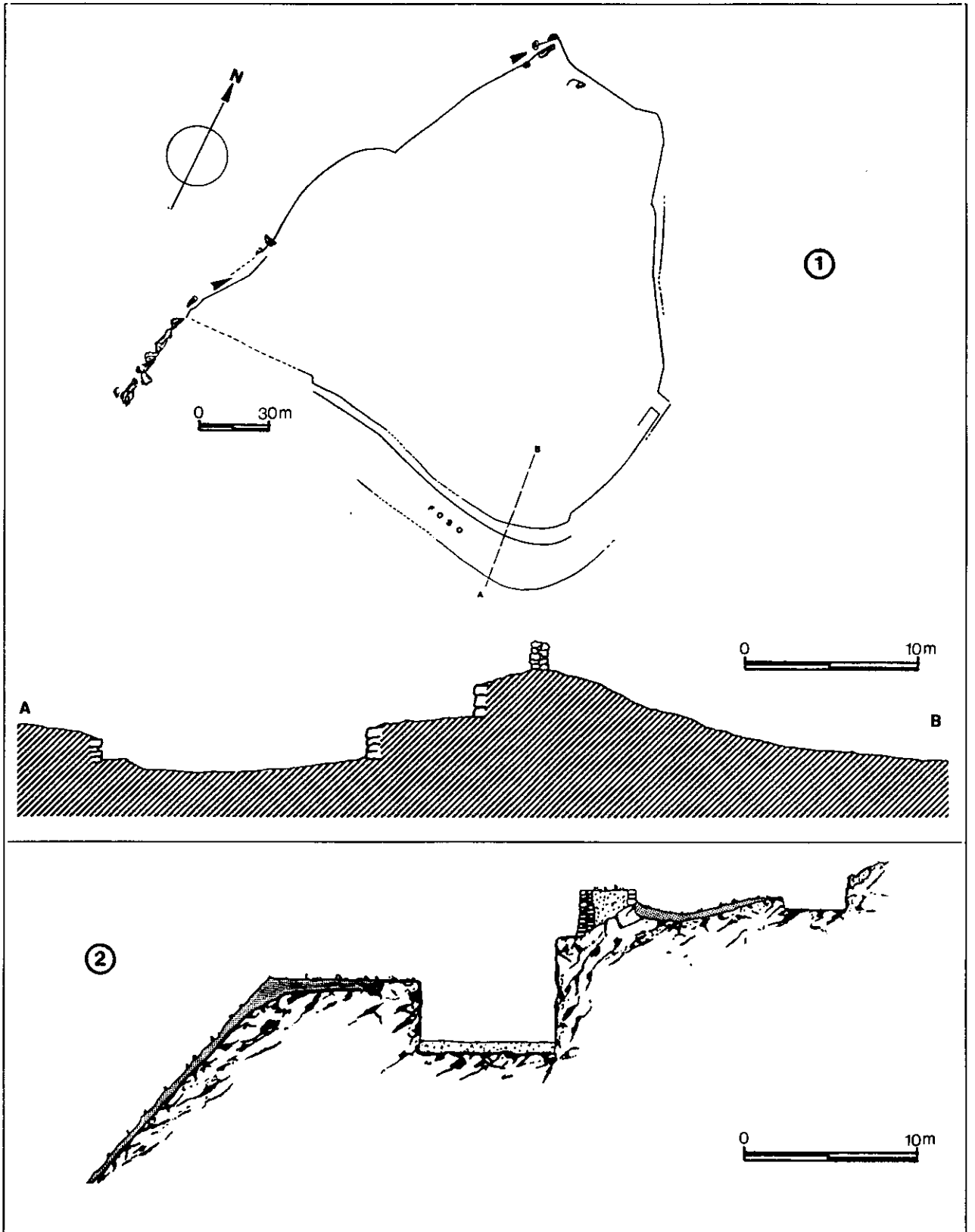


Fig. 26.—Planta y sección de las defensas de La Cava (1). Sección de la muralla y foso de Contrebia Leukade (2). (Según Iglesias et alii 1989 (1) y Taracena 1954 (2)).

foso, identificado por trabajos de prospección (Burillo y Ostale 1983-84: 308; Burillo 1994a: 102). Pero el más espectacular y el mejor conocido corresponde a *Contrebia Leukade* (figs. 26,2 y 35,2 y lám. II,1), donde un foso de paredes verticales y fondo horizontal rodea con una longitud de 672 m. la zona más accesible de la ciudad. Tiene una anchura que oscila entre 7 y 9 m. y una profundidad de 8, lo que supone un volumen de piedra desalojado superior a 40.000 m<sup>3</sup>, utilizado en la construcción de la muralla, de la que queda separado por un estrecho espacio (Hernández Vera 1982: 122 s.).

## 2.5. Piedras hincadas

Los campos de piedras hincadas o *chevaux de frise* (fig. 27,1) —como aparecen frecuentemente en la bibliografía especializada— constituyen un elemento defensivo característico de los castros del reborde montañoso oriental, meridional y occidental de la Meseta (Harbison 1968; Esparza 1987: 248 y 358 ss.; Romero 1991a: 210 ss.), habiéndose documentado asimismo en ciertos castros del Suroeste peninsular (Soares 1986; Pérez Macías 1987: 91; Berrocal-Rangel 1992: 191). Por lo que a la Celtiberia se refiere, sólo se han localizado en su sector más occidental, circunscribiéndose al Norte de las provincias de Soria y Guadalajara, ocupando respectivamente las tierras de la serranía soriana y la región seguntina.

Consisten en franjas anchas de piedras clavadas en el terreno natural (fig. 27,2-5), apretadas, sin ningún orden, unas junto a otras, cuyo tamaño y ubicación en relación con las restantes defensas varía de unos casos a otros (Romero 1991a: 210 ss.; Belén *et alii* 1978; Barroso y Díez 1991). En el Castillejo de Taniñe, las piedras hincadas presentan una altura de 60 cm., de los que 40 sobresalen del terreno; en el Castillo de Castilfrío, las piedras, agudas y de careo natural, afloran entre 30 y 60 cm.; en Langosto, únicamente sobresalen 20 cm. La anchura de los campos de piedras hincadas oscila entre los 5 m. de Los Castillejos de Gallinero y los 27 de Castilfrío de la Sierra. Pueden situarse al pie de la muralla, pero generalmente dejan un espacio libre —que varía de los 5 m. de Valdeavellano a los 20 de Guijosa— en el que suele localizarse un foso. Normalmente, constituyen la defensa más externa, situándose delante del foso o de la muralla, a los que acompañan en todo o en parte de su recorrido. Así ocurre en los castros de Langosto, Valdeavellano, El Castillejo de Taniñe, Cabrejas del Pinar, donde sirven de único complemento a la muralla, o en los de Castilfrío, Los Castillejos de Gallinero, Guijosa y Hocincavero, en los que además está presente un foso. En Hinojosa, las piedras hincadas aparecen ocupando el espacio entre la muralla y el foso, mientras que en El Alto del Arenal de San Leonardo se sitúan entre los dos fosos identificados.

En cuanto al origen y cronología de los frisos de piedras hincadas resulta significativa su presencia en el poblado leridano de Els Vilars (Arbeca), donde se asocia a una muralla y a un torreón rectangular de esquinas redondeadas, inscribiéndose en un ambiente de Campos de Urnas del Hierro fechado en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Garcés y Junyent 1989; Garcés *et alii* 1991 y 1993). Esta datación, más elevada que la admitida para los castros sorianos (*ca.* siglos VI-V a.C.), cuyos campos de piedras hincadas eran tenidos hasta la fecha como los más antiguos de la Península Ibérica, junto a su localización geográfica en el Bajo Segre, vendría a reforzar la filiación centroeuropea defendida por Harbison (1971) —con las estacadas de madera del Hailstatt C— para este característico sistema defensivo, sin olvidar que los ejemplos franceses conocidos, Pech-Maho y Fou de Verdun, presentan una datación más avanzada que la defendida para las piedras hincadas de Els Vilars (*vid.* Moret 1991: 10 s.).

Si bien parece fuera de toda duda la antigüedad de este sistema defensivo en el área celtibérica, como lo confirma su presencia entre los castros de la serranía soriana adscribibles al Primer Hierro, existen argumentos suficientes que señalan asimismo su utilización, en esta zona, a lo largo de la Segunda Edad del Hierro.

El hallazgo en Castilviejo de Guijosa (fig. 28,1) de cerámicas adscribibles a la Primera Edad del Hierro y la alta cronología comúnmente aceptada para los castros con piedras hincadas del área soriana llevó a sus excavadores a defender una datación para sus defensas entre los siglos VII-VI a.C. (Belén *et alii* 1978). Revisiones posteriores han rebajado la cronología de la muralla de cremallera que cierra el recinto, cuyos paralelos ibéricos pueden ser datados en los siglos IV-III a.C. (Esparza 1987: 360; Moret 1991: 37). Se ha seguido manteniendo, sin embargo, la antigüedad de las piedras hincadas de Guijosa, que habrían formado así parte de una primera fortificación del poblado, cuyos restos podrían estar enmascarados en la elevación del terreno sobre la que se asienta la muralla. El pasillo que atraviesa la barrera en su zona central, cuya anchura excesiva, unos cuatro metros, restaría eficacia al propio sistema defensivo, debería corresponder según esta interpretación a una reestructuración realizada cuando el campo de piedras hincadas había caído ya en desuso (Esparza 1987: 360).

Parece más aconsejable aceptar la contemporaneidad de las defensas de Guijosa —incluyendo el pasillo que atraviesa la barrera de piedras hincadas, sobre cuya funcionalidad ha insistido García Huerta (1989-90: 166 s.; 1990: 875 s.; *vid.*, en contra, Cerdeño *et alii* 1995a: 172)—, adscribiéndolas a la fase plenamente celtibérica del poblado, a la que corresponderían las especies a torno encontradas, así como la propia ordenación urbana observable en superficie, con estructuras de

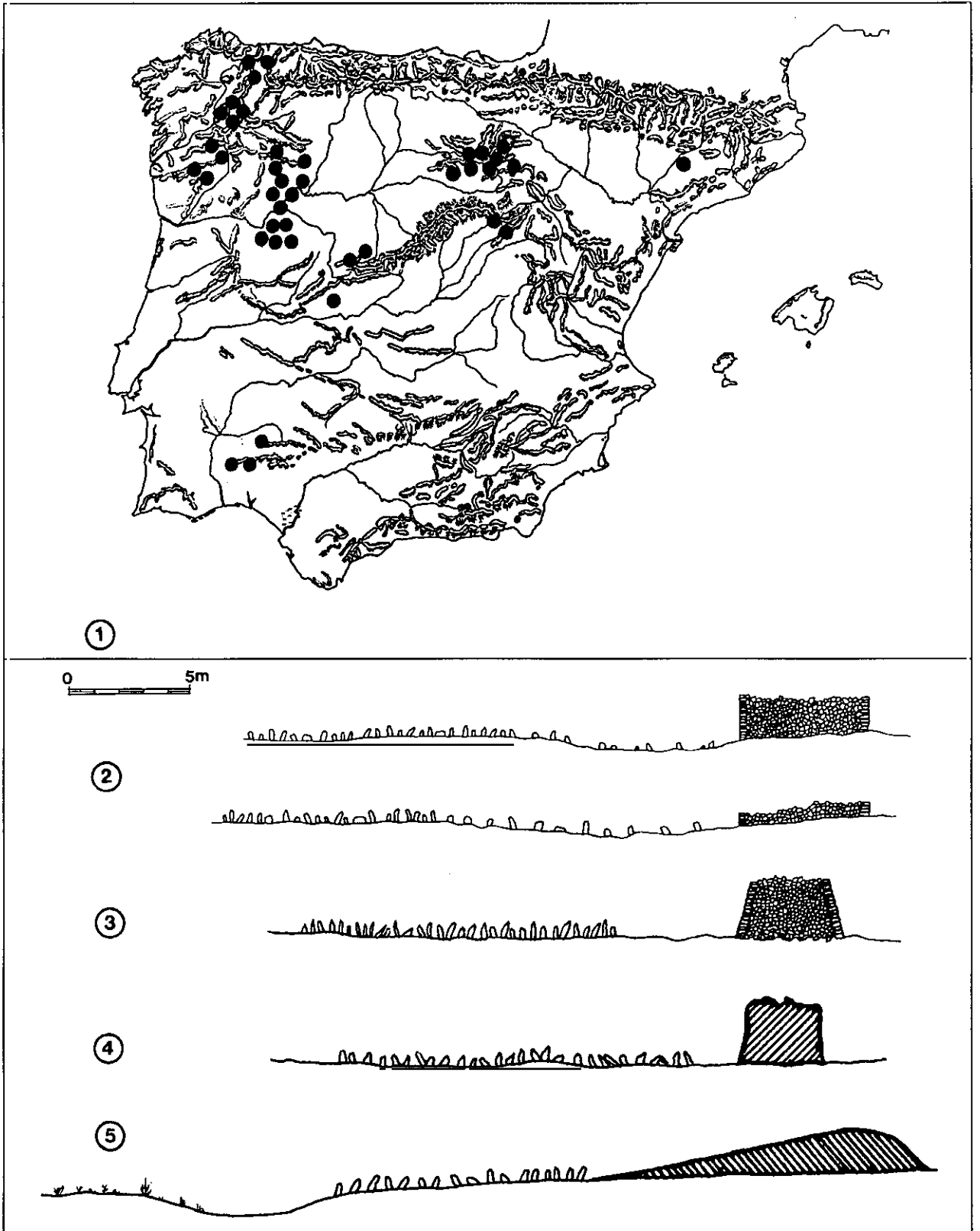


Fig. 27.—Dispersión de los castros con piedras hincadas en la Península Ibérica (1) y secciones de las defensas de El Castillejo de Castilfrío de la Sierra (2), El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera (3), El Castillejo de Langosto (4) y El Castillejo de Hinojosa de la Sierra (5). (Según Almagro-Gorbea 1994 (1) y Taracena 1929 (2-5), n° 4 modificado).

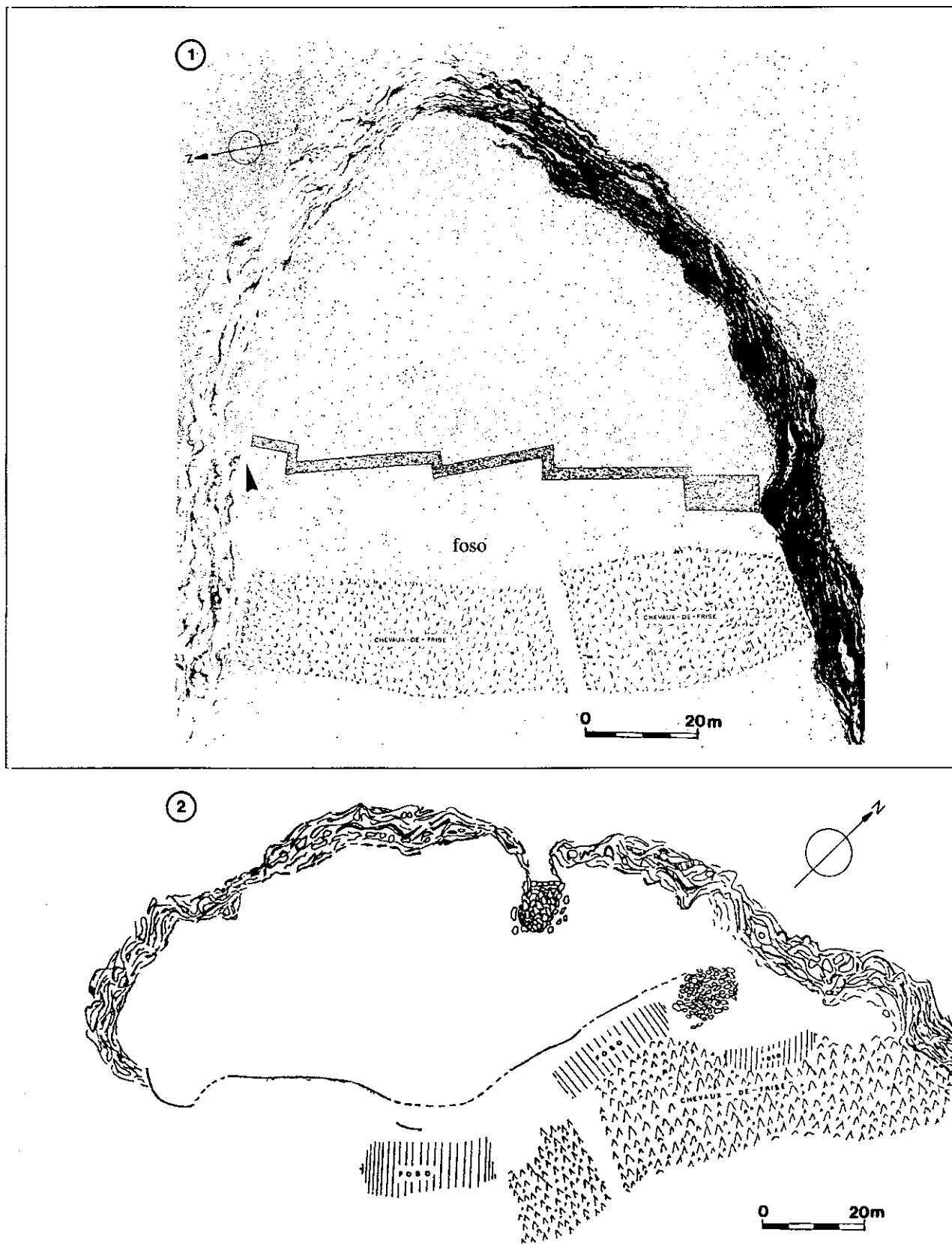


Fig. 28.—Planos de los castros de Guijosa (1) y Hocincavero (2). (Según Belén et alii 1978 (1) y Barroso y Díez 1991 (2)).

habitación de planta rectangular y muros medianiles comunes, cuyo muro trasero serviría como cierre del poblado en los sectores desprovistos de muralla.

Esta adscripción estaría plenamente justificada partiendo de la existencia en el cercano castro de Hocincavero (fig. 28,2), en el que predominan abrumadoramente las especies torneadas, de una barrera de piedras hincadas atravesada por un pasillo cuya anchura se ensancha de 3 a 5 m. al aproximarse a la muralla, llegando a interrumpir incluso el foso (Barroso y Díez 1991).

Trabajos recientes señalan la adscripción de algunos asentamientos castreños de la provincia de Soria provistos de estas características defensas a un momento avanzado de la Cultura Celtibérica (Jimeno y Arlegui 1995: 113 y 115; Bachiller 1992). Este es el caso de El Pico de Cabrejas del Pinar, cuya barrera de piedras hincadas es atravesada también por un pasillo (17), y del Alto del Arenal de San Leonardo, ambos tradicionalmente vinculados con los asentamientos castreños del Primer Hierro (Romero 1991a: 210 ss. y 495).

En contra de la opinión generalmente admitida, según la cual los campos de piedras hincadas constituirían una defensa contra la caballería, recientemente se ha insistido en su funcionalidad como obstáculo al avance de los infantes en su intento de aproximarse a la muralla (Moret 1991: 11 ss.). Como prueba de ello, junto a argumentos funcionales, habría que señalar la escasa presencia, al menos en las fases más antiguas, de arreos de caballo en las sepulturas de la Meseta Oriental contemporáneas a los castros provistos de este sistema defensivo (*vid. capítulos V,1 y VII,2*).

### 3. ARQUITECTURA DOMÉSTICA

Mucho peor conocida resulta la arquitectura doméstica, toda vez que los restos constructivos han permanecido ocultos las más de las veces o han sido reutilizados en edificaciones posteriores (Burillo 1980: 175).

Las primeras estructuras estables se detectan en Los Castillejos de Fuensaúco (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 109 s.; Romero y Misiego 1992; *Idem* 1995b: 130 ss., fig. 2), donde se identificaron dos cabañas circulares, excavadas en la roca, adscritas al inicio de la Edad del Hierro (siglo VII a.C.). La vivienda de mayores dimensiones —6,25 m. de diámetro— queda delimitada por un entalle de unos 20 cm. de altura (fig. 29,1). Aproxima-

damente en el centro de la cabaña se localiza un hoyo —dos más de pequeñas dimensiones se hallaron al exterior— y, junto a él, el hogar, circular, con un diámetro de 75 cm., constituido por una base de pequeños cantos rodados y una solera de arcilla rojiza endurecida por la acción del fuego. La segunda vivienda presenta una estructura más compleja (fig. 29,2). Una serie de agujeros de poste alineados delimitan la cabaña, de 6 m. de diámetro, en cuyo interior, ocupando el sector meridional, se excavó un escalón, de 50 cm. de ancho, interpretado como un banco corrido. Ya sobre el suelo de la cabaña, de tierra apisonada, se localizó una banqueta de adobe, de aproximadamente 1,50 por 1 metro, que ocupaba una posición central. Tanto el banco corrido como el escalón que se abre por encima de él y la banqueta presentaban una o varias capas de enlucido.

Pero el tipo de vivienda más frecuente y característico del mundo celtibérico será el rectangular. La presencia de viviendas de planta rectangular y mampostería en seco conviviendo con otras circulares (fig. 30,1) está documentada en Fuensaúco (Romero 1992b: 196 s., fig. 4; Romero y Misiego 1992: 318; *Idem* 1995b: 134 ss., fig. 3), superpuestas sin solución de continuidad a la fase constructiva caracterizada por las cabañas circulares. Dada su asociación con las características cerámicas propias de la cultura castreña soriana y la presencia de algunos adornos de bronce, se ha sugerido una datación del siglo V a.C. o, tal vez, algo anterior (18).

Sin salir del Alto Duero, el castro del Zarranzano ha proporcionado dos viviendas de mampostería superpuestas en parte (fig. 30,2) (Romero 1989: 51 ss.; *Idem* 1992b: 197 s., fig. 5). La inferior, datada en la primera mitad del siglo V a.C., tiene planta cuadrangular de unos 8 m. de lado, que delimitan una superficie interior de aproximadamente 36 m<sup>2</sup>. Sus muros, de 0,70-0,90 m. de espesor, están contruidos con bloques de conglomerado, de tamaño mediano y grande, y cantos rodados más pequeños, conservándose de dos a cinco hiladas. En el interior se localizaron dos hogares y, junto a uno de ellos, un vasar de 1,50 por 0,50 m., constituido por una hilada doble de piedras rodadas planas. Sobre esta vivienda, y apoyando en parte sobre ella, se descubrió una estructura circular de 6 m. de diámetro, 5 de ellos correspondientes al espacio interior, ocupando una extensión de unos 20 m<sup>2</sup>. Sus muros, de 0,50 m. de ancho y una altura conservada que no supera el medio metro, son de piedras rodadas de tamaño mediano unidas en seco. El acceso se realizó por el Sureste, habiéndose encontrado un enlosado en forma de T, que se sitúa por delante del muro y sobre él, con una extensión de unos 2 m<sup>2</sup>. El hogar se localiza aproxi-

(17) Se ha señalado la existencia en El Castillejo de Hinojosa (Hogg 1957: 27 s.; Harbison 1968: 134) de un acceso al interior del poblado a través de un pasillo que corta tanto el foso como el campo de piedras hincadas, aunque para Romero (1991a: 85) se trataría de un camino moderno que cruza longitudinalmente el castro.

(18) Las excavaciones de Taracena (1929: 20-23, figs. 18-19) permitieron identificar este nivel, que constituía el inferior, no habiéndose documentado evidencia alguna de la ocupación inicial del cerro.

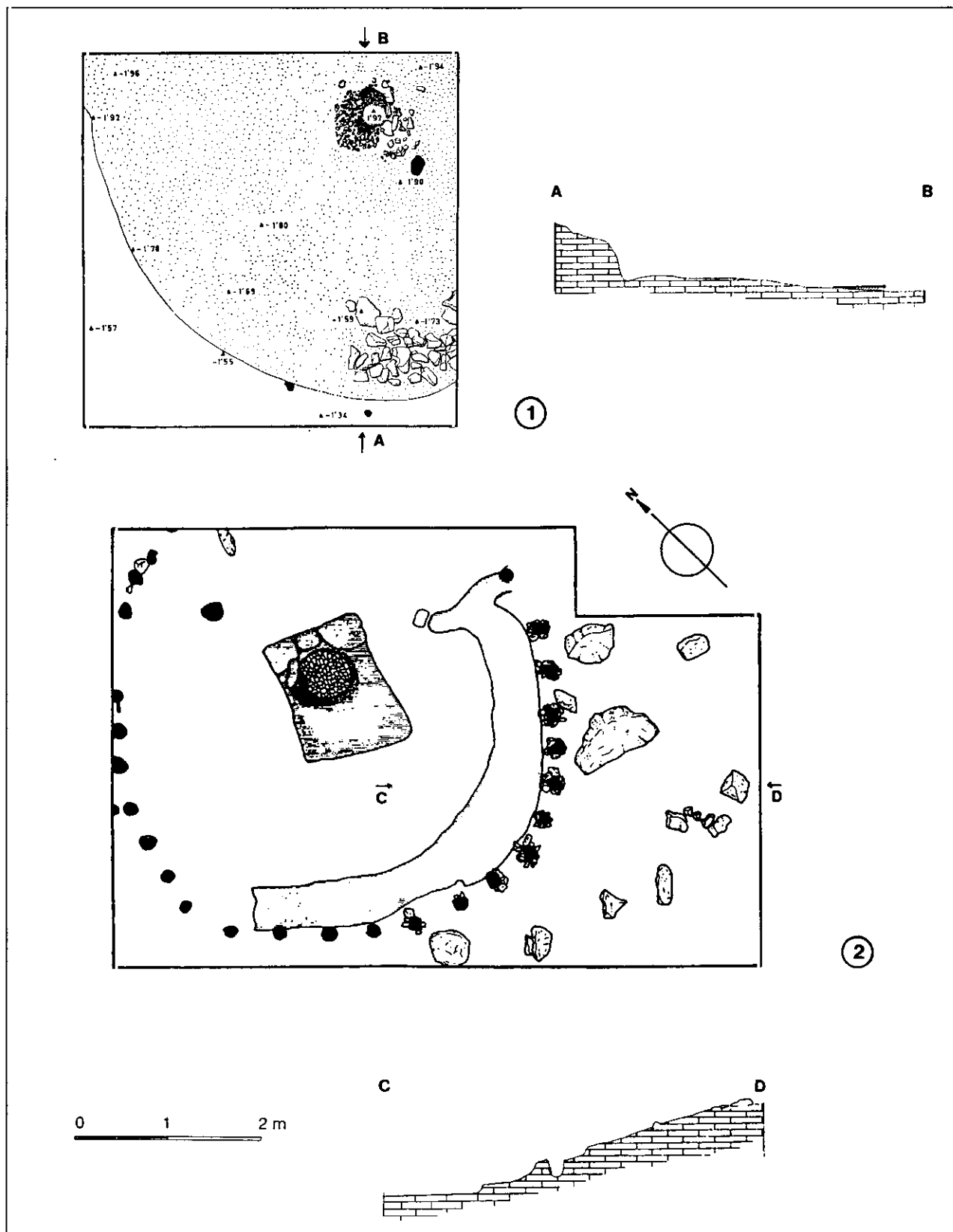


Fig. 29.—Planta y perfil de las cabañas circulares de la fase inicial de El Castillejo de Fuensaúco. (Según Romero y Misiego 1992 y 1995b).

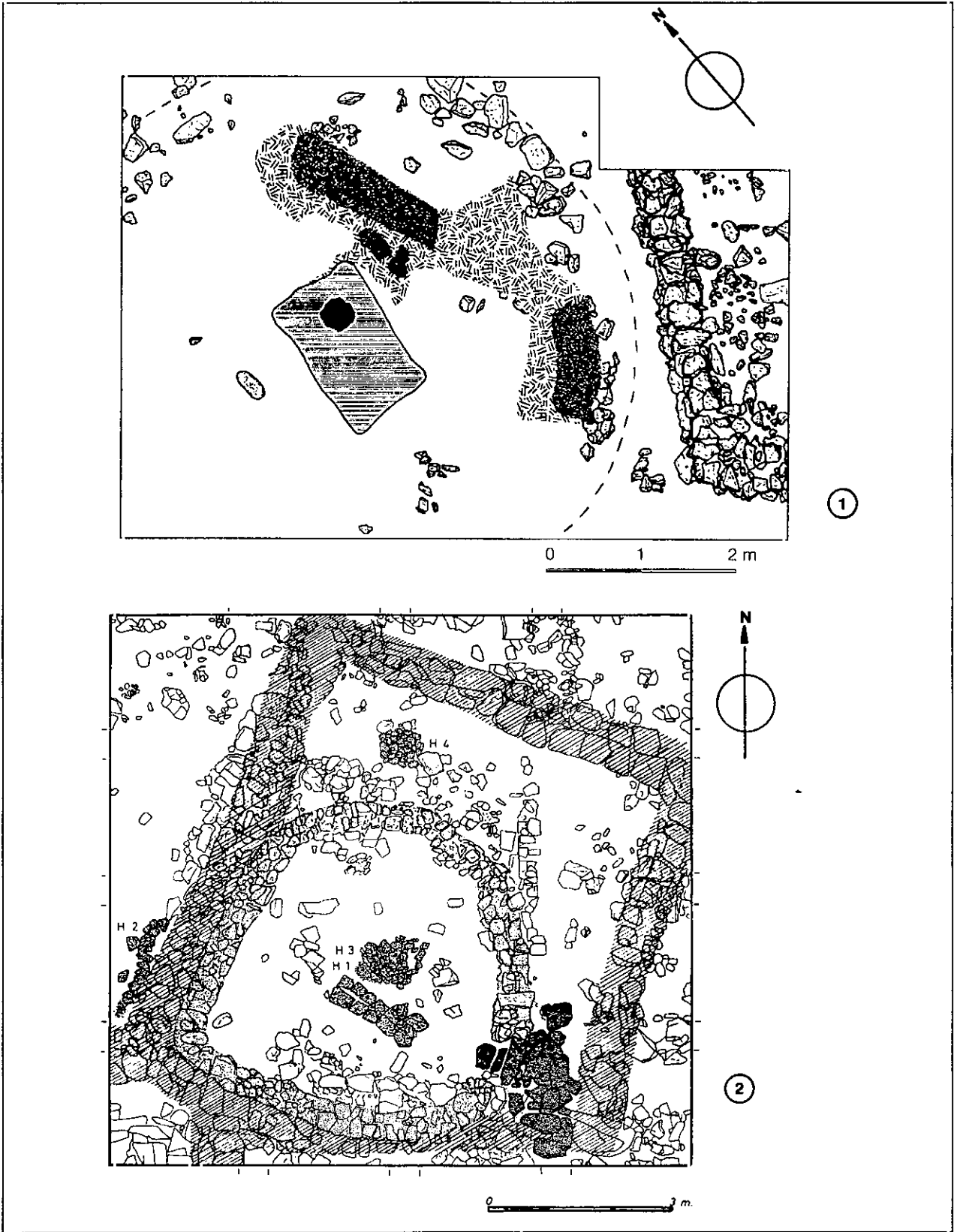


Fig. 30.—1, viviendas rectangular y circular —en línea discontinua— del segundo nivel de ocupación de El Castillejo de Fuensaúco; 2, planta de las viviendas superpuestas del castro del Zarranzano. (Según Romero y Misiego 1995b (1) y Romero 1989 (2)).

madamente en el centro de la vivienda, superponiéndose en parte a uno de los documentados en el interior de la vivienda infrayacente, con el que presenta además idéntica forma y estructura (19).

Con todo, la implantación en el territorio celtibérico de viviendas rectangulares se produciría en una fecha temprana del Primer Hierro, como se desprende de los restos de construcción correspondientes a la fase inicial de La Coronilla (García Huerta 1989-90: 170; Cerdeño y García Huerta 1992: 83 ss., fig. 3). De las seis viviendas identificadas, todas de planta rectangular, adosadas y con el muro trasero corrido, solamente una se halló completa, midiendo 4,75 m. de anchura por 4 de profundidad. El muro corrido, ataludado al exterior, tiene 1,5 m. de anchura total y está constituido por piedras de tamaño mediano apenas escuadradas. Los muros medianiles son de mampostería, formados por piedras pequeñas sin trabajar, de los que se han conservado hasta cinco hiladas, con 0,70 m. de altura y 0,75 de anchura (García Huerta 1989-90: 170). Los suelos son de tierra apisonada, no habiéndose advertido compartimentación interior alguna.

La implantación del modelo debió arraigar rápidamente en la comarca, como demuestra la fase antigua del poblado de El Ceremeño (Cerdeño *et alii* 1993-95: 67 ss.; Cerdeño *et alii* 1995a: 173 s., fig. 7; Cerdeño *et alii* 1995b: 164; Cerdeño 1995: 198 ss.). Se han hallado hasta la fecha cuatro viviendas, que aparecen adosadas entre sí, utilizando como trasera la propia muralla (fig. 32,1). Destaca la vivienda A (fig. 31,1) por ofrecer una distribución tripartita (vestíbulo, habitación central y despensa), siguiendo el modelo conocido en el Valle del Ebro. Tiene planta rectangular y unas dimensiones de 11,5 por 5 m. con un espacio utilizable de 57,5 m<sup>2</sup>, que hacen que sea la mayor de las excavadas. El vestíbulo, de 1,10 m. de ancho, da paso a la habitación central donde se identificaron los restos de un posible hogar; finalmente, la habitación interpretada como despensa, dada la abundancia de vasijas de almacenamiento. La vivienda B (fig. 31,2) presenta unas dimensiones de 6 por 5,5 m. y una superficie útil de 33 m<sup>2</sup>; sus muros miden 0,55 m de anchura. Como única compartimentación interior muestra un murete de 1,20 m. de longitud paralelo al muro Oeste, delimitando un espacio de funcionalidad indeterminada. En la zona central de la vivienda se documentaron tres grandes losas que servirían de apoyo a otros tantos postes de sujeción de la techumbre, también aparecidos en la casa E. La vivienda C carece de compartimentación interior ha-

biendo proporcionado un gran número de recipientes cerámicos de variada tipología localizados a lo largo de la muralla y del muro Este. Por último, la casa D, no excavada en su totalidad, ofrece un pequeño banco de piedra situado a lo largo del lienzo de muralla que hace de trasera de la casa, al pie del cual se encontraba un gran recipiente de almacenamiento.

Durante la Segunda Edad del Hierro se generaliza la casa rectangular (Bachiller 1992: 18 s.; Jimeno y Arlegui 1995: 109). Las recientes excavaciones en Castilmontán descubrieron casas rectangulares dispuestas transversalmente a la muralla (figs. 22 y 31,3). Las dimensiones son similares, de unos 15 m. de longitud y 5 de anchura, habiéndose atestiguado, en las dos únicas excavadas en su totalidad, su compartimentación interna en tres estancias de dimensiones variables (figs. 22 y 31,3). Los muros, de mampostería, contruidos con piedras regulares, se conservan en una altura de 1,40 m., presuponiéndose de adobe el resto del muro y la techumbre, a un agua, de entramado de ramas, paja y barro (Arlegui 1990b: 52, foto 11).

La fase Ceremeño II (Cerdeño *et alii* 1993-95: 76 ss.; Cerdeño 1995: 200 ss.) proporcionó un total de ocho viviendas rectangulares adosadas entre sí y a la muralla, evidenciando un urbanismo articulado en torno a dos calles paralelas (fig. 32,1). Sus dimensiones oscilan entre 6,90 y 7,70 m. de longitud por 2,50-2,70 de anchura, dejando un espacio interior de unos 19 m<sup>2</sup>. dimensiones notablemente inferiores a las de la fase I. El zócalo, de mampostería y sobre el que se levantaría un muro de adobe, presenta una anchura de medio metro, no habiéndose identificado evidencias de compartimentaciones internas. La presencia de hogares está documentada en las viviendas Ia, casi en su zona central, y III, en su parte delantera, estando formado este último por un lecho de piedras de pequeño tamaño y sobre él una capa de carbón y cenizas de 15 cm. de espesor.

La excavación de dos viviendas completas en Herrera de los Navarros (fig. 36,1 1), un poblado con urbanismo de calle central, ha suministrado una importante información en relación a las características constructivas y a la distribución y funcionalidad del espacio doméstico (Burillo 1980: 78 ss.; Burillo y de Sus 1986; *Idem* 1988). La vivienda 2, aunque afectada por una docena de silos de época medieval, es la mejor conservada y la que ha aportado mayor número de datos, ya que la casa 1 evidenciaba un importante proceso erosivo, que había hecho incluso desaparecer algunas de sus partes. La casa 2 presenta una planta trapezoidal, de 6 y 7 por 8 m., configurando un espacio de 52 m<sup>2</sup>, distribuido en seis estancias; este espacio es algo superior al de la casa 1, de planta rectangular y donde se pudieron identificar siete habitaciones. Los muros exteriores son de mampostería en su

(19) Restos de estructuras de habitación, preferentemente de planta rectangular, se han identificado en los castros de Arévalo de la Sierra, Taniñe, en ambos casos gracias a la labor de Taracena, mientras que El Espino, Valdeavellano de Tera, Pozalmuro, Hinojosa, Carabantes y Cubo de la Solana, presentan restos superficiales (Bachiller 1986: 352; Romero 1991a: 219 ss.).



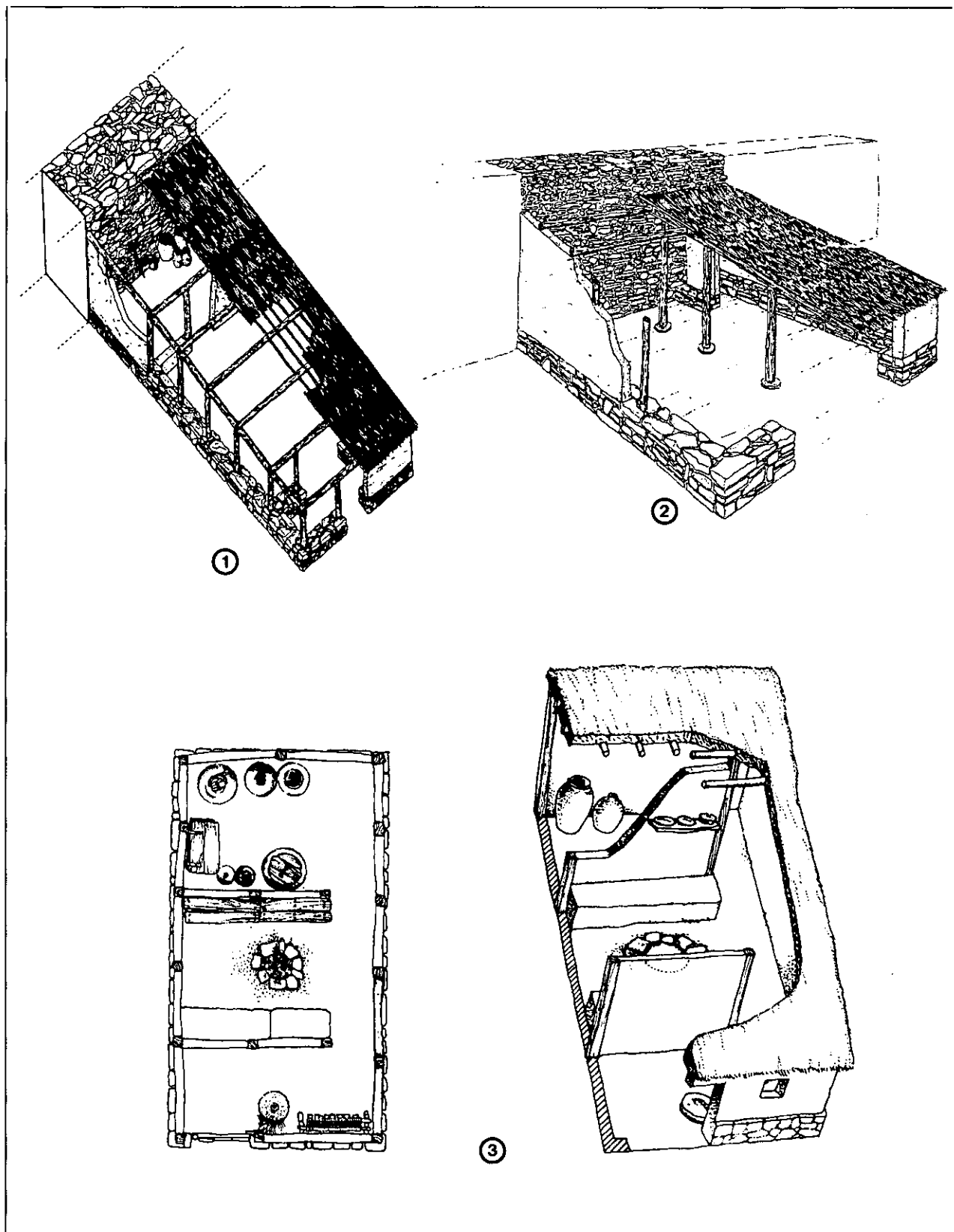


Fig. 31.—Reconstrucción de las viviendas A (1) y B (2) de la fase I de El Ceremeño y del poblado de Castilmontán (3). (Según Cerdeño et alii 1995a (1), Cerdeño 1995 (2) y Arlegui 1990b (3)).

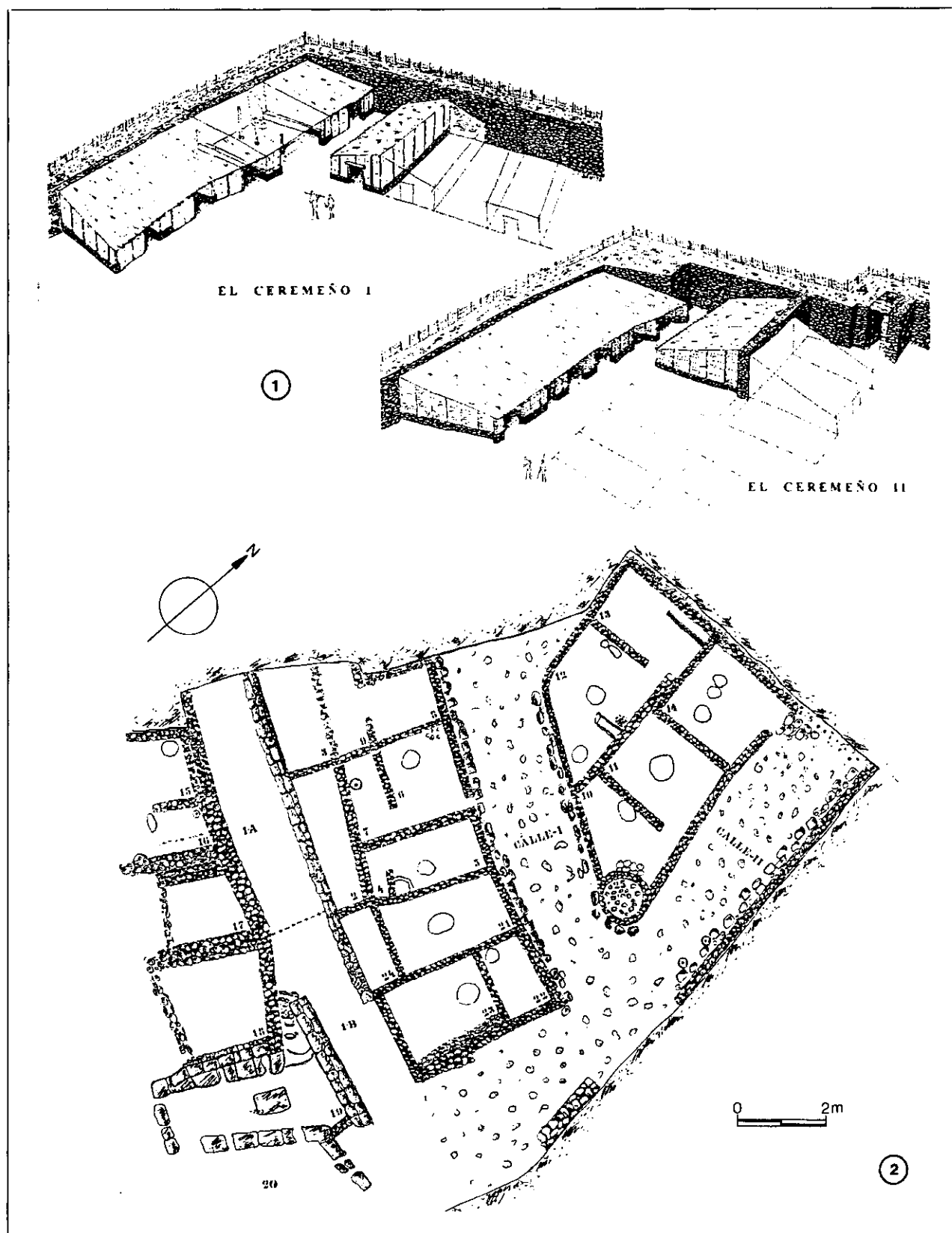


Fig. 32.—1, reconstrucción del trazado urbano de las dos fases del poblado de El Ceremeño. 2, detalle de un sector del poblado del Alto Chacón. (Según Cerdeño et alii 1993-95 (1) y Atrián 1976 (2)).

base, suponiéndose una elevación con adobe o tapial. Los laterales, que en la vivienda 1 tienen una anchura entre 0,45 y 0,60 m., son medianiles con otras casas, mientras que el muro trasero corresponde a la muralla, que en el tramo donde se adosa la casa 1 alcanza un espesor de un metro. Los muros interiores son de adobe o tapial, documentándose en algún caso huellas de postes verticales embutidos, sin que pueda descartarse la presencia de medianiles de madera. Los muros presentan restos de enlucido de arcilla y un encalado posterior. Los suelos son en su mayoría de arcilla, si bien en la casa 1 aflora la roca natural y en la 2 se ha identificado un espacio (habitación II), donde el suelo de arcilla, que ocupa la mitad de la estancia, está endurecido, y el resto se cubre con piedras a modo de losas. También se ha identificado un entarimado de madera en la habitación V de la casa 2, y en una estancia contigua se documentó un banco corrido de arcilla. Debido a la poca altura conservada de los muros, resulta difícil ubicar los vanos a través de los cuales se comunicarían unas estancias con otras, sin que se haya reconocido el hogar en ninguna de las dos casas excavadas. Tampoco existen restos que proporcionen información sobre las techumbres, que hay que suponerlas de materiales deleznable.

Viviendas rectangulares o trapezoidales de muros medianiles comunes se han hallado en un buen número de poblados celtibéricos. En El Collarizo de Carabantes, las viviendas rectangulares de mampostería están alineadas a lo largo del cantil oriental del poblado (Bachiller 1992: 19). En el Castillejo de Taniñe (fig. 36,3), se descubrieron algunas habitaciones de planta rectangular, bastante grandes y de mampostería a canto seco (Taracena 1926a: 12). Igualmente, en el cercano poblado del Castillo de Taniñe se excavaron algunas habitaciones rectangulares con muros de similar construcción (Taracena 1926a: 14). En el Castillo de Arévalo de la Sierra (fig. 36,2), se documentaron habitaciones de planta trapezoidal, de muros hechos de mampostería con barro; como material de construcción se empleó, también, el ladrillo, mal cocido, cuyas dimensiones medias son 30 por 39 por 13 cm. (Taracena 1926a: 9). En Ocenilla (fig. 23,1), las viviendas son rectangulares, hallándose en un avanzado estado de destrucción (Taracena 1932: 47). En Ventosa (fig. 20,1), las habitaciones son asimismo rectangulares, en ocasiones irregulares y bastante grandes; los muros son de mampostería en seco y miden 0,50 m. de espesor; se documentó una cueva, idéntica a las numantinas, de 4,50 por 3 m., excavada en la tierra, con una profundidad de poco más de un metro (Taracena 1926a: 6). En Suellacabras (fig. 20,5), las viviendas son de planta rectangular y bastante amplias, excavándose dos completas, con unas dimensiones de 4 por 5,50 m. y 4 por 9,50; están construidas con muros de pequeños sillarejos bien careados, uni-

dos sin mortero o argamasa, de 60 cm. de espesor y 70 de altura, con pavimento de tierra (Taracena 1926a: 27). En Izana, las viviendas son cuadrangulares (fig. 36,4), cimentadas sobre la roca, con muros de mampostería cogidos con barro, elevados con tapial. También se utilizó el ladrillo, mal cocido, con unas dimensiones de 30 por 27 por 10 cm. Las habitaciones de la zona interna del poblado muestran cuevas de hasta 2,50 m. de profundidad (Taracena 1927: 7 s.). Plantas similares se han documentado asimismo en los poblados turolenses del Alto Chacón (fig. 32,2) (Atrián 1976) y el Puntal del Tío Garrillas (Berges 1981: fig. 4) o en el conquense de Villar del Horno (Gómez 1986: plano II), entre otros.

La excavación de la fase celtibérico-romana de La Coronilla ha deparado una docena de viviendas de planta rectangular con muros medianiles, todas ellas incompletas, faltando la fachada o el muro trasero corrido que hace las veces de muralla, para las que se ha señalado un tamaño aproximado entre 12 y 36 m<sup>2</sup> (García Huerta 1989-90: 169; Cerdeño y García Huerta 1992: 18 ss. y 41 s.). Las paredes presentan un zócalo de mampostería de entre 0,55 y 0,65 m. de anchura, con una altura media de 0,70-0,75 m., sobre el que se elevaría un muro de adobe o tapial, enlucido mediante un manteado de arcilla en su cara interna. Los suelos, muy homogéneos en todo el poblado, constan de una capa de tierra endurecida dispuesta sobre otra de arcilla muy compacta y una base de pequeños cantos, prolongándose al exterior de las habitaciones, lo que ha llevado a plantear la existencia de porches, en los que también se han documentado hogares. Las dos viviendas de mayor tamaño proporcionaron un pavimento de lajas que cubría parte de las estancias. Las puertas se abrían hacia el interior del poblado, presentando una anchura que oscila entre 1 y 1,26 m. Los cubrimientos serían los habituales, y sobre los que ya se ha insistido en relación con otros poblados. Los hogares presentan unas características variadas tanto en lo relativo a su morfología como a su localización en la vivienda, ya en el interior o en el porche exterior. Se han hallado, además, un buen número de silos, normalmente en grupos de dos o de tres, cuyas paredes y suelo estaban revestidos por una capa de arcilla muy compacta con la superficie endurecida, a modo de aislante. Aparecen al exterior y en el interior de las viviendas, estando gran parte de ellos ya en desuso cuando se construyeron las viviendas de la fase más reciente (García Huerta 1989-90: 171; Cerdeño y García Huerta 1992: 41 ss.; Cerdeño *et alii* 1995a: 175).

Las ciudades de mayor entidad muestran una arquitectura doméstica más evolucionada, como en La Caridad de Caminreal, donde se ha excavado una gran mansión cuya organización interna responde a las características de las casas helenístico-romanas (fig. 33). Tiene planta

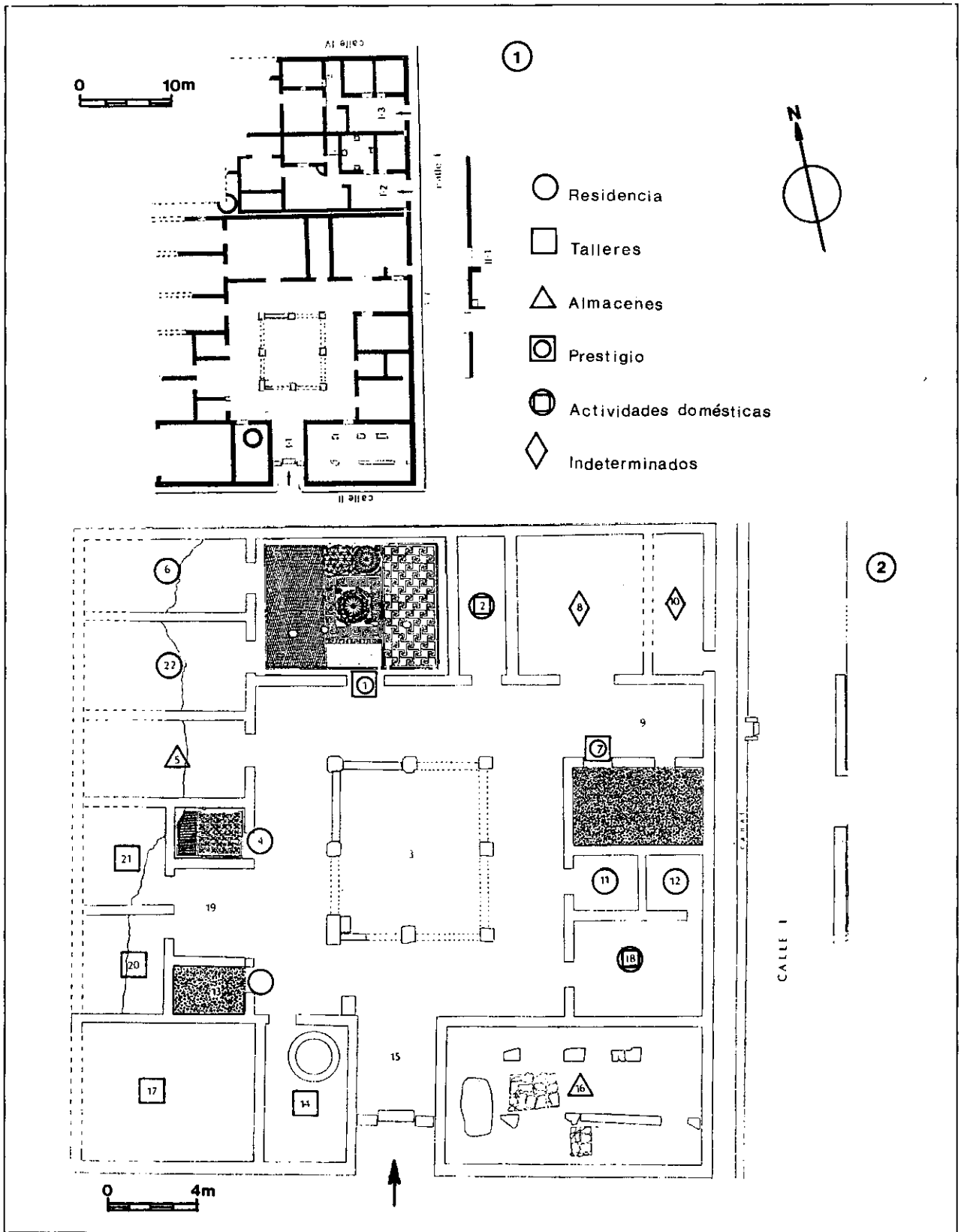


Fig. 33.—Plano de la insula de La Caridad de Caminreal donde se localiza la Casa de Likine (1) y detalle de la misma (2) (según Burillo, dir. 1991 (1) y Vicente 1988 (2)), con la distribución de áreas funcionales (según Vicente et alii 1991).

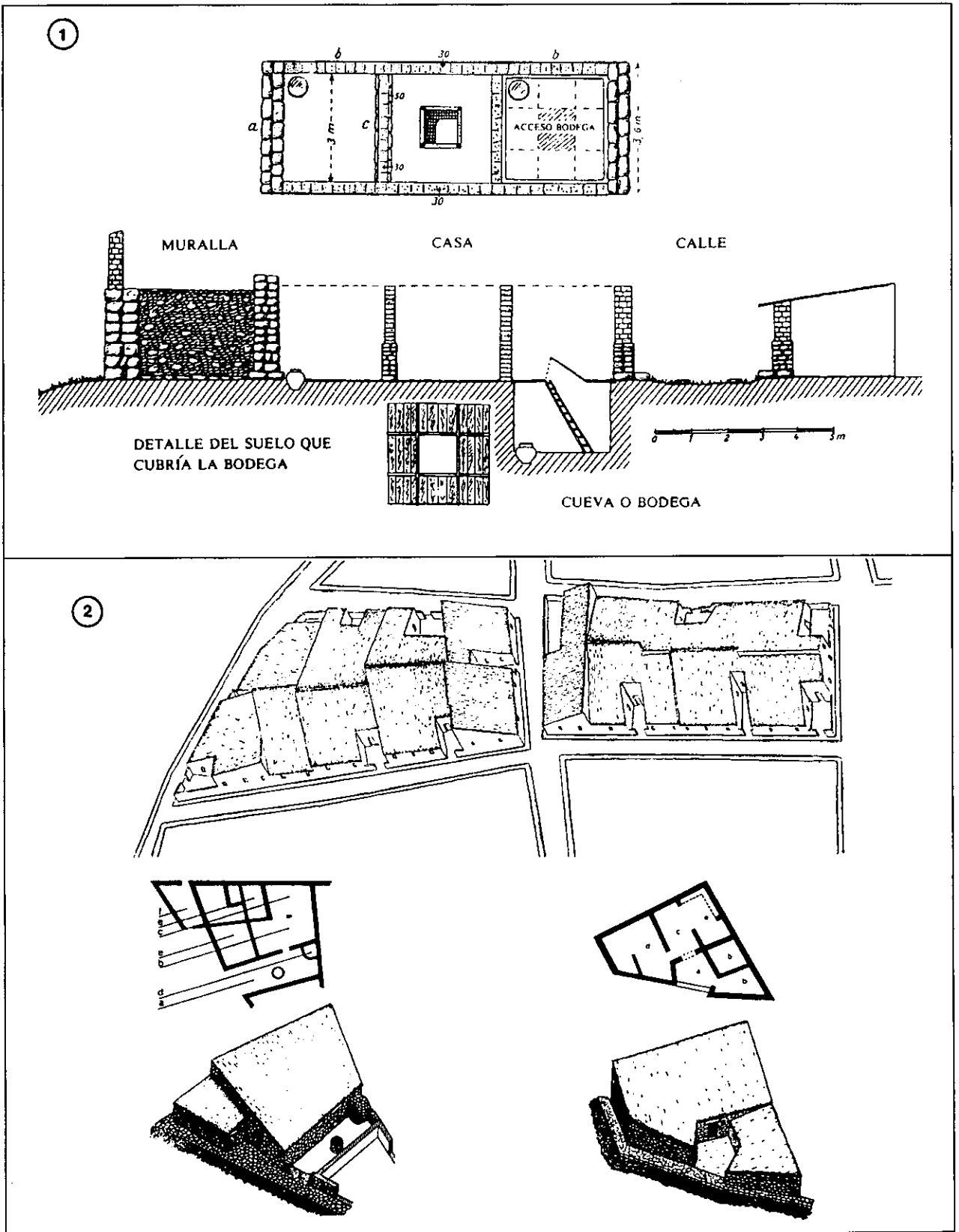


Fig. 34.—Numancia: casa celtibérica (1) y reconstrucción de algunas manzanas y casas de la ciudad romana (2). (Según Schulten 1931 (1) y Jimeno 1994a (2)).

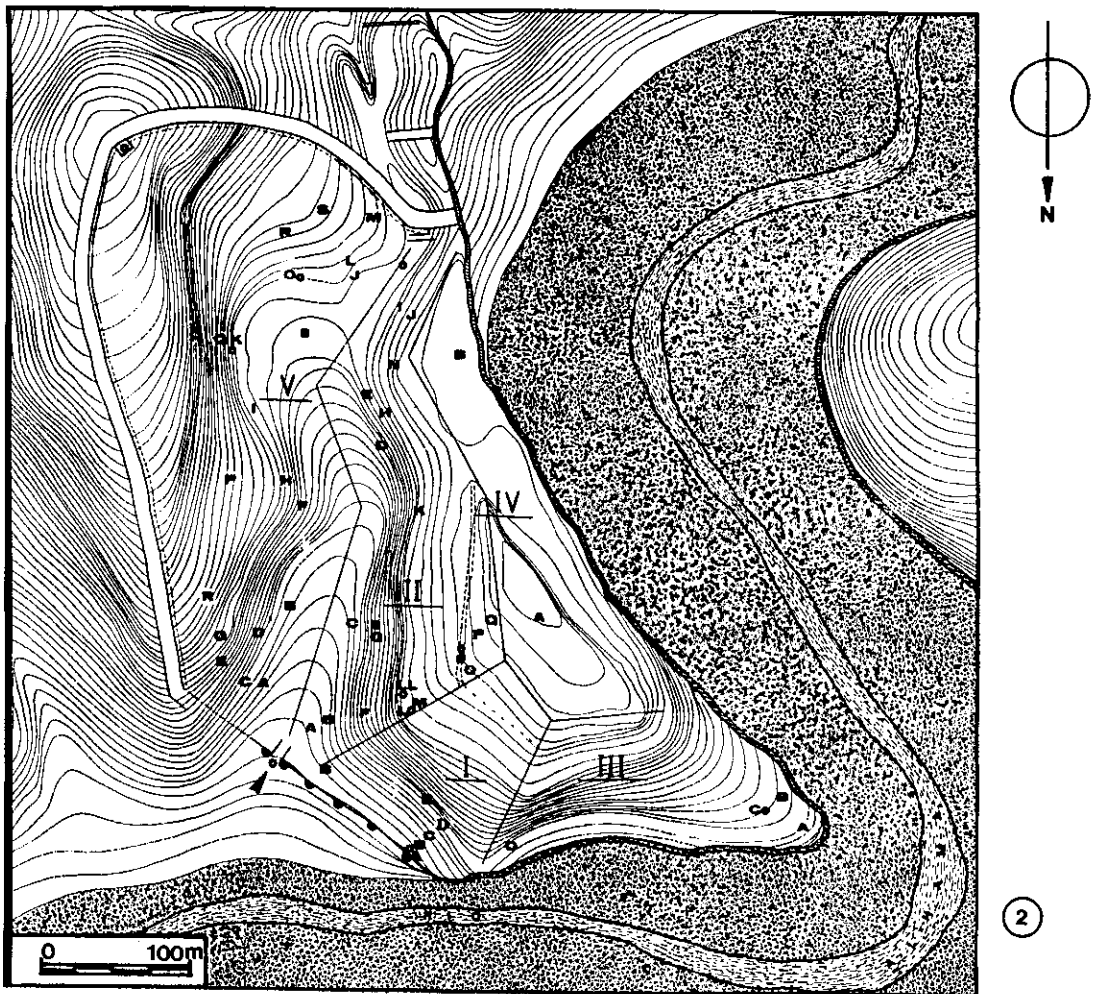
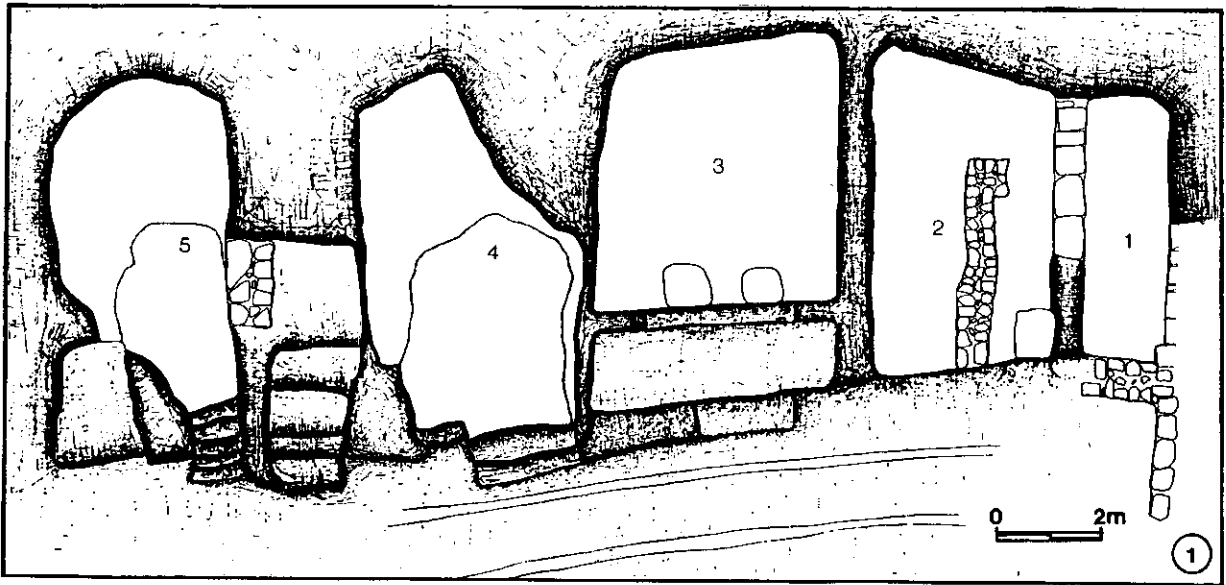


Fig. 35.—Contrebia Leukade: conjunto de viviendas rupestres del sector II-LL (1) y planta de la ciudad (2). (Según Hernández Vera 1982).

casi cuadrada (30,50 por 30 m.) y una superficie total de 915 m<sup>2</sup>, estructurándose en torno a un patio central porticado al que se abren 21 estancias (Vicente *et alii* 1991).

En otras ciudades, como es el caso de *Numantia*, se mantiene el tipo de casa que es propio del mundo celtibérico (fig. 34,1). Allí (Taracena 1954: 236 s.; Ortego 1975: 21 ss.; Jimeno *et alii* 1990: 26 ss.; Jimeno 1994a: 124; Jimeno y Taberner 1996: 423 ss.), las viviendas son de planta rectangular o trapezoidal, aunque los restos constructivos atribuibles a la ciudad celtibérica sean escasos, pues la mayoría de los muros documentados corresponden a la ciudad romana (fig. 34,2). Estaban construidas con zócalo de mampostería seca, de canto de río sin carear, elevados con cestería manteada de barro, en tanto que los muros interiores eran de adobe o tapial, de 0,30 a 0,45 m. de grosor, y se han identificado postes de madera. Las paredes se enlucirían con madera y cal y habría que suponer un cubrimiento de ramaje y tierra. Sus dimensiones serían de unos 12 m. de longitud y de 3 a 6 de ancho, con triple compartimentación, localizándose el hogar en una de las estancias y, como norma, debajo de la habitación de acceso tenían una cueva o bodega, elemento éste característico de la casa celtibérica de época avanzada; excavada en el terreno, son de planta rectangular o cuadrada, de 3 ó 4 m. por 3, y tienen una profundidad que oscila entre 1,50 y 2 m. Funcionalmente, la cueva era utilizada para el almacenamiento y conservación de las provisiones, y a veces estaría destinada a actividades artesanales (fragua, alfar, etc.).

Más complejo resulta el caso de las ciudades rupestres de *Contrebia Leukade* (fig. 35,1) (Taracena 1954: 244, fig. 138; Hernández Vera 1982: 161 s.; Hernández Vera y Núñez 1988: 40 s.) o *Termes* (Taracena 1954: 239 ss.; Argente *et alii* 1990: 21 y 35 ss.), en las que resulta difícil diferenciar las construcciones celtibéricas de las puramente romanas.

#### 4. EL URBANISMO: CASTROS Y *OPPIDA*

Como se ha podido comprobar al abordar la arquitectura doméstica, los restos constructivos identificados en el interior de los poblados son muy escasos y tan sólo cuando se han llevado a cabo excavaciones o afloran los restos de sus estructuras, lo que ocurre en contadas ocasiones, existe la posibilidad de conocer la ordenación interna, esto es, el urbanismo, del espacio habitado. No son muchos los poblados objeto de excavaciones en extensión, aun cuando a lo largo del territorio celtibérico sí existen ejemplos suficientes que permiten abordar su urbanismo con ciertas garantías.

Resulta característico del mundo celtibérico, pero no

exclusivo de él (Almagro-Gorbea 1994a: 18; *Idem* 1995f: 182 ss.), el urbanismo de calle central, con casas rectangulares de muros medianiles comunes cuyos muros traseros se cierran hacia el exterior, a modo de muralla, o se adosan a ésta (20). Este tipo de poblado tiene sus precedentes inmediatos en los poblados de Campos de Urnas del Noreste (Ruiz Zapatero 1985: 471 s.), entre ellos el de Els Vilars, en su fase contemporánea a las mencionadas piedras hincadas (Garcés *et alii* 1991: 190, fig. 1; Garcés *et alii* 1993: 45), por más que esta estructura urbanística sea conocida ya desde el Bronce Medio, como lo confirma el poblado turoloense de la Hoya Quemada (Burillo 1992a: 205).

No es mucha la información de que se dispone sobre el urbanismo celtibérico en su fase inicial. Las recientes excavaciones en El Castillejo de Fuensaúco han permitido reconocer dos cabañas circulares (fig. 29), excavadas en la roca, adscritas al inicio de la Edad del Hierro (Romero 1992b: 196 s., fig. 4; Romero y Misiego 1992 y 1995b: 130 ss.). No obstante, nada puede decirse de la organización interna de este poblado abierto, si bien hay que sospechar la ausencia de cualquier planificación. Con todo, el urbanismo de calle central debió introducirse pronto en la Meseta Oriental (*vid.* Almagro-Gorbea 1994a: 24; *Idem* 1995f: 184), como lo prueba el caso de La Coronilla, en las parameras de Molina, cuyo nivel antiguo, adscribible al período formativo de la Cultura Celtibérica, ha proporcionado viviendas rectangulares adosadas, abiertas hacia el interior del poblado y muro corrido trasero, situado en el límite entre la pendiente y la zona amesetada, aunque sólo cierre el poblado por su flanco Norte (García Huerta 1989-90: 168; Cerdeño y García Huerta 1992: 83 s.).

A un momento posterior corresponde la fase inicial del castro de El Ceremeño de Herrería, que presenta un esquema urbanístico similar (Cerdeño 1995: 198 ss.; Cerdeño *et alii* 1995a: 173 s.; Cerdeño *et alii* 1995b: 164). Las viviendas documentadas, de planta cuadrangular y muros medianiles, aparecen adosadas a la muralla, estando abiertas las meridionales a una calle de dirección Este-Oeste, y las situadas en la zona occidental del poblado hacia una plaza o calle central. El poblado fue destruido por un importante incendio.

La información relativa al urbanismo de los castros de la serranía soriana del Primer Hierro resulta enormemente precaria. Los trabajos de Taracena (1929: 7, 11-13, 17 y 24; *Idem* 1941: 13 s.) en los castros de El Royo,

(20) Esta disposición del interior de los poblados está condicionada por el relieve y la necesidad de un máximo aprovechamiento del espacio habitable, como lo confirma su pervivencia en época actual (Burillo 1980: 187; García Huerta 1989-90: 168; Almagro-Gorbea 1995b).

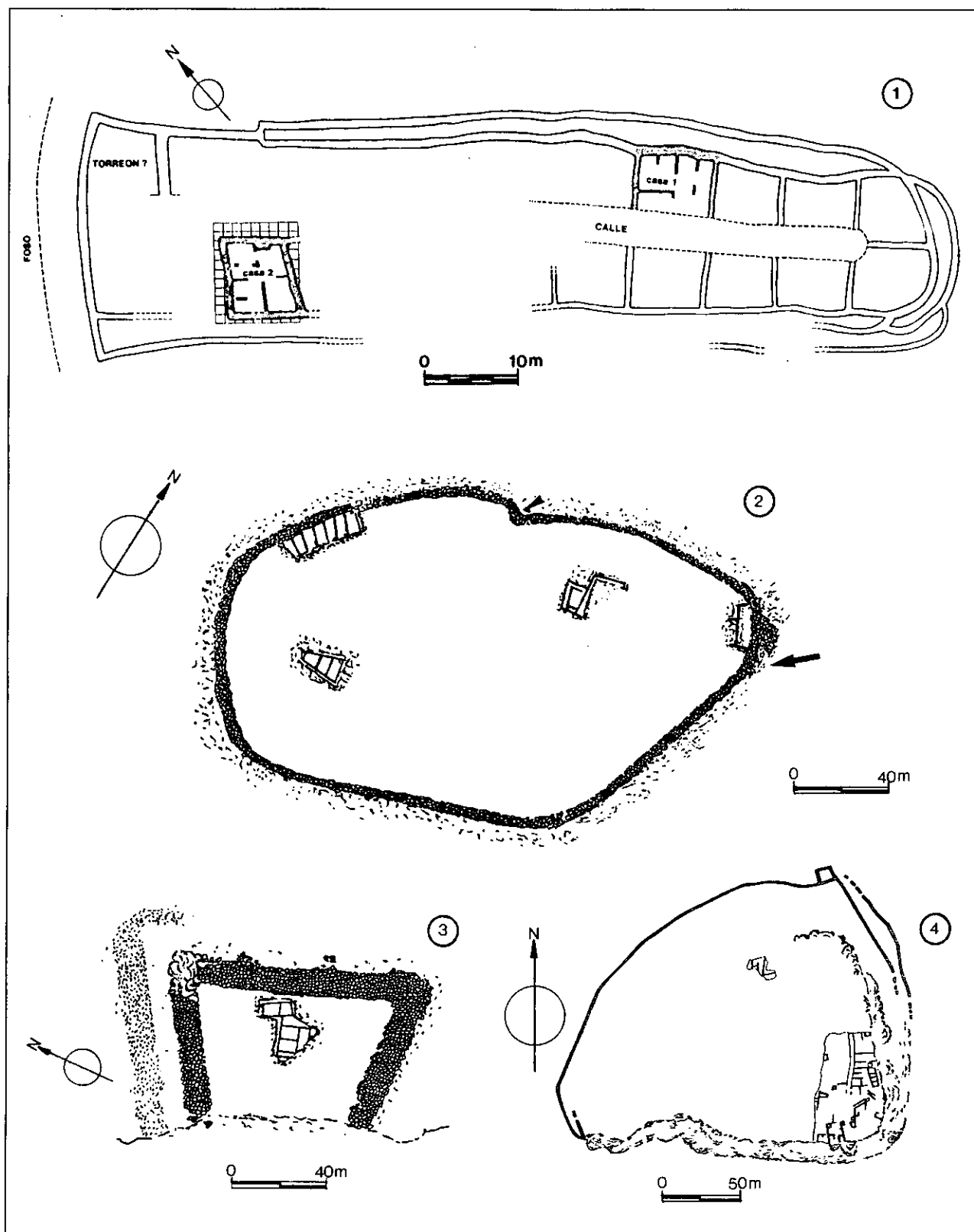


Fig. 36.—Plantas de Los Castellares de Herrera de los Navarros (1), el Castillo de Arévalo de la Sierra (2), con indicación de los accesos (según González, en Morales 1995), el Castillejo de Taniñe (3) y Castiliterreño de Izana (4). (Según Burillo y de Sus 1986 (1), Taracena 1926a (2-3) y 1927 (4)).



Valdeavellano, Zarranzano, Alto de la Cruz de Gallinero y Castilfrío pusieron de relieve la falta de restos constructivos de piedra, así como restos de carbón y ceniza interpretados como una evidencia de antiguas cabañas de madera y ramajes (Romero 1991a: 219). Sin embargo, la existencia en estos castros de construcciones de mampostería está hoy plenamente comprobada, como bien han demostrado casos como el del Zarranzano (fig. 30,2), donde a una casa cuadrangular, a la que se adosarían otras viviendas similares, se superpone otra circular (Romero 1989). Pero, los sondeos llevados a cabo por Taracena en el interior de algunos de estos castros y lo infructuoso de los resultados obtenidos, parecen apuntar hacia una ocupación dispersa del espacio interior. No obstante, en el Castillejo de Taniñe (fig. 36,3) se descubrieron algunas habitaciones rectangulares, adosadas unas a otras (Taracena 1926a: 12), mientras que se ha señalado la presencia en el castro de Pozalmuro (Bachiller 1987a: 16) de casas de planta rectangular y muros medianiles comunes adosadas a la muralla, constituyendo quizás una estructura con espacio central libre, aunque tan sólo se hayan detectado en su sector meridional. Por lo demás, no resulta sencillo establecer la adscripción cultural y cronológica de estos restos constructivos, sobre todo si se tiene en cuenta el hallazgo en ambos castros de especies cerámicas a mano y a torno. También en los Castillejos de El Espino (Romero 1991a: 219) afloran alineaciones de piedras que pudieran corresponder a muros de habitaciones de planta rectangular de muros medianiles comunes, perpendiculares a la muralla y aparentemente no adosados a ella.

A partir de la Segunda Edad del Hierro se generaliza el esquema urbanístico de calle o plaza central, teniendo en Los Castellares de Herrera de los Navarros (fig. 36,1), un poblado de 0,22 ha. fechado en el tránsito entre los siglos III-II a.C., un magnífico ejemplo del mismo (Burillo 1980: 78 y 187 s.; *Idem* 1983: 12 s.). La calle central, que discurría por el punto más alto del poblado y que no presentaba resto alguno de preparación para el tránsito, recorría el centro del poblado, abriéndose a ella las casas localizadas a ambos lados de la misma, con muros medianiles entre sí y con la muralla como cierre al exterior. Partiendo de los restos hallados en superficie y de la excavación de dos viviendas, los muros comunes parecen distar unos de otros 8 m., con lo que se obtendría un total de 22 espacios. Además, la utilización de mampuesto de grandes dimensiones permitiría identificar en el ángulo Sur un recinto de categoría especial, quizás una torre.

Este mismo modelo urbanístico fue el aplicado en Castilmontán (fig. 22), para el que se ha sugerido una cronología entre el siglo III y el I a.C. (Arlegui 1992b: 505), con casas rectangulares, de muros medianiles comunes, adosadas a la muralla. Por la regu-

laridad observada en las dimensiones de las viviendas se ha sugerido una capacidad máxima para el espacio intramuros de una treintena de casas (Arlegui 1990a: 52; *Idem* 1992b: 498 y 504).

Tal tipo de poblado tuvo amplia vigencia en la Celtiberia, como lo demuestra el propio caso de La Coronilla, cuyo nivel celtibérico-romano evidencia una distribución de las viviendas similar a la registrada en la fase inicial, ocupando ahora también el flanco meridional del poblado. Las viviendas abarcarían unos 500 m<sup>2</sup> de la superficie total, aproximadamente 1.500 m<sup>2</sup>, esto es, el 33% de la totalidad (García Huerta 1989-90: 168; Cerdeño y García Huerta 1992: 17 s., 41 s. y 78).

La fase más reciente de El Ceremeño (Cerdeño 1995: 200 ss.) ofrece un trazado urbanístico similar, pero al estructurarse en torno a dos calles paralelas de dirección Este-Oeste tan sólo las viviendas localizadas al Sur y seguramente al Norte del poblado —aunque esta zona no ha sido objeto de excavación— utilizarían como trasera la propia muralla, presentando el resto muros traseros comunes entre sí. El trazado urbanístico de esta fase (Ceremeño II) presenta algunas diferencias respecto al de la fase precedente (Ceremeño I), del que queda separado por un nivel de abandono. Las casas, de planta rectangular presentan muros medianiles, estando las situadas en la zona Sur del poblado adosadas en su parte posterior a la muralla, al igual que ocurriera en la fase I, mientras que las situadas inmediatamente al Norte, abiertas a la misma calle y también adosadas entre sí, presentan muro trasero corrido compartido con las viviendas abiertas hacia la calle septentrional. La superficie del poblado es de 2.000 m<sup>2</sup>.

La mayor complejidad urbanística está presente en los poblados de mayores dimensiones, donde junto a casas dispuestas transversalmente a la muralla y adosadas a ella, el resto de las construcciones —con muros comunes al igual que aquéllas— aparecen distribuidas seguramente en torno a calles. Los trabajos de Taracena en el Castillo de Arévalo de la Sierra (fig. 36,2) (Taracena 1926a: 9) (21), los Villares de Ventosa de la Sierra (fig. 20,1) (Taracena 1926a: 5 s.) (22), el Castillo de Ocenilla (fig. 23,1)

(21) Se excavaron en este poblado de 1,80 ha. algunas habitaciones de planta trapezoidal localizadas en las áreas centrales del poblado. Además, una serie de viviendas contiguas se adosaban a la muralla.

(22) En esta ciudad de 6 ha. se identificaron a través de algunas zanjas exploratorias un buen número de habitaciones rectangulares, a veces irregulares y bastante grandes, pertenecientes a una manzana de casas. A lo largo del tramo excavado para documentar las características de la muralla se observó la presencia de edificaciones, aunque no directamente adosadas a ella, dejando un espacio libre de 0,25 m. que permitiría la recogida de aguas hacia un colector que atravesaba la muralla.

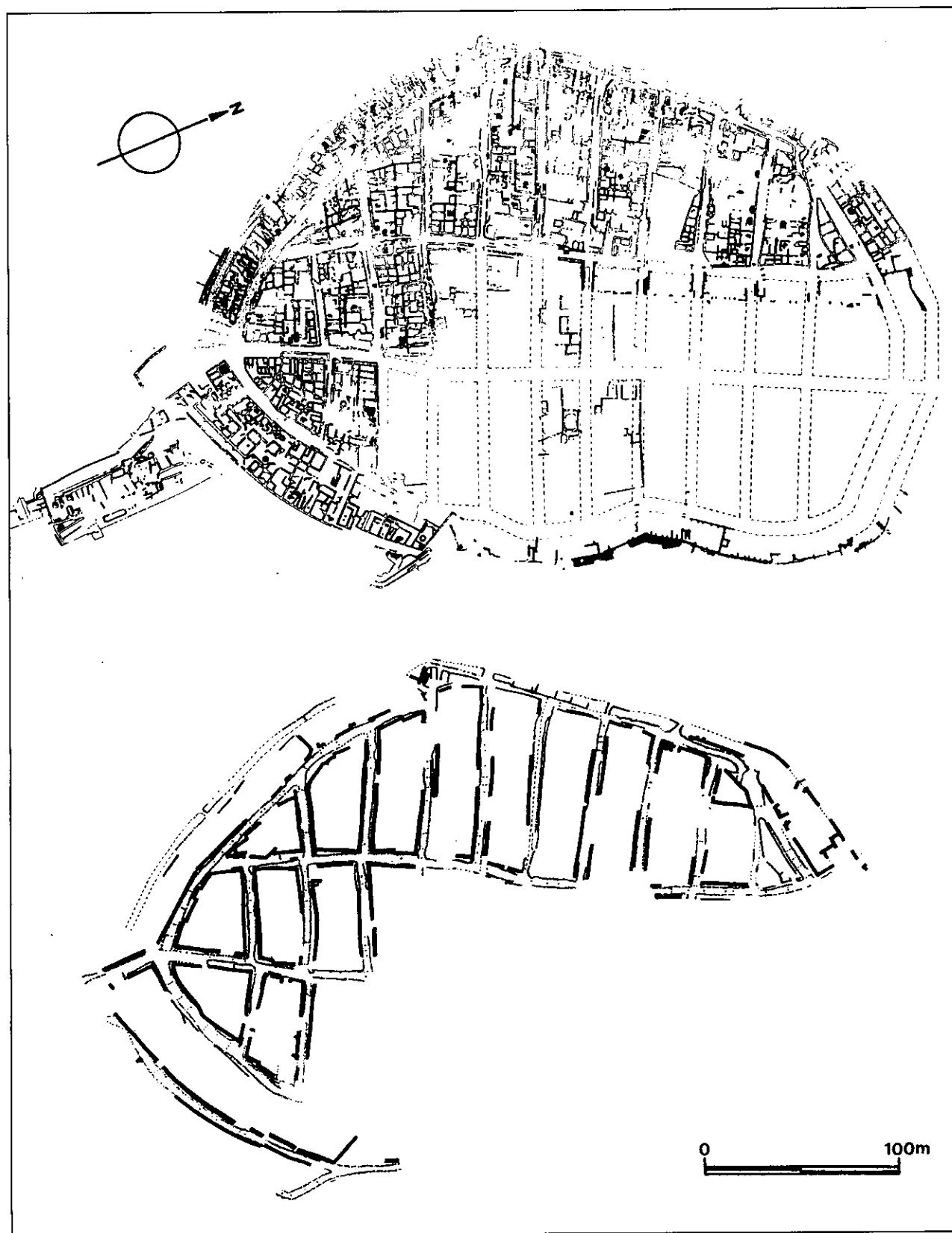


Fig. 37.—Numancia: plano de la ciudad y de la superposición de las ciudades celtibérica (puntos) y romana (línea). (Según Schulten 1933b y Taracena 1954).

(Taracena 1932: 42 y 47 s., fig. 6,G-H) (23), los Castellares de Suellacabras (fig. 20,4) (Taracena 1926a: 27 s.) (24) o Castiliterreño de Izana (fig. 36,4) (Taracena 1927: 6 ss., fig. 1) (25), algunos de ellos ya de cronología avanzada, ca. siglo I a.C., han proporcionado una interesante información al respecto.

Viviendas adosadas a la muralla están documentadas en la ciudad de *Numantia*, salvo en su lado occidental, donde existiría un *intervallum* o calle de ronda. La ciudad celtibérica ofrece un trazado hipodámico (fig. 37), con dos calles paralelas de dirección Noreste-Suroeste cruzadas por otras once también paralelas, sin dejar espacios libres para plazas o lugares de reunión. La retícula de la ciudad queda cerrada hacia el Occidente por una calle paralela a la muralla, que dobla hacia el interior por el Sur, donde se han encontrado otras tres calles paralelas que formaban medios anillos concéntricos exteriores. Las casas, yuxtapuestas y de plantas no uniformes, cubrían las manzanas rectangulares delimitadas por las calles, que se hallaban pavimentadas con piedra menuda y con aceras de grandes cantos rodados, estando provistas de piedras pasaderas para cruzar el arroyo (Taracena 1954: 235 s.; Jimeno 1994a: 123 ss.; *Idem* 1994b: 39; Jimeno y Taberner 1996: 423 ss.). Tradicionalmente, se ha identificado esta ciudad con la destruida el año 133 a.C. (Taracena 1954: 234), aunque los recientes trabajos llevados a cabo bajo la dirección de A. Jimeno permiten interpretarla como la correspondiente al siglo I a.C. (Jimeno 1994a: 123; *Idem* 1994b: 37; Jimeno y Taberner 1996: 423 ss.). La ciudad de época imperial mantuvo el esquema urbanístico general, con remodelaciones en el trazado de algunas de sus calles (Jimeno *et alii* 1990: 53; Jimeno 1994a: 125; Jimeno y Taberner 1996: 426 s.).

La aplicación de modelos urbanísticos ortogonales tiene su reflejo en La Caridad de Caminreal (fig. 16,5),

(23) Los sondeos realizados en el interior del poblado, cuya superficie alcanza las 7 ha., pusieron de manifiesto que en todo él hubo habitaciones, que se hallaron completamente arrasadas, localizándose otras adosadas a la muralla, con muros tangenciales a ella (fig. 19,5,G-H).

(24) Se descubrió a lo largo de 35 m., un tramo de calle que atraviesa el poblado, cuya superficie es de 1,95 ha., en dirección Este-Oeste. Tiene 4 m. de anchura y está formada por un pavimento de grandes piedras planas, dispuestas sobre la tierra firme y ligeramente inclinadas hacia el centro para encauzar las aguas. Está flanqueada por aceras realizadas con grandes cantos planos de 0,40 m. Se determinó la existencia de dos viviendas rectangulares abiertas a ambos lados de la calle, identificándose asimismo habitaciones adosadas a la muralla.

(25) El poblado de Izana, con una superficie de 2,2 ha., fue objeto de excavaciones que dejaron al descubierto 2.400 m<sup>2</sup> en el ángulo Sureste de la cumbre. Se localizó una calle de 2,50 m. de anchura, empedrada con canto menudo y bordeada por aceras muy bajas. Las viviendas, con muros comunes, se disponen perpendiculares a la calle y al perímetro del poblado. También se encontraron viviendas en el interior del hábitat.

ciudad situada en el valle del Jiloca, que ofrece una estructura con calles perpendiculares entre sí carentes de enlosado aunque provistas de aceras y canales de captación y evacuación de aguas (fig. 33). Las calles delimitan *insulae*, al parecer ocupadas por dos o más viviendas, habiéndose excavado completa tan sólo una de ellas, la denominada *Casa de Likine*, una mansión helenístico-romana de dimensiones notables, que pone de relieve la pronta asimilación del urbanismo romano por parte de las poblaciones celtibéricas del Valle del Ebro (26). Es una ciudad de nueva planta con un único momento de ocupación, que cabe fechar entre el siglo II y el primer tercio del I a.C. (Vicente 1988; Vicente *et alii* 1991: 82 ss.).

Junto a ciudades de planta reticular conviven otras cuyo desarrollo urbanístico está fuertemente condicionado por la topografía del terreno. En San Esteban del Poyo del Cid (Burillo 1980: 156 y 188), como en la *Bilbilis* romana (Martín Bueno 1975a), los desniveles del terreno obligaron a la realización de labores de aterramiento mediante muros de contención. En *Contrebia Leukade*, la ciudad se asienta sobre dos cerros y una vaguada intermedia (fig. 35,2), constituyendo un espacio en pendiente que fue acondicionado con terrazas realizadas mediante el rebaje de la roca y muros de contención. Las casas, que se localizan en estas terrazas formando grupos alineados, presentan medianiles comunes, estando en parte excavadas en la roca (Hernández Vera 1982: 136 ss.; Hernández Vera y Núñez 1988).

Las características topográficas serán uno de los condicionantes principales en la organización del espacio interno de Langa de Duero (Taracena 1929: 31 ss.; *Idem* 1932: 52 ss.; *Idem* 1941: 89 s.), ciudad, que viene siendo identificada con la *Segontia Lanka* de las fuentes clásicas, localizada en la vertiente de un elevado cerro, sin fortificaciones, formada por la yuxtaposición de caseríos, con amplios espacios carentes de edificación. Las excavaciones se centraron en dos altozanos separados 200 m., en los que se dejaron al descubierto 2.750 y 2.700 m<sup>2</sup>, respectivamente (fig. 38). Las viviendas, de planta cuadrangular y muros medianiles, están constituidas por varias estancias, agrupándose en manzanas.

El escaso conocimiento sobre el interior de los poblados celtibéricos, especialmente en lo que a los de menores dimensiones se refiere, no permite identificar la presencia de viviendas que evidencien una diferenciación social, de la que, sin embargo, ha quedado constancia a través del registro funerario y las fuentes literarias

(26) La *Insula I*, ocupada por dos viviendas, posee unas dimensiones de 30 por 48,70 m., de las que prácticamente las dos terceras partes de su superficie corresponden a la *Casa de Likine* (Vicente *et alii* 1991: 92).

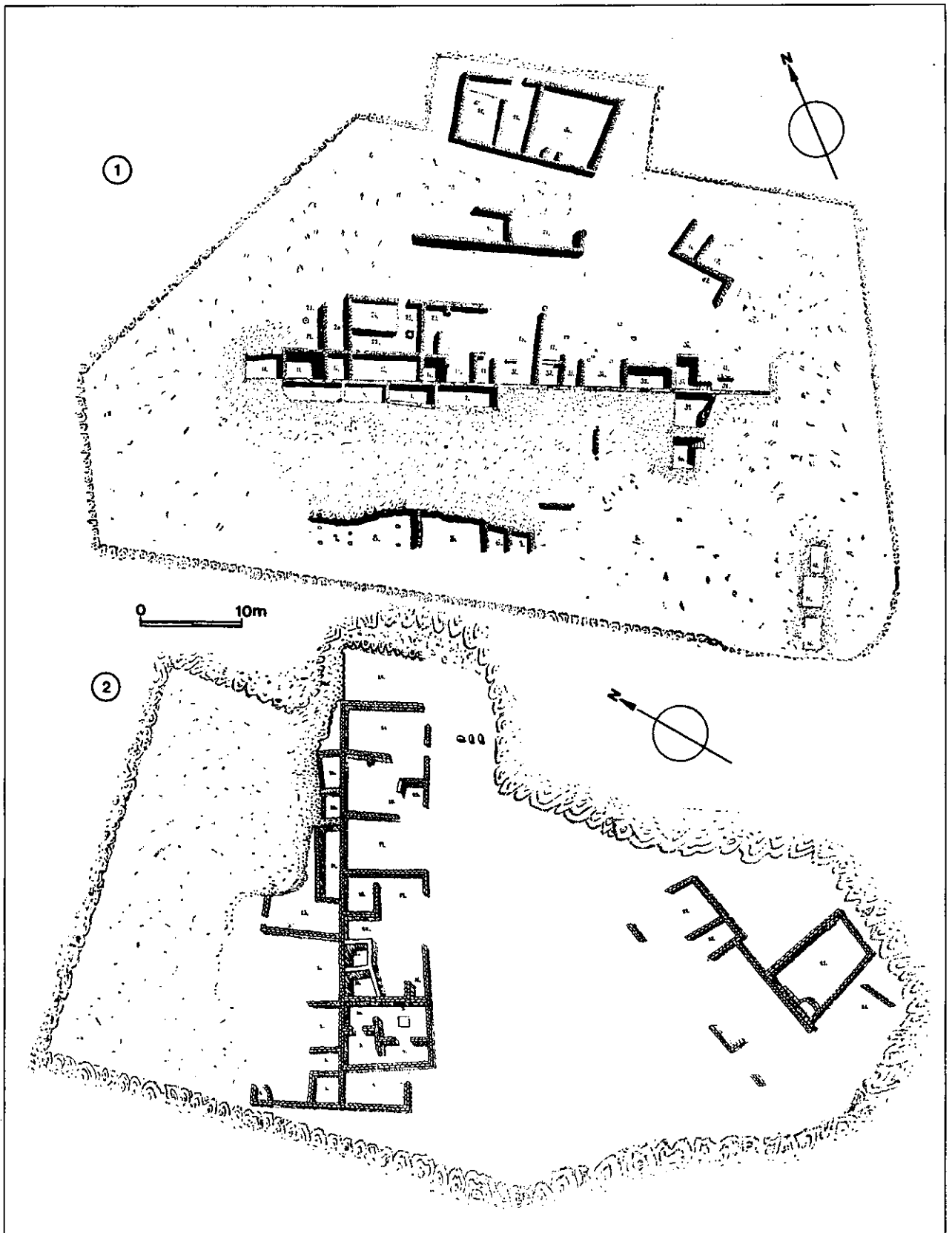


Fig. 38.—Plano de dos sectores de la ciudad de Segontia Lanka. (Según Taracena 1929 y 1932).

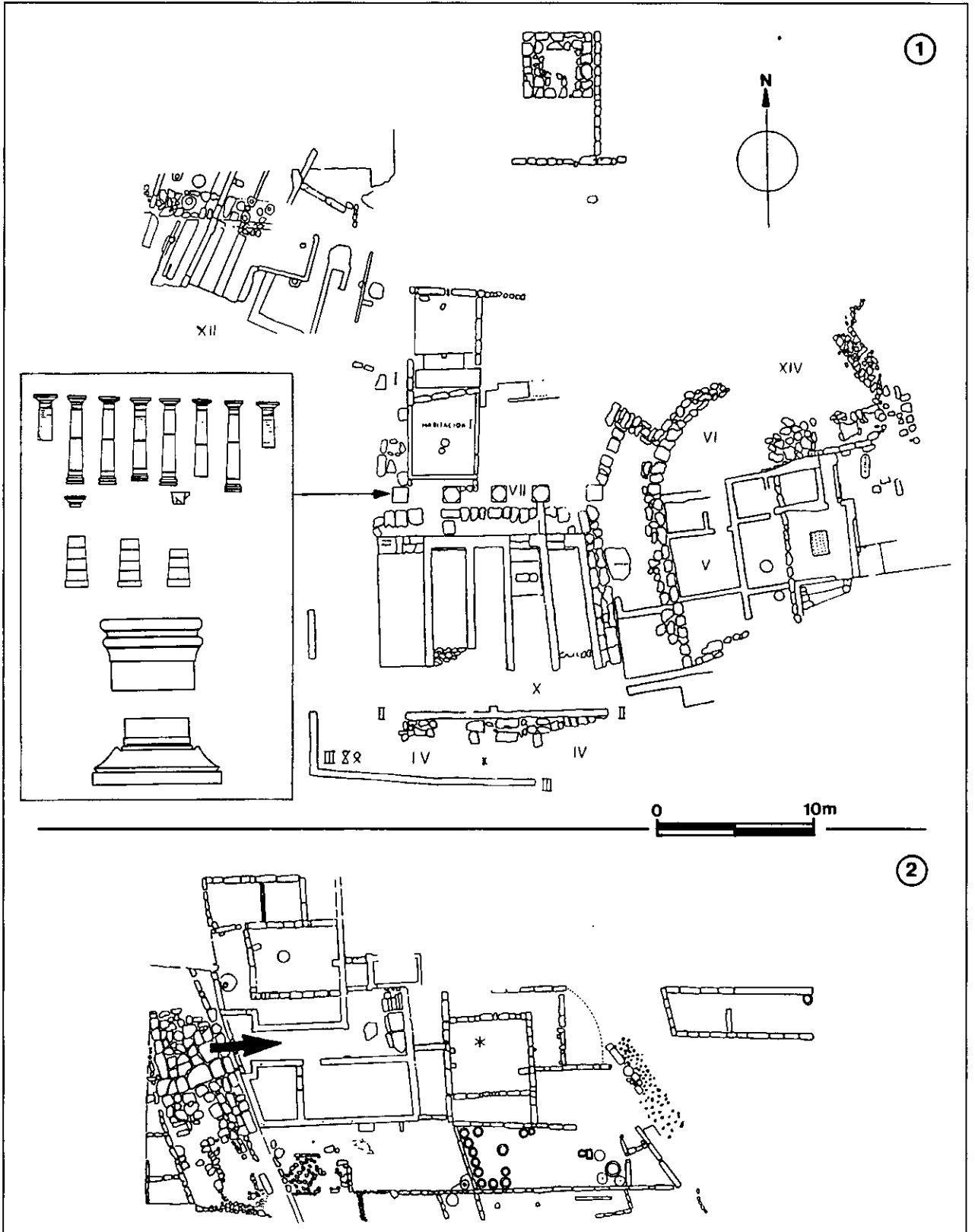


Fig. 39.—Contrebia Belaisca: 1, plano de la acrópolis y reconstrucción hipotética de los elementos arquitectónicos de arenisca localizados en la zona norte del gran edificio de adobe; 2, casa señorial e instalaciones agrícolas de transformación de la zona baja de la ciudad, con la indicación (\*) del lugar de aparición del bronce de Botorríta I. (Según Beltrán 1987b).

(*vid.* capítulo IX). En este sentido podría valorarse la vivienda A de la fase I de El Ceremeño, que con sus 57 m<sup>2</sup> de superficie utilizable destaca respecto de las restantes estructuras contemporáneas (Cerdeño *et alii* 1995a: 174). No obstante, los hábitats más evolucionados sí han permitido detectar este tipo de viviendas, siendo un magnífico ejemplo de ello la mencionada *Casa de Likine* (fig. 33), en la que sin duda debió vivir un personaje relevante (Vicente *et alii* 1991: 123), o la casa señorial con instalaciones agrícolas de transformación anejas a ella, situada en la zona baja de *Contrebia Belaisca* (fig. 39,2) (Beltrán 1987b: 104 s.). La existencia de edificios públicos, presumiblemente de carácter político, únicamente se ha documentado en *Contrebia Belaisca* (fig. 39,1) (Beltrán 1987a y 1988), donde al parecer se han localizado también áreas artesanales (Díaz y Medrano 1986).

En relación con la presencia de aljibes, cabe destacar los hallados en el poblado de El Molón de Camporrobles (fig. 23,2) (Almagro-Gorbea *et alii* 1996: 10), en La Plana de Utiel. Tienen planta cuadrangular y están talladas en la roca. Una de las cisternas, situada en el interior del poblado, junto a la puerta, mide 3 por 6 m., estando colmatada en gran medida. La otra, que se localiza extramuros junto al camino de acceso, ofrece mayores dimensiones y una impresionante profundidad de unos 19 m., tal vez hasta alcanzar una capa freática.

Los sistemas de alcantarillado están documentados en las ciudades y en poblados de menor entidad de cronología avanzada. En los Villares de Ventosa de la Sierra, Taracena (1926a: 5, fig. 3, lám. II,2) identificó un alcan-

tarillado que atravesaba la muralla con una sección de 62 por 37 cm. constituido por piedras de mayor tamaño, con el suelo empedrado de canto menudo. En Suellacabras, se localizaron dos atarjeas de saneamiento bajo la muralla (Taracena 1926a: 28). En La Caridad, canales de captación y evacuación de aguas (Vicente *et alii* 1991: 84), e importantes obras de abastecimiento de agua en *Contrebia Leukade*, aunque serían ya de época romana (Hernández Vera 1982: 167 ss., lám. XVII; Hernández Vera y Núñez 1988: 40); etcétera.

Por lo que refiere a obras de regadío, la Arqueología no ha proporcionado información al respecto (Asensio 1995: 376), aunque por la *Tabula Contrebiensis* (Fatás 1980; Pérez Vilatela 1991-92) se conoce su existencia, al menos desde el primer cuarto del siglo I a.C.

En algunos poblados celtibéricos (Burillo 1980: 156 y 188) se ha señalado la presencia de restos constructivos o de aterrazamientos fuera del espacio delimitado por la muralla, siendo su datación el principal problema que plantean. Como ya se ha indicado, entre el doble lienzo de murallas documentado en Herrera de los Navarros existe un espacio cuya funcionalidad está aún por determinar, espacio que quizás pudiera haber estado destinado a hábitat. Más difícil de determinar, sin la realización de nuevas excavaciones, es la contemporaneidad con el asentamiento celtibérico de los aterrazamientos existentes en una de las laderas, así como el hallazgo, también extramuros, de restos constructivos, principalmente teniendo en cuenta la reocupación de Los Castellares en época medieval (Burillo 1980: 75 ss. y 188; *Idem* 1983: 13).